HARLEQUIN

BIANCA

aventura, intriga, pasión



Engaño

Sara Craven

340 Ptas

Engaño

Sara Craven

Engaño (05.03.1997)
Título Original: Deceived (1996)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 858
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Marius Benedict y Lydie

Argumento:

Lydie había experimentado una loca pasión juvenil por Marius Benedict. Éste la sedujo, pero la despreció después, abandonando la ciudad envuelto en una nube de escándalo. Al cabo de cinco largos años y, sin duda, un montón de aventuras, Marius volvió a formar parte de la vida de Lydie, portándose igual que si el mundo fuera suyo. El problema era que, en efecto, el mundo era suyo.

En lo que a Marius respectaba, era Lydie quien lo había engañado. Él había estado fuera largo tiempo, el tiempo suficiente como para planear su venganza...

Capítulo 1

LYDIE subió las escaleras que conducían a la galería de dos en dos. Llevaba un vestido colgado de una percha y la funda de plástico que lo cubría le golpeaba en las rodillas.

Al abrir la puerta, Nell, su compañera en el negocio, que estaba limpiando unas piezas de cerámica, levantó la vista.

—¿Y bien?

Lydie le mostró el vestido, envuelto en su funda.

—Misión cumplida.

—Y tal como lo dices, me temo que ha sido a última hora —dijo Nell—. Tu madre ha llamado tres veces en una hora. Cada llamada estaba más nerviosa que la anterior.

—La fiesta de cumpleaños de Austin siempre la pone nerviosa —dijo Lydie frotándose la nariz—. Supongo que se habrán equivocado en la pastelería y habrán llevado los canapés que no son o algo así.

—Debes de ser mucho más serio —dijo Nell—. Estaba tan nerviosa que ni siquiera se metió conmigo. Será mejor que la llames.

Lydie negó con la cabeza.

—La crisis puede esperar a que llegue a casa, y entonces probablemente haya terminado —dijo—. Algunas veces mi madre se aburre de ser la señora de Austin Benedict, así que en cuanto tiene la oportunidad de dramatizar un poco, no la desaprovecha.

—Ya. Bueno, tú la conoces mejor que yo —dijo Nell y señaló el vestido con la cabeza—. ¿Vas a enseñarme tu vestido para la colosal fiesta de esta noche?

Lydie vaciló.

—Se me ocurre algo mucho mejor. Cambia de idea y ven a la fiesta, serás mí invitada.

Nell negó con la cabeza.

—No puede ser, cariño.

—¿Pero cómo demonios vais Jon y tú a arreglar las cosas entre vosotros si después de discutir os negáis a veros? —le preguntó Lydie con desesperación.

—No hemos discutido —dijo Nell pacientemente—. Sólo hemos aplazado nuestro compromiso hasta que decida lo que va a hacer con su vida.

—En otras palabras, tiene que dejar su trabajo en Benco Mili —dijo Lydie con seriedad—. No sé si será posible, Nell.

—Tiene que serlo —dijo Nell tranquilamente. Era una chica alta con el semblante sereno y una larga melena castaña recogida en una coleta—. Es un artista, Lydie. Benco no es lo suyo.

Lydie se mordió el labio.

—Lo sé —dijo—, lo sé. Pero no te das cuenta de la presión a la que está sometido.

—Claro que me doy cuenta —dijo Nell con calma—. Mejor que nadie. Pero Jon tiene que decidir si luchar por lo que quiere o dejarse arrastrar a una vida que nunca lo hará feliz ni lo dejará satisfecho —dijo, su sonrisa era forzada—. Y si acepta quedarse en Benco es que no es para mí.

Se hizo un silencio muy incómodo.

Habían abierto la galería hacía dieciocho meses, y en ese tiempo, Lydie había ido dándose cuenta de la fuerza de carácter que se escondía tras el tranquilo aspecto de Nell. Se había sentido muy feliz cuando Jon y ella empezaron a salir juntos. En el pasado, Jon había salido con muchas chicas, pero con ninguna había llegado a una relación seria. Sin embargo, desde que salía con Nell, Lydie había visto, por primera vez, cómo Jon, su hermano, concentraba su atención en una mujer y maduraba bajo su tranquila tutela.

Aunque no todo en la relación era un camino de rosas. Nell era inteligente y trabajadora y, gracias a las dos, la galería estaba saliendo a flote, pero su amiga no tenía el ascendente social ni el dinero para ser la mujer que le convenía como socia a la hija de Debra Benedict, tal y como su madre había dejado claro desde el principio.

—Esa chica horrible, vagabundeando por ahí como si fuera una hippy —había sido su veredicto—. Si querías poner un negocio, Lydie, ¿por qué no te has buscado a alguien más apropiado?

—Fue Nell la que me preguntó que si quería montar una galería con ella, no al revés —le dijo Lydie.

—La culpa la tiene la Facultad de Arte. Sabía que no teníamos que haberte dejado ir.

Probablemente era cierto, reconocía Lydie con pesar. Debía haber sido Jon el que recibiera formación artística, y ella tenía que haberse graduado en ciencias económicas, carrera que él había estudiado por imposición. Sólo que ella no se vería obligada a trabajar en la empresa familiar al terminar la carrera. Pero, al fin y al cabo, ella había estudiado Bellas Artes como podía haber estudiado cualquier otra cosa que la alejara de Greystones Park y sus recuerdos.

Su padrastro, Austin Benedict, era un hombre chapado a la antigua, patriarcal y autocrático con respecto a sus negocios. Poco le importaba lo que la legislación y las costumbres hubieran cambiado en los últimos años, una mujer nunca ocuparía un puesto ejecutivo en Benco. Y Lydie, como había dejado bien claro, no iba a ser la primera.

Austin veía la galería con indulgencia, como una suerte de

entretenimiento hasta que Lydie se casara. No había sido fácil convencerlo que para Nell y para ella era una inversión, y que estaban decididas a hacer de la galería un negocio próspero.

—Tengo que darle un sentido a mi existencia —trató de explicarle.

—Eres mi hija —le dijo Austin con una mirada terrible—. Y ése es sentido suficiente.

Cuando conoció a Austin, Debra Hatton, la madre de Lydie, había llegado a una encrucijada en su carrera de actriz. Nunca había alcanzado la fama, a pesar de su exultante belleza y su hermosa voz grave. Sólo le habían ofrecido papeles menores en el cine y tampoco su carrera teatral había sido brillante. Había tenido más éxito en televisión, desempeñando un papel como mujer fatal en un serial vespertino, pero los papeles donde ella encajaba eran ofrecidos, cada vez con mayor frecuencia, a actrices más jóvenes.

Estaba de gira desempeñando un papel en una comedia muy exitosa, cuando fue invitada a una fiesta organizada para recaudar fondos para la restauración de una iglesia. La fiesta tenía lugar en Greystones Park, la casa de Austin Benedict.

Había aceptado únicamente por el dinero —una mujer con dos hijos no se podía permitir el lujo de ser demasiado puntillosa—, pero resultó ser la decisión más sabia de su vida.

Austin, viudo y sin hijos, nunca había demostrado la menor disposición a casarse de nuevo. Pero los grandes ojos de Debra Hatton y sus miradas ligeramente maliciosas tuvieron en él un efecto definitivo.

Y Debra, contemplando Greystones Park, había visto un final a la lucha constante, un final a la humillación de tener que pelear por papeles secundarios, de tener que interpretar a mujeres de su edad o incluso mayores. Porque para Austin, se daba cuenta, siempre sería la protagonista.

Y no permitiría ninguna rival, pensaba Lydie con pesar, sobre todo en lo que a su amado Jon se refería. Jon era su ojo derecho, el centro de su universo, y, con toda probabilidad, ni siquiera una rica heredera habría sido a los ojos de su madre suficiente para él.

Y Nell, con sus joyas de plata talladas a mano y las camisetas de algodón con motivos étnicos, ni siquiera daba la talla mínima exigida.

—Nell —le dijo a su amiga—. Está muy triste sin ti.

Nell volvió a negar con la cabeza.

—No, su insatisfacción se basa en algo más profundo. No está a gusto con lo que hace. Trata de ser lo que no es, responder a las expectativas que han puesto en él, pero de las que no es responsable. Y también sabe que es el heredero de la familia —añadió con cierta

tristeza—, y eso lo está matando —dijo, y suspiró—. Oh, ¿por qué no tendrá tu padre algún pariente que le quite eso peso de encima?

Lydie agachó la cabeza.

—Tenía uno —dijo despacio—. Un sobrino.

Nell la miró.

—¿Un sobrino? —repitió—. No he oído hablar de él.

—Ni oirás. Por lo menos, no en Greystones —dijo Lydie, y se dio cuenta de que se estaba mordiendo el labio. Se tranquilizó un poco y siguió hablando—. Es la oveja negra de la familia. Se fue hace cinco años y nadie ha oído hablar de él.

—¿Quieres decir que ha desaparecido?

—No, exactamente. Después de una discusión terrible, Austin, que lo había criado desde que murieron sus padres, lo echó y le dijo que no volviera a pisar la casa.

—¿Por qué discutieron?

—Lo normal —dijo Lydie, que todavía podía saborear la sangre del labio que se había mordido—. Aparentemente, dejó embarazada a una de las chicas de la fábrica. Yo... yo todavía estaba en el colegio interna cuando ocurrió. Desde entonces, nadie habla del asunto.

—¿Y tú no hiciste nada por averiguar si era verdad? No me lo creo.

—No podía hacer otra cosa —dijo Lydie defendiéndose—. A Austin le dio el primer ataque al corazón justo después de aquello y le echaron la culpa a la pelea con... con Marius.

«He dicho su nombre», se dijo, y esperó que la tristeza se apoderase de ella, como sucedía siempre que pensaba en él. Sí, todavía le dolía pensar en él, reconocía con angustia, apretando con fuerza la percha del vestido, con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Habían pasado cinco años pero la herida todavía no se había cerrado.

Todavía podía oír a su madre.

—No vuelvas a hablar de él en esta casa, ¿me oyes? Es lo que ha dicho Austin y hay que obedecerlo. Y no seas tonta, has tenido suerte de no encontrarte con lo mismo que esa buscona.

—¿Así que se desvaneció y no volvisteis a saber de él? —la voz de Nell la devolvió a la realidad—. Me parece increíble.

—Él tampoco ha dado noticias. Nunca trató de ponerse en contacto con ninguno de nosotros. Supongo que aceptó que lo que hizo era imperdonable, al menos a ojos de Austin.

—O tal vez, simplemente se alegró de escapar de los Benedict —replicó Nell, pensativa—. Ojalá Jon hiciera lo mismo —dijo, e hizo una pausa—. ¿Quién era la chica?

—Nunca mencionaron su nombre —reconoció Lydie con dificultad.

—¿Y no tenías curiosidad?

—Sí, claro. Pero desapareció, seguramente se fue con Marius. No nos permitieron hacer preguntas.

«Pero tú ni siquiera querías preguntar», le dijo una vocecita. Porque si las preguntas eran dolorosas, las respuestas la habrían destruido.

—Pues me parece algo increíble —dijo Nell con un suspiro, y señaló la bolsa—. Ahora déjame echar un vistazo a esa creación. Pásame por las narices lo que me voy a perder esta noche. Si quieres, podemos cerrar antes, no parece que vayamos a hacernos ricas esta noche.

En el despacho de Nell, que estaba en la parte trasera de la galería, había un espejo. Lydie desenvolvió el vestido y acarició la seda del vestido color crema.

Le temblaban un poco las manos. Había roto una ley no escrita al hablar de Marius y, al mismo tiempo, había destapado la caja de los truenos. Nell, con su innato sentido de la justicia, no podía creer lo que había sucedido con Marius, y, en muchos sentidos, tenía razón.

Sin embargo, en aquel tiempo, por el bien de Austin, no parecía haber otra elección sino aceptar el velo de silencio que se echó sobre el asunto. Los médicos habían sido claros al advertir de la gravedad del ataque y de le necesidad de evitar a Austin cualquier sobresalto o tensión.

Le debían demasiado como para correr riesgos innecesarios. Incluso le debía aquel vestido, pensó mientras lo estiraba.

Sí, a pesar de los ruegos de Debra, seguía yendo a la fábrica todos los días. No estaba de acuerdo con la opinión de su mujer de que debía descargar algunas responsabilidades sobre los hombros de Jon.

—Ya le he dado un puesto de mucha importancia, por encima de otros tal vez más capacitados que él, querida —le dijo a su mujer—. Por ahora, tendrás que conformarte con eso.

Debra se había quedado con las últimas palabras, olvidando las anteriores por conveniencia, convenciéndose de que, con el tiempo, Jon tendría el mundo a sus pies. Debra no había podido convencer a su marido de que adoptara a sus hijos, pero eso no era razón para que Austin no le dejara la fábrica y la casa a Jon. Sobre todo teniendo en cuenta que no quedaba otro heredero.

Era una obsesión para ella, pensaba Lydie, sosteniendo el vestido sobre su cuerpo y mirándose al espejo.

«Olvida el pasado», se dijo. «Piensa en el vestido, y en la fiesta... y en Hugh, que probablemente te pida que te cases con él. Concéntrate en eso y el dolor desaparecerá. Siempre ha sucedido y ahora debe ser

igual».

El efecto del vestido, de escote cuadrado y mangas acampanadas, era muy raro sobre su ropa de trabajo habitual, camiseta y vaqueros.

Parecía un vestido de boda, excepto por los bordados de la falda, una banda de flores y hojas bordadas en oro que añadían riqueza a la sencillez de la seda blanca. El escote también era demasiado amplio para un vestido de novia. No podría ponerse sujetador. Pero a Austin no le importaría. Crema y oro.

—Como una virgen.

Aquellas palabras resonaron en su cabeza, surgiendo del pasado de repente. Se le hizo un nudo en la garganta.

«No mires atrás», se dijo febrilmente. «No recuerdes, no es seguro. Ahora, no... nunca».

Separó un poco la falda de su cuerpo, observando el efecto.

A Hugh le encantaría.

Trató de pensar en él.

Hugh Wingate era alto, guapo y siempre estaba sonriendo. Había pertenecido al ejército y había luchado en la guerra del Golfo. A la muerte de su padre se había licenciado y había vuelto a casa para hacerse cargo de las propiedades de la familia. Debra había decidido que Wingate Hall, una mansión del siglo XVII, era el hogar perfecto para Lydie y se había pasado el año entero procurando que llegara a ser así.

Jon, pensó Lydie con pesar, no era la única víctima de los manejos de su madre.

Pero aunque Hugh había cooperado de buen grado, Lydie mantenía ciertas reservas, a pesar de que disfrutaba de su compañía y compartía muchos de sus intereses. Conocía muchos matrimonios felices que habían empezado con menos.

Pero no estaba enamorada de Hugh y lo sabía. Sus besos le agradaban, pero no la conmovían, y no le costaba nada resistirse a su deseo de llevar la relación a un nivel más íntimo. Aun así, cuando se comprometieran oficialmente, la presión, suponía, aumentaría, y tendría que ceder.

Pero eso era, tal vez, lo que necesitaba. Tal vez la única forma de acabar con el pasado, y con el dolor, era comprometerse con otra relación. Comenzar su vida de nuevo, convertirse en una mujer.

Se miró al espejo. Tal vez nunca volviera a experimentar unos sentimientos tan intensos como cinco años atrás, tal vez lo que sentía por Hugh era lo mejor que podía esperar. Al fin y al cabo, no estaba mal. Hugh jamás se sentiría decepcionado, de eso estaba segura.

La seguridad, se dijo, era lo más importante. Recordaba con

claridad los pisos pequeños donde había vivido y la continua inseguridad con el dinero que había marcado su infancia, y podía entender por qué Debra, en el declive de su carrera, se había aferrado con ambas manos al florido confort eduardiano de Greystones y a la pródiga devoción de Austin.

Si Hugh le pedía en matrimonio aquella noche, como su madre suponía, aceptaría. Así el cumpleaños de Austin se convertiría en una doble celebración.

Se apartó del espejo y dio varias vueltas por toda la habitación.

—Esta noche me voy a hacer un peinado especial —dijo—. Eso tendrás que imaginarlo.

Se detuvo de repente y se tapó la boca con la mano. No lo había oído llegar pero había un cliente de última hora junto a la mesa de Nell.

Apartó el vestido de su cuerpo como si la quemara y lo dejó sobre su brazo izquierdo. «Debe de pensar que soy tonta.» Se sonrojó y dijo:

—Lo siento, no me he dado cuenta de que había entrado.

—No se disculpe —dijo el hombre, sin poder ocultar cierto regodeo —. No me habría perdido el número por nada del mundo.

Lydie se quedó de piedra. Abrió la boca y, sin parpadear, vio a aquel hombre aproximarse hacia ella.

Era alto, moreno y con el cabello ligeramente rizado. Tenía el semblante de rasgos finos y la piel bronceada y sus ojos grises era tan fríos y duros como el cielo del invierno.

—Crema y oro —dijo Marius Benedict suavemente—. Igual que una virgen.

A Lydie se le cortó la respiración. Entonces, alzó la mano, rápidamente, como si tuviera intención de detenerlo, pero al hacerlo le dio un golpe a un jarrón de porcelana azul y éste se estrelló contra el suelo.

—Oh, no —chilló Lydie, y se arrodilló a recoger los trozos.

—Cuidado, no te vayas a cortar —dijo Nell agachándose a su lado —. Y no arrastres el vestido por el suelo, se va a manchar.

—Me temo que ha sido por mi culpa —dijo Marius—. Yo pagaré el jarrón, si me permite.

—Estas cosas ocurren —dijo Nell, y mirando a Lydie, se encogió de hombros—. Vete a casa, yo lo limpiaré.

—Vale —dijo Lydie, no sin dificultad.

Se puso en pie con alguna torpeza, sin saber si sus piernas serían capaces de sostenerla.

—Deja que te ayude —dijo Marius tomándola del brazo.

Lydie se soltó.

—Puedo yo sola —dijo con una voz que no parecía la suya.

Marius se detuvo.

—¿Me permites que te acompañe? Tengo el coche fuera.

Lydie tragó saliva.

—Gracias, pero tengo coche.

—Claro, por supuesto, qué tontería. Bueno, entonces hasta luego.

Lydie se alejó, consciente de que Marius la miraba. El trecho hasta el estudio se le hizo interminable. Corrió la cortina, con un profuso sonido de anillas, deseando que hubiera una puerta que pudiera cerrar con pestillo. Cerró la cortina y se quedó de pie, inmóvil, entre el olor familiar de los óleos, sintiéndose como un extraño en un país peligroso. Tenía la boca seca y el corazón le palpitaba con fuerza.

«Marius», pensó. «Marius ha vuelto a Thornshaugh después de cinco años de silencio. No puede ser verdad».

Sólo pocos minutos antes había roto el tabú diciendo su nombre. Y allí estaba, como si fuera un espíritu al que hubiera conjurado.

Con manos temblorosas, volvió a meter el vestido en su funda. «Igual que una virgen.» Aquellas palabras resonaban en su cabeza. Ya no podría ponérselo, no quería volver a verlo.

Se pondría otro. El vestido de noche negro que había comprado la semana pasada para salir a cenar con Hugh. La cabeza le daba vueltas y trataba de pensar en trivialidades para apagar el clamor de su mente.

¿Qué podía estar Marius haciendo allí? Thornshaugh era un territorio prohibido para él. ¿Qué esperaba ganar presentándose allí sin más?

A no ser, por supuesto, que todo fuera mucho más complicado.

Le costaba respirar.

Había dicho «hasta luego», no «adiós». Tal vez significara algo.

Se miró al espejo del estudio. Estaba muy pálida y sus ojos parecían más grandes de lo normal.

¿Qué había visto él? , se preguntó de repente. ¿La habría visto muy cambiada? Hacía mucho tiempo que había dejado de ser aquella muchacha con exceso de peso, también había cambiado de peinado, pero aparte de eso poco la diferenciaba de la ingenua muchacha de diecisiete años a quien él había traicionado y abandonado.

Él parecía mayor de los treinta años que tenía, pensó tratando de reflexionar con objetividad. Tenía el gesto más adusto, decidió dejando escapar una pequeña risa. Tal vez llevaba el pelo un poco largo para los gustos de Thornshaugh. Aquel siempre había sido un tema de disputa con Austin.

Decidió interrumpir sus recuerdos, tomó el bolso y se dio la vuelta.

En aquel momento, se abrió la cortina y Nell entró en el estudio.

—Ya está, se ha ido —dijo—. Así que ese es el sobrino pródigo.

Lydie se humedeció los labios.

—¿Qué demonios hacía aquí?

—Comprando ese plato de gres tan caro que pensábamos que no íbamos a vender. Dice que es un regalo de cumpleaños. Está claro que no esperabas verlo.

—Ni por lo más remoto —dijo Lydie con la voz ronca.

Nell sonrió.

—El cumpleaños de tu padre se va a convertir en una fiesta sorpresa.

—No puede ser verdad —dijo Lydie, para sí misma—. No ha dado señales de vida en cinco años. Seguro que Austin no sabe nada, nos lo habría dicho, o habría dicho algo para prepararnos.

—Puede ser —dijo Nell—, pero la comunicación no parece ser el punto fuerte de los Benedict. A lo mejor Austin dijo que pusieran un plato más, pensando que la gente sacaría sus propias conclusiones —dijo, y se quitó una gota de pintura de una uña—. Bueno, ¿y qué van a decir tu madre... y Jon?

Lydie tragó saliva.

—No lo sé. Por lo menos, a Jon no le importará. Marius y él se llevaban bien, creo. Y Jon estaba en la universidad cuando todo aquel asunto. Él y yo nos quedamos de piedra cuando nos enteramos de que Marius se había marchado —añadió con dificultad.

—Y se acabó, sin más —comentó Nell cáusticamente.

Lydie miró al suelo.

—No puedes imaginar cómo fue —dijo con voz grave—. Austin estaba en el hospital y mi madre estaba histérica y le echaba la culpa de todo a Marius.

Y Marius desapareció, pensó. Sin dejar rastro, sin una palabra de adiós. Sin dar explicaciones.

—Y tú seguiste la corriente —dijo Nell y guardó silencio un instante—. Bueno, está claro que ha prosperado. Ha comprado el plato y ha insistido en pagar el jarrón. Y llevaba un reloj de platino —añadió, como si aquello diera por zanjado el asunto.

—Me alegro —dijo Lydie sonriendo forzadamente.

Nell la miró con sorpresa, luego se encogió de hombros.

—Bueno, será mejor que te vayas a la fiesta, aunque no sé si va a ser una fiesta o qué va a ser.

Lydie tenía el coche aparcado detrás de la galería. Puso el vestido en el asiento de atrás de su Opel Corsa y subió al coche. Entonces cruzó los brazos sobre el volante y apoyó la cabeza en ellos.

Durante cinco largos años había tratado de olvidar, de apartar de su mente aquellos angustiosos recuerdos. Pero parecía que no tenía otra elección que recordar.

Capítulo 2

IGUAL QUE una virgen». Aquellas palabras le martilleaban los oídos. Siempre había pensado que no volvería a verlo.

Al principio lo había esperado, rogando a Dios que volviera, a pesar de lo que había hecho, o que por lo menos le enviara alguna carta, algún mensaje. Pero las semanas se habían convertido en meses, sin más respuesta que el silencio.

Marius se había ido y la había dejado. Nada de lo que pasó entre ellos, nada de lo que había dicho o hecho se lo impidió.

Durante cinco interminables años había aprendido a vivir con ello. Qué estúpida, pensó sin piedad, qué ciega, qué idiota.

Se conocieron cuando ella tenía once años y no era más que una niña torpe y desconcertada que trataba de acostumbrarse al abrumador cambio de las circunstancias.

Un día estaba en un colegio de segunda categoría de las afueras de Londres y al siguiente la llevaban al norte de Inglaterra en un Rolls—Royce que conducía un hombre adusto, que vestía trajes caros y fumaba puros y a quien su madre había presentado como «tu nuevo padre, cariño, Austin», y luego, volviéndose hacia él le había dicho: «¿Quieres que Lydie te llame papá o tío?»

—Ninguna de las dos cosas —había dicho el hombre, y su mirada se dulcificó un poco al mirar a la niña—. Puedes llamarme Austin, la mayoría de la gente me llama así.

Greystones Park, que vio por primera vez bajo una lluvia torrencial, le había parecido opresivo, incluso aterrador.

Jon no se fue a vivir a Greystones —debía quedarse en el colegio interno hasta terminar el curso—, y ella se sintió completamente sola. Su madre y su padrastro estaban demasiado ocupados el uno con el otro como para reparar en ella y la dejaron al cuidado de la señora Arnthwaite, el ama de llaves, a quien no le había gustado mucho la idea de estar a las órdenes de una nueva señora.

La señora Arnthwaite era demasiado lista como para mostrar su descontento a Austin o a su madre, pero Lydie tuvo que sufrir incontables impertinencias. Tantas veces le dijeron que dejara de molestar que empezó a sentir como si no hubiera un solo rincón en las numerosas habitaciones donde pudiera refugiarse un momento.

Hasta tal punto era así que un día, mientras iba por el pasillo, oyó que el ama de llaves se aproximaba y corrió hacia la puerta que tenía más cercana, y se metió debajo de una cama.

Allí escondida, entre el polvo pero a resguardo de la señora Arnthwaite, esperó a no oír nada, y abrumada por la soledad se puso a

llorar hasta que se quedó dormida.

Cuando se despertó había luz en la habitación y alguien se paseaba de un lado a otro. Trató de no moverse, porque si era la señora Arnthwaite, se llevaría un buen castigo. Pero el polvo que había debajo de la cama le llegó a la nariz y no pudo evitar un estornudo.

Alguien levantó la colcha. Era un hombre.

—¿Qué demonios...? —y sacó a Lydie a rastras.

Ella se sentó en la moqueta y lo miró. Lo primero que pensó era que era muy alto. Había visto a muchos hombres guapos, pero aquel hombre no tenía una belleza convencional. Era muy atractivo. Tenía los rasgos bien definidos y la nariz recta. Era más un hombre duro que romántico, pensó de acuerdo a las categorías que había establecido de antemano.

Sabía quién debía ser. Austin hablaba mucho de su sobrino Marius, que estaba estudiando en Oxford, pero que iría a Greystones el primer fin de semana que tuviera libre para conocer a su nueva tía.

Y aquélla era su habitación, le dijeron a Lydie el primer día. También le había dado la impresión de que era una clase de territorio sagrado. Y acababan de descubrirla allí. No podía imaginar el castigo que la esperaba.

Pero cuando se atrevió a mirarlo no parecía enfadado. De hecho, le costaba mucho mantenerse serio.

—¿Qué estabas haciendo ahí debajo?

—No podía ir a otro sitio. Me... me quedé dormida. Lo siento.

—Más lo sentirás cuando bajes. No has ido a tomar el té y han llamado a la policía. Austin estaba pensando en dragar el río.

—¿Están muy enfadados?

—Más preocupados que enfadados. Venga, yo bajaré contigo —dijo Marius, y la ayudó a levantarse, fijándose en su cara manchada—. Será mejor que te limpies.

Abrió la puerta de su baño privado y la observó mientras ella se lavaba la cara y las manos.

—Toma —dijo ofreciéndole una toalla.

La toalla olía a colonia, el mismo olor penetrante que había notado cuando Marius la recogió del suelo, y que le gustaba mucho más que el olor de la colonia de la mayoría de los hombres con quien su madre había salido, pensaba hundiendo la cara en la toalla y aspirando con placer.

—Gracias —le dijo al devolvérsela.

Lo miró, sonriendo y levantando el labio ligeramente a la vez, como le había visto hacer a su madre muchas veces. Marius frunció el ceño.

—Eres demasiado joven para hacer trucos como ése —dijo dándole un golpecito en la punta de la nariz—. Con una seductora en la familia es más que suficiente.

Casi parecía una broma, pero ella sabía que lo decía en serio. Se preguntó entonces, a pesar de su edad, si Marius vería con buenos ojos el matrimonio de su tío y la inesperada ampliación de la familia.

Una vez abajo, fue él quien la disculpó, diciendo sin más que buscando un escondite secreto se había quedado dormida.

—¿Un escondite secreto? —preguntó Debra—. ¿Dónde?

Lydie miró a Marius, que miraba a los demás esbozando una sonrisa.

—Si os lo dijera, ya no sería secreto —dijo y la miró a ella con una sonrisa todavía más amplia.

Desde aquel momento se convirtió en su esclava.

Con la distancia de los años, Lydie pensaba lo molesto que debía de haber sido para él la insistente adoración de una niña. Pero si así era, nunca dio muestras de ello, tratándola siempre con una divertida aunque distante simpatía.

A medida que se fue haciendo mayor y más perceptiva, se fue dando cuenta de que Marius era muy reservado, había construido una barrera casi intangible que lo separaba del mundo. Algunas veces se preguntó si se debía a que era huérfano. Tras perder a sus padres, no había recibido ninguna influencia femenina en su vida, a no ser la de la señora Arnthwaite, que no merecía la pena considerar como tal.

Y la invasión de Debra había empeorado las cosas. Lydie se había dado cuenta de ello muy pronto. Se dio cuenta de que había una tensión soterrada, y que su madre sentía un resentimiento mal disimulado hacia el joven que durante tantos años había significado tanto para su esposo.

Después de casarse, Debra pasó a ocupar el primer lugar en los afectos de Austin.

Pero para ella no era suficiente.

Porque, para ella, el heredero debía ser Jon, el hermoso, el favorecido, el adorado Jon. Lydie, aunque nadie se lo dijera, lo sabía bien. Siempre había vivido a la sombra de su hermano, pero lo quería lo bastante como para no importarle, y admiraba su talento sin reservas.

A pesar de todo, Marius era el heredero de Austin, y estaba destinado a heredar Greystones y hacerse cargo de la fábrica. Austin nunca consideró otra alternativa, al menos no en aquel tiempo.

Tampoco la relación de Marius con Austin había sido idílica. Austin había heredado la pequeña fábrica fundada por su bisabuelo y

había convertido Benco en la mayor empresa de Thornshaugh.

Marius, sin embargo, siempre había deseado alejarse de un estilo de dirección paternalista y buscar una mayor participación de los empleados. Había luchado por implantar la maquinaria más moderna, un sistema de cobertura sanitaria propio y había informatizado la empresa y renovado el club social, convirtiéndolo en un centro de recreo para todos los trabajadores y sus familias.

Habían tenido furiosas discusiones, pero al final siempre llegaban a buen término. A pesar de la filosofía de Austin, «lo que era bueno para mi padre es bueno para cualquiera», reconocía que ninguna empresa podía permanecer parada y había dado campo libre a Marius para introducir muchas reformas.

Incluso había llegado a hablar de retiro...

Y entonces, poco después del sesenta cumpleaños de Austin, tuvo lugar aquella amarga y terrible disputa y Marius se marchó. Su destino fue un misterio, ni siquiera supieron si se fue solo o acompañado de aquella mujer.

Había sido lo peor que había sucedido en Thornshaugh desde que Lydie llegara con su madre, hasta que, nueve días después, Austin sufrió aquel infarto. La vida en Greystones se convirtió en un caos de ambulancias, médicos, cuchicheos e infinidad de llamadas.

Y en medio de todo aquello, Lydie trataba de consolar a su madre mientras ésta esperaba para poder ver a su marido en la unidad de cuidados intensivos.

Debra la miró.

—Es todo culpa suya, de tu precioso Marius. Esto es lo que ha conseguido, es un asesino. Si te atreves a mencionar su nombre otra vez...

Y Lydie nunca más se atrevió a hacerlo. Austin estuvo muy enfermo y su preocupación por él tenía que exceder en importancia a su propio dolor y a su desconcierto, a la necesidad de encontrar un sentido a lo que había ocurrido.

Suspiró profundamente y levantó la cabeza del volante.

—¿Le ocurre algo, señorita Hatton? —dijo el guardia de seguridad apareciendo junto al coche—. Iba a cerrar la puerta del aparcamiento, ¿le parece?

—Muy bien, Bernie —dijo Lydie, encendiendo el coche—. Hágalo.

Dio marcha atrás, con cuidado, porque estaba temblando, y se dirigió a su casa.

Greystones Park era un hervidero de actividad. El jardinero estaba colgando la última guirnalda de bombillas de colores en el camino de entrada y había furgonetas de un restaurante, una pastelería y una

floristería.

Aparcó, entró por una puerta lateral y subió a su habitación.

Al abrir la puerta, Debra Benedict, que estaba mirando por la ventana, se dio la vuelta.

—¿Dónde estabas? —le dijo con furia. Llevaba un kimono de seda negra y flores y fumaba nerviosamente—. ¿No te dijo esa chica que te había llamado? Por Dios, Lydie, no te imaginas lo que ha ocurrido.

—Sí me lo imagino —dijo Lydie—. Lo sé. Marius ha vuelto.

—¿Lo sabías? ¿Quieres decir que te había llamado, que sabías que iba a venir? —dijo Debra con furia y perplejidad.

—Claro que no. Fue a la galería justo antes de cerrar —dijo Lydie terminantemente— Creía que estaba viendo visiones.

Debra se rió, con un deje de histeria.

—Desgraciadamente, querida, es asquerosamente real.

—¿Lo sabe Austin?

Debra dio una calada al cigarrillo y jugueteó con él en la mano.

—¿Que si lo sabe? Ha sido cosa suya. Lo ha invitado sin decirme nada, ni a mí ni a nadie —dijo, y se rió con rabia—. Esta tarde se limitó a decirme que había un invitado más, como si mi opinión o mis sentimientos no importaran. Dios sabe desde cuándo lo lleva tramando —añadió con odio.

—¿Pero no es mejor así? —dijo Lydie—. Después de todo es el único pariente de Austin.

—No seas tonta —dijo Debra echando fuego por los ojos—. ¿Crees que voy a permitir esa tontería de que vaya a «perdonar y olvidar»? ¿Eso de que llevan la misma sangre en las venas? —hablaba escupiendo las palabras—. ¿Dejar que entre por la puerta y que le quite a Jon todo por lo que ha trabajado como un esclavo en esa maldita fábrica? Y un cuerno. Austin debe de sufrir demencia senil.

—Ese comentario —dijo Lydie con frialdad— es vergonzoso.

—¡No te atrevas a darme lecciones! —dijo Debra encendiendo otro cigarrillo con los restos del otro—. No sabes lo que está en juego.

—Puede que sí —dijo Lydie dirigiéndose al armario para sacar el vestido negro y unos zapatos de tacón alto—. Puede que a Jon le guste que Marius haya vuelto. ¿Lo habías pensado?

—No —dijo Debra, rechazando aquella posibilidad con desprecio —. Él sí sabe bien lo que se juega. Si Marius mete las narices en Benco, Jon va a terminar en un puesto secundario, o puede que lo echen de la fábrica.

Cosa que a Nell le encantaría, pensó Lydie mientras del cajón de la ropa interior sacaba un camisola negra con un liguero y unas medias y los echaba sobre la cama. Aunque probablemente preferiría que Jon

tomara la decisión por sí mismo a que la tomaran por él, pensó.

—¿Y yo qué? —replicó Debra—. Lo único que sé es que ese maldito abogado volverá a venir y a hablar de la herencia y de la asignación y de tonterías. Voy a terminar mis días en algún espantoso hotel junto al mar, viendo cómo me baja el valor de la pensión cada día que pasa, rodeada de viudas, teniendo que mirar con lupa todos mis gastos. Igual que antes.

Le temblaba la boca y tenía los ojos inyectados en sangre.

Era una mujer egoísta y ambiciosa, pero Lydie sentía compasión por ella. La señora Benedict, señora de Greystones Park, era el mejor papel que le habían ofrecido en toda su vida, y ella lo había desempeñado magníficamente ante una pequeña pero devota audiencia.

Trató de hablar con ligereza.

—No te despidas de Austin tan pronto. Es un hombre muy fuerte —dijo, e hizo una pausa—. Y todavía no sabes lo que va a significar esta reconciliación. Han pasado cinco años. Marius tiene otra vida, tal vez otros compromisos—Aquellas palabras le quemaron en la garganta. Tenía un hijo, sin duda, tal vez una esposa.

—Puede que no quiera volver a Thornshaugh —concluyó.

—No seas tonta —dijo Debra, y tiró el cigarrillo por la ventana abierta—. Claro que quiere volver. ¿Tú no querrías?

—No tengo ni idea de lo que quiere Marius —dijo Lydie.

«Aunque una vez pensé que lo sabía», pensó.

Debra frunció los labios.

—Austin lo ha obligado a que cancele la reserva de su hotel y se venga aquí. A su antigua habitación, por si quieres saberlo —dijo, apretando el puño—. No puedo creer que esté ocurriendo esto. Austin siempre ha sido tan firme, tan inexorable. Yo creía que nos habíamos librado de Marius para siempre.

A Lydie le dolió aquel comentario.

—¿No te ha dado ninguna explicación?

—Sus palabras exactas han sido: «He tomado una decisión» —dijo Debra, y se rió—. Y las decisiones de Austin, aunque arbitrarias, hay que aceptarlas sin discusión.

La única persona que había discutido con él había sido Marius, pensó Lydie, y consultó su reloj.

—No creo que mejoremos las cosas si bajamos tarde a cenar —dijo —. Voy a darme un baño.

—Dios mío, qué fría eres —dijo Debra—. No creas que a ti no te va a afectar que Marius vuelva y se haga cargo de todo. Todos lo vamos a notar —dijo, y salió de la habitación.

Claro que se vería afectada por la vuelta de Marius, pensaba Lydie unos minutos más tarde, mientras trataba de relajarse metida en el baño, pero no del modo que creía su madre.

Aunque podrían surgir problemas con la galería.

Thornshaugh, con sus empinadas calles de adoquines y edificios antiguos bien conservados desde la revolución industrial era lo bastante atractiva como para estar incluida en el itinerario turístico que se iniciaba en Yorkshire y seguía con la casa de las hermanas Brontë en Haworth y la Ruta del Curry en Bradford.

La galería estaba situada en el primer piso de un edificio que pertenecía a Benco Mill, compartiendo local con una boutique que estaba en el primer piso, una pastelería y varios talleres de madera, fabricación de velas y de tejidos.

En la galería vendían, sobre todo, cuadros, grabados y cerámica de los artistas y artesanos locales, incluida la propia Nell. Y aunque Lydie y Nell no querían vender recuerdos turísticos, si vendían muchos objetos pequeños, originales y baratos que los turistas compraban para regalo.

Cuando el banco rechazó la concesión de un crédito para que pudieran financiar la galería, Lydie le pidió un préstamo a su padrastro. Y él, a pesar de que Debra se opuso veladamente, se lo concedió.

La galería se sostenía en pie porque Lydie todavía no cobraba el salario completo. Aunque, de momento, tampoco lo necesitaba, porque vivía en Greystones y Austin insistía, a pesar de sus objeciones, en darle una asignación.

Gastaba lo menos posible, aunque el vestido que seguía abandonado en el asiento de atrás de su coche era una excepción a aquella regla. Quizás pudiera devolverlo todavía.

Se secó y se puso la ropa interior. Luego, tomó las medias y las deslizó con cuidado sobre sus suaves piernas, recordando otra noche hacía cinco años, cuando se vestía para el cumpleaños de Austin.

En el colegio la habían dejado volver a casa como favor especial, y gastó todo lo que tenía en un vestido.

Quería comprar un vestido, tan suave y ajustado como una segunda piel, negro y de lentejuelas, el colmo de la sofisticación. Quería demostrarle a Marius que ya no era una niña, sino toda una mujer que ansiaba ser amada.

Le tembló un poco la mano mientras se aplicaba el colorete.

Pero el dueño de la boutique le había desaconsejado aquel modelo y le había recomendado uno mucho más sencillo de color verde esmeralda, el mismo tono de sus ojos.

En aquellos momentos centraba en ellos una minuciosa atención, aplicándose el rímel y la sombra de ojos, acentuando su forma y su brillo, con la misma dedicación al detalle con que se pintó la boca. Aquella noche su rostro debía ser perfecto, impenetrable.

Cinco años antes, había tenido iluminado el semblante por la ilusión, y había necesitado poca ayuda del maquillaje. El corpiño del vestido, con unos tirantes tan finos como cordones de zapatos, realzaba sus senos, y la falda corta dejaba al descubierto sus hermosas piernas. La había levantado un poco con las manos y había dado una vuelta delante del espejo, imaginando que bailaba en brazos de Marius. Imaginando la sonrisa de sus ojos cuando le dijera que lo quería, la dulzura de su voz cuando él contestara que sentía lo mismo por ella...

Se levantó bruscamente y fue a recoger el vestido negro. Se lo metió por los pies, lentamente. Negro, pensó, el color del luto. Por la muerte de la confianza y de la inocencia. Por el fin de los sueños de una niña.

Se miró con detenimiento. Se había hecho un moño, del que escapaban unos mechones sobre la nuca y las orejas. ¿Quién podría tener mejor aspecto?, se preguntó con ironía.

Abrió la puerta y salió al pasillo. Justo en aquel momento, Marius salía de su habitación.

Dejó la mano en el picaporte. Sentía como si el frío metal le mordiera la mano, dejando que aquella sensación combatiera con su dolor, mientras recordaba con amargura lo familiar que le resultaba verlo vestido de etiqueta. Vestido de manera formal siempre había estado muy guapo, los trajes acentuaban la anchura de sus hombros y se ajustaban a sus estrechas caderas.

Aquella otra noche, hacía ya tanto tiempo, ella lo había visto, con una excitación nueva y secreta, avanzar hacia ella, y había querido correr hacia él y dejarse estrechar entre sus brazos.

En aquel momento, tenía la boca seca y le daban escalofríos al darse cuenta de la distancia que el dolor y la traición habían interpuesto entre ellos.

—Buenas noches, virgen adorada —dijo él examinándola—. ¿O prefieres que te llame orquídea negra?

—Ninguna de las dos cosas.

—¿No? —dijo y fingió suspirar—. Hubo un tiempo en que...

—Un tiempo pasado —dijo, Lydie controlando el temblor de su voz.

—Qué extraño —dijo él lentamente— que digas eso cuando a mí me parece que fue ayer.

—Marius, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Por qué has vuelto?

Marius sonrió, de un modo que Lydie siempre había odiado porque era una sonrisa de burla.

—Porque recibí una invitación, una oferta que no podía rechazar.

—¿Pero qué es lo que quieres? —dijo Lydie al borde de la exasperación.

—Ah —exclamó Marius, y guardó silencio un momento—. Eso, creo, ya lo verás, virgen adorada —dijo, y la miró desafiante—. Puede que haya vuelto por ti.

Lydie echó la cabeza hacia atrás, sorprendida y perpleja, y en sus labios se formó la palabra «no», que no llegó a pronunciar. Luego se dio la vuelta y bajó las escaleras. El sonido de la risa de Marius la persiguió como una sombra.

Capítulo 3

LYDIE NO esperó a ver si Marius la seguía. Se dirigió directamente al salón, deteniéndose un momento antes de entrar para recobrar la calma. ¿Es que Marius pensaba que podía volver a entrar en aquella casa —volver a entrar en su vida— como si los cinco años pasados no significaran nada, como si nunca se hubiera ido?

Hacía cinco años era joven y vulnerable, pero aquel tiempo había pasado. Tenía planes de futuro, sus sentimientos bajo control. Y Marius no formaba parte de su vida.

Cuanto antes saliera de aquella casa, pensó con gesto ceñudo, mejor.

Empujó la puerta y entró en la estancia.

Jon estaba solo, con un botella en la mano.

—Hola, hermana —dijo con una sonrisa forzada—. Bienvenida a la reunión familiar, y eres realmente bienvenida, créeme —dijo, y se sirvió un vaso de whisky—. ¿Me pregunto qué otras sorpresas nos depara la noche?

—Pensé que Marius te caía bien —dijo Lydie con reserva.

—Como todos los demás, supongo que no llegué a conocerlo bien —dijo Jon pensativo, y sirvió a Lydie su habitual jerez seco—. Aunque ese es un error que todos tendremos tiempo de reparar de ahora en adelante. Mamá está que se sube por las paredes —concluyó dándole la copa a Lydie.

—La he visto. Creo que exagera.

—O que actúa —dijo Jon, bebiendo un trago de whisky—. Pero no podemos echarle la culpa. Por primera vez Austin ha impuesto su voluntad. Eso lo hace impredecible, casi peligroso.

Lydie apretó la copa entre los dedos.

—Siempre ha pensado que Marius tenía la culpa del infarto de Austin.

Jon se rió burlonamente.

—Eso sólo es una parte de la historia. Marius y ella no se llevaron bien nunca, sobre todo desde que ella empezó a contemplar su matrimonio como una oportunidad para hacer lo que quisiera —dijo y señaló a su alrededor con el vaso—. Esta casa, para empezar. La cambió de arriba abajo, quitó recuerdos familiares que llevaban aquí generaciones. A Marius esa limpieza le pareció bastante insensible.

—No lo sabía —dijo Lydie—. Sabía que hubo cambios, claro, pero...

—Eras demasiado pequeña para darte cuenta de lo que estaba ocurriendo. Parece ser que los negocios no iban bien en aquel tiempo,

pero a mamá le daba igual. Y le molestaba que Marius no fuera tan sumiso con ella como todos los demás. Además, le faltó tacto y le dejó ver que le parecía una mujer mayor.

Lydie se mordió el labio.

—Sí, de eso sí me di cuenta.

—Así que cuando Austin dejó de darle cheques en blanco y le puso una asignación, le echó la culpa a Marius —dijo Jon sosteniendo el vaso de whisky a la luz, admirando el color ámbar del líquido—. Aunque supongo que fue debido a algún comentario de los contables. Por muy enamorado que estuviera, Austin no iba a dejar que ella lo arruinara. Pero con Marius lejos de aquí, mamá debía pensar que todo estaba solucionado. Imagina cómo se siente al ver que ha vuelto.

—Pero tú tampoco te alegras.

—¿Y tú? Me acuerdo que estabas muy... encariñada con él.

Lydie se encogió de hombros.

—Una crisis adolescente —dijo, sin mirarlo.

«Tal vez haya vuelto por ti.» Aquellas palabras resonaban en su cabeza, amenazándola continuamente.

—Agua pasada —concluyó, y sintió un escalofrío.

—Espero por tu bien que así sea. No creo que en estos años haya suavizado su actitud hacia esta rama de la familia.

—¿Y tú?

Jon apretó los labios.

—He pasado cinco años deslomándome en esa maldita fábrica. No quiero que nadie me arrebate mi puesto y me relegue a otro lugar sin importancia... o algo peor.

Lydie dejó su copa, intacta, sobre la mesa.

—¿No te parece una buena oportunidad para cambiar de vida?

Jon la miró con enfado.

—Me parece que Nell te ha lavado el cerebro, cariño. Yo sigo en mi puesto, y pienso defenderlo. Y tú deberías hacer lo mismo. Porque si a Austin le ocurre algo, Marius nos echará de aquí antes de cerrar el ataúd.

Lydie hizo una mueca ante aquel comentario.

—Me preguntó dónde ha estado todo este tiempo —dijo.

—No ha perdido el tiempo, eso seguro. Tendrías que ver su coche —dijo Jon y se detuvo un instante—. A propósito, ¿no has convencido a Nell para que viniera a la fiesta? —dijo, pretendiendo no dar importancia a sus palabras.

Lydie sintió pena por él.

—No, pero lo intenté.

—No importa —dijo Jon—. Entonces tendré que buscar compañía

en el Chivas.

Se abrió la puerta y Debra Benedict entró. Llevaba un vestido de raso plateado y collar y pendientes de amatista. Miró a su alrededor.

—¿Dónde están?

—Supongo que en el estudio, fumando la pipa de la paz —dijo Jon —. ¿Quieres algo de beber?

—No, gracias, y me parece que tú ya has bebido demasiado. No te emborraches o ese hombre te destrozará —dijo Debra—. Voy a decirle a la señora Arnthwaite que anuncie la cena.

Jon dejó el vaso de whisky sobre la mesa.

—Muy bien, mamá, me rindo.

«Pero yo no», pensó Lydie, irguiendo la barbilla. No podía, tenía que luchar, seguir luchando hasta el final. Porque, ocurriera lo que ocurriera, no podía dejar que Marius volviera a acercarse a ella.

Austin Benedict parecía muy relajado al ocupar su sitio en la cabecera de la mesa. Marius, que se sentó frente a Lydie, tenía una expresión inescrutable.

—Bueno, qué tranquilidad —dijo Austin agarrando su servilleta—. La calma antes de la tormenta. Bueno, al final, ¿cuánta gente va a venir a la fiesta, Deb?

La señora Benedict se aclaró la garganta.

—Más de doscientos, si vienen todos.

—Vendrán —dijo Austin—. Incluso los que no pensaban hacerlo. No se puede guardar un secreto en este valle y todos querrán estar aquí para verlo con sus propios ojos —dijo, y miró a Lydie—. Esa cara es un poco seria para una fiesta, pequeña. Esto es una celebración, no un funeral, no lo olvides.

Lydie sintió la irónica mirada de Marius sobre ella y se sonrojó.

Austin se dirigió a todos.

—Desde esta noche somos una familia unida —dijo—. Lo que ocurrió hace cinco años sólo es asunto nuestro, de nadie más, que quede bien claro —dijo y miró a todos los presentes con dureza—. Que nadie eche las culpas a nadie de lo que acabó hace tiempo. No podemos cambiar el pasado, así que miremos al futuro. ¿De acuerdo?

—Ya que mencionas el futuro —intervino Jon con suavidad—, ¿puedo preguntarte qué despacho voy a ocupar el lunes? Hoy, cuando me he ido, era director de ventas, pero como parece que las cosas empiezan a cambiar rápidamente...

Lydie se mordió la lengua. Aquella no era forma de tratar el asunto, se dijo maldiciendo a su hermano.

Fue Marius quien respondió, muy tranquilo.

—Tendrás el mismo puesto. Pero quiero un informe de ventas de los últimos seis meses el miércoles.

—Por supuesto —dijo Jon, parodiando el saludo militar—. ¿Y dónde te lo llevo?

—Al despacho de director —dijo Austin—. De ahora en adelante, sólo soy el presidente de la compañía. Ya hemos informado al consejo.

Lydie miró a su madre de reojo. Su semblante había perdido el color natural, pero tenía los pómulos sonrojados. Por un instante, Lydie se puso tensa, pensando que Debra iba a explotar. Pero, con palpable esfuerzo, se contuvo y se limitó a agitar la campanilla para que la señora Arnthwaite trajera la sopa.

Fue la peor cena a la que Lydie había asistido en su vida. Ni siquiera el champán pudo relajar el ambiente. Mientras se servía, sintió lo mismo que si estuviera ahogándose, sofocada por el silencio de su madre y de su hermano.

Marius, mientras tanto, hablaba con su tío de temas sin importancia: la actuación del equipo de Yorkshire en el campeonato de críquet, viejos conocidos, amigos, etc., pero Lydie no se engañaba.

Al otro lado de la mesa, dispuesta con la mejor vajilla, la mantelería más delicada, la cubertería de plata y los jarrones de flores —rosas blancas, las favoritas de Austin—, Marius estaba pendiente de ella. Sabía que no le quitaba ojo de encima, como si deseara que también ella lo mirase.

«No lo mires», no dejaba de repetirse. «Finge que esa silla sigue vacía».

Le palpitaba el corazón violentamente. Le daban ganas de levantarse, apartar de un manotazo las flores, las copas, los platos, y gritarle. ¿Dónde está? ¿Dónde está aquella mujer? Si la tenías a ella, ¿por qué me tomaste a mí? ¿Era mejor que yo en la cama? Todas las preguntas que la habían acosado durante años y que no podía responder.

Era agua pasada, le había dicho a Jon, y así tenía que ser. Ya no eran los mismos. Ella ya no era una niña ingenua, llevada por la locura del primer amor. Había crecido muy deprisa, en la escuela de la angustia y de la traición. Era lo bastante mayor, lo bastante sabia como para reconocer el peligro cuando lo tenía delante, y huir de él.

Y, sin importar lo que Marius había sido, su comportamiento en aquel reencuentro, le decía que era un peligro, no sólo para ella sino para todos.

Se arriesgó a mirarlo de reojo y vio que la estaba mirando, directamente, sin ocultar sus intenciones, con una mezcla de burla y triunfo.

«¿Ves?», parecía decirle. «Al final he ganado yo. Todo lo que tenía que hacer era esperar».

Y aquél, pensaba Lydie con furia, rechazando el dulce de melocotón que le estaba ofreciendo la señora Arnthwaite, era el primer error que había cometido aquella noche. El primero y el último, se prometió.

Los invitados empezaron a llegar a la fiesta una hora más tarde. En el jardín de la parte de atrás de la casa habían puesto una enorme marquesina, con una tarima para bailar. La banda ya estaba tocando. El buffet estaba en el invernadero, donde también estaba una de las dos barras.

Era el mismo despliegue fastuoso de siempre.

Le dolía la cara de tanto sonreír, y evadió tantas preguntas acerca de la repentina vuelta de Marius que se sentía como el sparring de un campeón de los pesos pesados.

Hugh Wingate fue de los primeros en llegar. Se sintió culpable por no haberle dedicado ni un solo pensamiento hasta aquellos momentos y se arrojó a sus brazos.

—Habría venido antes de haber sabido que ibas a recibirme así —dijo Hugh con la voz algo ronca—. He oído que Austin tiene un regalo sorpresa.

Lydie sonrió.

—Es el único tema de conversación de esta noche, aunque supongo que es normal.

—A lo mejor podemos darles algo más de qué hablar.

Iba a pedirle que se casara con ella. Por un instante sintió un gran alivio. Era lo que necesitaba, era la seguridad definitiva, su tabla de salvación en un mundo desquiciado.

Pero, ¿era lo que realmente quería?, le decía una vocecita.

«Ya pensaré en ello más tarde», pensó, y se dio la vuelta para dar la bienvenida a otros invitados.

Tradicionalmente, las fiestas de cumpleaños de Austin comenzaban con un vals, precedido de unas palabras de bienvenida. Aquel año, pensó Lydie, se habría oído el ruido de un alfiler. Miró a Jon y frunció el ceño. A pesar de las admoniciones de su madre, era evidente que había bebido mucho.

Discretamente, le dio una patadita.

—Para un poco, ¿quieres? —le dijo.

Jon se encogió de hombros, y al hacerlo, parte del contenido de su vaso le manchó el esmoquin.

—¿Qué más da? La lucha ha terminado, y yo he quedado segundo.

Lydie se mordió el labio.

—Bueno, pues ten cuidado no vayas a perder la medalla de plata.

Austin se aclaró la garganta.

—Es maravilloso ver a tantos amigos aquí esta noche. Hace tiempo que pasé la edad en que cumplir años es algo a celebrar, así que la fiesta de esta noche es, sobre todo, para dar la bienvenida a mi sobrino. Aparte de lo mucho que me satisface tenerlo de nuevo en casa, a partir de la próxima semana nuestros clientes tendrán un nuevo director con quien vérselas —dijo, levantando un murmullo de interés y especulación entre los asistentes. Cuando éste cedió, añadió —: Ahora, divirtámonos.

Lydie se fijó en cómo bajaba del estrado al suelo y agarraba la mano de su esposa. Entre una salva de aplausos, los anfitriones inauguraron el baile. Otras parejas los siguieron, y Lydie se dio la vuelta para mirar a Hugh. Pero Marius le cerraba el camino.

Se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Puedo tener el honor? —le dijo Marius con un tono muy educado, muy formal, y sin esperar respuesta la agarró y la condujo a la pista—. Órdenes de Austin —le susurró al oído, y ella se estremeció —. Por el interés de la familia.

—Claro —dijo Lydie fríamente.

—Y por mi propio gusto —añadió Marius con diversión y la agarró por la cintura para empezar a bailar—. Supongo que podría decir… como en los viejos tiempos.

—No. No puedes decirlo.

—Dicen que la ausencia ahonda los afectos —dijo Marius en tono de broma.

—Pues quien lo diga debería pensarlo dos veces —le espetó Lydie.

«La ausencia sólo te parte en dos y hace añicos tu corazón», pensó. «La ausencia hace que llores cada noche y vagues como un zombie durante el día. La ausencia te destruye».

—Tengo la impresión de que, si fuera por ti, no habría tenido este recibimiento —dijo Marius.

Lydie se encogió de hombros.

—¿Qué esperabas?

—Muy poco. La verdad es que esta reconciliación no fue idea mía.

Aquella confesión sobresaltó a Lydie, que dirigió a Marius una mirada interrogante.

—¿No? ¿Cómo pudo encontrarte Austin?

—No se lo he preguntado. Supongo que en realidad mandó que me vigilaran desde que me fui, aunque dudo que él lo admita.

—¿Si no, no habrías vuelto?

—Me ordenaron no llamar a su puerta nunca más. Era él quien tenía que hacer el primer movimiento. Yo no pensaba suplicarle.

No, pensó Lydie, ningún Benedict se rebajaba a suplicar a nadie. Sus palabras se habían fijado en su mente, como una puñalada. No había vuelto por ella, sino por Austin.

—Me sorprende que quisieras volver —le dijo.

—La verdad es que tenía mucho que perder —dijo Marius—. Y algo que ganar.

Lydie perdió el paso.

—Comprendo —dijo con vacilación.

—Todavía, no —dijo Marius mirándola detenidamente—, pero aún es pronto.

A Lydie le palpitó el corazón. Aquello, de nuevo, era casi una amenaza, pensó tragando saliva. Pero por qué. Ella no había hecho nada, excepto enamorarse del hombre equivocado en la ocasión equivocada. Había sido él quien había roto las reglas, y su corazón.

De repente, se vio muy pegada a él. El brazo de Marius era como una barra de acero, su cálido cuerpo le daba calor, como si estuvieran desnudos.

—Todos cambian de pareja —dijo—. Deberías bailar con la señora Mottram. Es la mujer del alcalde. Está allí, con el vestido rojo.

—No me parece apropiado —dijo Marius sin hacer la menor intención de soltarla—. Deja que Jon le haga los honores, si puede apartarse del whisky durante cinco minutos.

Lydie lo maldijo en silencio por haberse dado cuenta. Y maldijo a su hermano por ser un blanco tan fácil.

Pero trató de tranquilizarse.

—Ha tenido un día muy duro.

—El primero de una larga lista, sospecho.

Lydie se mordió el labio.

—Déjalo en paz. No es un rival de tu talla.

—Qué encantadora, protegiendo a tu hermano —dijo Marius con suavidad—. Pero eso es lo que divide a los humanos del reino animal. En la jungla el miembro más débil del grupo es abandonado a los predadores.

—Ya, y tú serias el rey de la jungla.

A Marius le brilló la mirada.

—Ya conseguiré serlo, mi virgen adorada.

A Lydie se le hizo un nudo en la garganta.

—Ya te he dicho que no me llames así.

—¿No quieres? —dijo Marius con una voz tan suave como la seda —. Pero si me trae unos recuerdos maravillosos.

—A mí no.

—Entonces tendré que refrescarte la memoria.

Durante un instante, Lydie estuvo entre sus brazos, estrechándose contra él. Sus pechos apretados contra su pecho firme, la pierna de Marius tanteando entre las suyas, con patente erotismo. Pero, finalmente sonaron los últimos acordes del vals. Marius le rozó la oreja con los labios. El olor de su cuerpo, que no había olvidado, se apoderó de sus sentidos.

Se sonrojó.

—Aparta —dijo—. ¿Cómo te atreves a...?

Marius se apartó, pero retuvo su mano y la llevó fuera de la pista. Una vez allí, se detuvo y se llevó la mano a los labios, parodiando aquel gesto de cortesía, y en el último momento, le giró la mano y le besó la palma, suave y sensualmente.

—Así que sí te acuerdas —dijo Marius, se dio la vuelta y se alejó.

Lydie miró a su alrededor, esperando ser el blanco de todas las miradas, pero la única persona que la miraba era su madre.

Tenía el ceño fruncido y se mordía el labio. Entonces la música volvió a sonar y se dejó conducir por Hugh al centro de la pista, riendo y charlando animadamente. Su máscara de anfitriona había vuelto a su lugar.

Jon apareció junto a Lydie.

—Qué velada tan deliciosa —dijo, arrastrando un poco las palabras —. Qué familia tan maravillosa somos.

—Cállate —dijo Lydie apretando los dientes—. Ven, vamos a bailar ahora que todavía puedes sostenerte en pie.

—¿El libro de la etiqueta de Th—Thornshaugh nos lo permite?

—Más te vale empezar a leer manuales de supervivencia —murmuró Lydie—. Más nos valdría a todos.

—Depende de qué grado de supervivencia quieras soportar —dijo Jon—. He visto a otra vieja amiga. ¿Te acuerdas de Nadine Winton?

—Cómo no —dijo Lydie con una media sonrisa—. Pensé que se había casado y que vivía en Surrey.

—Se ha divorciado, o eso parece, y ha vuelto con un buen botín de guerra, a juzgar por las esmeraldas que luce —dijo Jon, y se interrumpió un instante—. ¿No llegó a salir con Marius?

—Sí, creo que sí —respondió Lydie con frialdad.

—Puede que a él le apetezca intentarlo otra vez. Así se olvidará del trabajo. Dame tiempo para arreglar unas cuantas cosas.

—Oh, Dios mío —exclamó Lydie—. ¿Qué cosas?

Jon se encogió de hombros.

—Algún lío que otro, nada serio.

—Espero que no lo hagas —dijo Lydie—. Jon, te tiene en el punto de mira y…

—¿Puedo interrumpir? —dijo el párroco del pueblo, con jovialidad, y Lydie lo miró con complacencia.

A partir de ese momento, la fiesta se convirtió en un torbellino de caras conocidas que no dejaban de acercarse a ella para charlar alegremente y sonreír.

En determinado momento, a través de la multitud, vio a Marius bailando con la susodicha Nadine Winton, una morena espectacular.

«Dios mío», pensó, «estuve tan celosa de ella».

Nadine no dejaba de sonreír a Marius, mientras bailaba con él, apoyando las manos sobre sus hombros. Podía ver sus pulseras de esmeraldas, despidiendo un brillo muy intenso, y se dio cuenta, con una punzada de dolor, de que nada había cambiado. Ver a Marius con otra mujer todavía le rompía el corazón.

«Oh, Dios mío, no, no puede ser cierto», pensó con desesperación. Y se dijo: «No, no puedo dejar que sea cierto».

Hugh se acercó a ella en el intermedio de la orquesta.

—No he podido acercarme a ti en toda la noche —dijo de buen humor.

—Eso demuestra que la fiesta marcha bien —dijo Lydie apoyándose en su brazo, estrechándose contra él. «Mi salvador», pensó al tiempo que se tranquilizaba.

—¿Puedo reclamar la atención de todos ustedes? —dijo Debra desde el estrado—. Dicen que las buenas cosas vienen de tres en tres. Esta noche estamos celebrando el cumpleaños de mi marido, y también la vuelta de Marius. Ahora, tengo entendido que va a haber un anuncio que me dará una gran felicidad —dijo, y extendió ambos brazos, con radiante espontaneidad—. Hugh, querido, y Lydie, mi niña, ¿queréis venir?

En aquel instante, Lydie vio a su madre como si estuviera al final de la lente de un telescopio invertido. Parpadeó y trató de ver con claridad, de controlar sus pensamientos desbocados.

—No te importa, ¿verdad, cariño? —le susurraba Hugh—. Ha sido idea suya. Yo tenía pensado algo más íntimo.

Lydie se dejó llevar al estrado.

Hugh iba a pedirle que se casara con él, pensó con un nudo en la garganta, delante de toda aquella gente. Después de algo así, no habría marcha atrás. ¿Pero por qué querría dar marcha atrás? Con Hugh estaría a salvo. Y un refugio seguro era lo que ella deseaba, lo que necesitaba por encima de todo.

Vio que Jon le estaba sonriendo, brindando por ella con una copa

en la mano, con un gesto de ironía. Austin, a su lado, estaba fumando un puro, con el semblante impasible.

Vio a Marius, estaba igual que si se hubiera quedado de piedra, con una mirada fría como el hielo. Todos los demás parecían flotar en la distancia. Entre el rumor de los aplausos y las sonrisas de todos, vio que movía los labios.

«Mi virgen adorada».

Soltó la mano de Hugh. Cuando habló, tenía la voz ronca. Miró a Hugh fijamente, deseando que comprendiera.

—No... no puedo. Pensé que podía... quería hacerlo. Por favor, por favor, créeme que si...

Se le hizo un nudo en la garganta, se dio la vuelta y salió corriendo. La multitud se separó en dos partes, igual que el mar Rojo ante Moisés.

Capítulo 4

HACÍA horas que la fiesta había terminado. Desde la ventana de su habitación, Lydie había oído despedirse a los invitados y había visto las luces de sus coches alejándose de allí. En aquel momento, en la casa reinaban la oscuridad y el silencio.

No podía irse a la cama. Estaba demasiado inquieta, demasiado nerviosa. Empezó a desnudarse, pero abandonó la idea en seguida, y se puso una bata sobre el body.

Esperaba recibir la visita de su madre, pero, presumiblemente, Debra había decidido que era demasiado tarde para una discusión y estaba preparándose para una confrontación mayor al día siguiente.

Se estremeció. Ella se lo había buscado. No había ninguna excusa, ninguna disculpa que ofrecer.

Nunca debió permitir que las cosas llegaran tan lejos con Hugh, pero no se había dado cuenta hasta entonces, cuando era demasiado tarde. Se había dejado arrastrar por la marea de acontecimientos y había estado a punto de comprometerse sin haber examinado sus sentimientos. Hugh le pareció un buen marido, pero nunca se preguntó si ella era sería buena esposa.

Finalmente, lo había humillado en público y había arruinado la fiesta de cumpleaños de Austin.

Se puso la mano en la frente. Le dolía la cabeza.

El día siguiente era sábado, uno de los días de mayor trabajo. Nell la estaría esperando en la galería a la hora habitual. Tenía que tranquilizarse y descansar o no podría ni mover un dedo. Así pues, probó el remedio habitual.

Se calzó unas zapatillas y abrió la puerta con cuidado. La casa estaba en silencio.

La planta baja parecía un campo después de la batalla. A primera hora de la mañana, llegarían los empleados de una firma de limpieza con la misión, bajo la dirección de la señora Arnthwaite, de restaurar Greystones a su pulcra condición.

Lydie arrugó la nariz al notar el acre olor del alcohol y el tabaco, mientras se dirigía, a través del invernadero, a la piscina cubierta que estaba al otro lado.

En origen había sido otro invernadero, pero Austin lo había ampliado, conservando el tejado abovedado y sustituyendo las paredes por unos paneles móviles que podían abrirse en verano.

Aparte de algún partido de golf de vez en cuando, nadar era el único ejercicio que hacía Debra, por eso, la piscina solía estar siempre caliente y bien cuidada.

Lydie encendió la luz. El agua desprendía un ligero vapor.

La fiesta había acabado allí, como solía suceder. Sobre las tumbonas y mesas de hierro que había alrededor de la piscina había toallas mojadas y arrugadas. En un rincón había un cubo con los restos de lo que fueran cubitos de hielo y una botella casi vacía de vino blanco.

Se sirvió una copa. La condenada a muerte, tomando un desayuno especial, pensó con ironía.

Dejó la copa sobre la mesa y se quitó la bata. Sin quitarse el body negro de seda, se metió poco a poco en la piscina, casi sin hacer ruido.

Al cabo de pocos largos, podría volver a la cama y dormir, y soñar plácidamente.

«No», pensó al llegar al otro extremo de la piscina y dar la vuelta. «Nada de sueños, esta noche, no». No quería que su descanso se viera atormentado por ninguna de aquellas imágenes eróticas que la dejaban sumida en una dolorosa frustración. Y que siempre comenzaban igual, con un profundo y rico olor a lirios.

Se giró y flotó de espaldas durante un rato, mirando el cielo estrellado a través de la bóveda acristalada.

Se sentía como una sirena, llamando sin cesar con sus canciones a un amante que no respondía a sus llamadas.

Un amante que no había respondido a sus llamadas en cinco años.

Entonces, de repente.

—¿Qué demonios...?

Era la voz de Marius, áspera de rabia. Se encendieron las luces de la piscina, deslumbrando a Lydie, que profirió una exclamación. Se atragantó con el agua y se hundió un poco.

Oyó un chapuzón lejano, y al instante Marius llegó a su lado.

—No pasa nada. Ya te tengo —dijo él.

Lydie lo apartó de una patada y nadó hasta el borde, apoyando un brazo sobre las suaves baldosas de la piscina, para recobrar el aliento.

Marius se unió a ella.

—¿Estás loca? —le dijo con enfado.

—¿Y tú? —le replicó Lydie.

La chaqueta de esmoquin de Marius estaba en el borde de la piscina, su pajarita flotaba en el agua y tenía la camisa empapada, pegada al cuerpo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Llevé a uno de los invitados a casa —dijo Marius apartándose el pelo de la cara—. Al volver he visto luz, pensé que alguien se la había dejado encendida. Me acerqué y te he visto, sin moverte, flotando...

Uno de los invitados, pensó Lydie. No le preguntaría si era Nadine,

no quería saberlo.

—Siento haberte asustado —dijo con frialdad.

—¡Claro que me has asustado!

—Naturalmente, pagaré lo que cueste limpiar el traje —prosiguió Lydie levantando la voz ligeramente—. Pero tu intento de rescate ha sido bastante innecesario. Nado muy bien.

—¿Sueles hacerlo a menudo? ¿Bajar a bañarte a cualquier hora?

—Estamos en un país libre.

—Ya, pero hay reglas básicas que hay que obedecer. Y no se puede nadar, ni siquiera en una piscina como ésta, sin que nadie lo sepa. Siempre puede haber algún problema, sobre todo después de haber bebido —dijo Marius observando la botella de vino—. Que te ahogaras en la piscina podría ya ser demasiado para algunos habitantes de esta casa.

—¡Oh, Dios mío! ¿Tan terrible fue mi salida?

—He conocido momentos mejores —dijo Marius saliendo del agua y dirigiéndose al vestuario desabrochándose la camisa—, A propósito, tu salida fue interpretada como miedo patológico de la novia ante la boda.

—Eso es ridículo.

—Bueno, tenía que haber alguna explicación —dijo Marius secándose vigorosamente. No sabía dónde había estado los últimos cinco años, pero, desde luego, no era un lugar falto de sol, pensó Lydie observando su bronceado y musculoso cuerpo—. A mí me gustaría oír la tuya.

—No tengo ninguna —dijo Lydie después de una pausa.

Marius dejó de secarse y la miró con gesto de sorpresa.

—¿Quieres decir que dejaste plantado a ese pobre diablo sólo porque te apeteció en aquel momento?

—No, claro que no —dijo Lydie y se mordió el labio.

—Entonces, ¿qué? —dijo Marius mirándola fijamente.

«Por ti», pensó Lydie. «porque me sedujiste y luego te marchaste sin decirme una palabra, y me dejaste sabiendo que yo no había sido la única, sin saber si habías tenido un hijo. Y eso me ha estado torturando durante cinco largos años».

«Y esta noche, cuando he tenido la oportunidad de convertir todo eso en pasado, has tenido que mirarme, y me vi perdida. Nada más importaba, y mucho menos mi sentido de la lealtad».

Volvió a encogerse de hombros. El tirante del body se deslizó por su hombro.

—Simplemente me di cuenta de que no podía. No tengo excusa,

pero es así —hablaba con una voz aguda, extraña—. La verdad es que no pensé que estábamos delante de mucha gente. Supongo que todos se habrán disgustado conmigo. Mi madre… se va a enfadar mucho.

—Estaba muy enfadada —dijo Marius fríamente—. Pero se calmó un poco cuando mi tío le dijo que en parte era culpa suya por convertir el asunto en un número de circo.

—Oh —exclamó Lydie, alejándose del borde de la piscina y nadando en un amplio círculo—. Qué amable.

—Tiene un sentido estricto de la justicia —dijo Marius quitándose la toalla y poniéndose un albornoz que había sacado del vestuario—. Al menos, de lo que él cree que es justo —dijo, y recogió del suelo la bata de Lydie—. Es hora de irse a dormir.

Lydie subió agarrándose a la barandilla, de un solo impulso, temblando al notar el frío del exterior del agua.

Se fijó en la expresión de Marius, con los ojos muy abiertos y un ligero rubor en las mejillas, y se dio cuenta de lo que estaba viendo.

Llevaba el body empapado y pegado al cuerpo, realzando la redondez de sus senos y sus delicados pezones, endurecidos por una repentina excitación. La seda negra abrazaba su estómago, plano, y el hueco de su ombligo y daba un delicioso énfasis al suave montículo entre ambas piernas.

«Daría igual que estuviera desnuda», pensó Lydie, y recordó el rostro de Marius aquella primera vez, un rostro que demostraba deseo y a la vez cierta reverencia, mientras se inclinaba sobre ella para besarla y extinguir su timidez y darle una vida nueva y brillante, una pasión con la que no había soñado.

Pero en aquellos momentos, el rostro de Marius era el rostro de un extraño. Apretaba los labios y parecía más viejo, más cansado, presa de la amargura.

Le daban ganas de tomarle la cabeza entre las manos y apoyarla entre sus senos. Besarlo en la boca, en los ojos, y hacer que volviera a sonreír. Hacer de él, aunque sólo fuera una vez más, el hombre que la había amado durante aquella noche inolvidable.

Para después abandonarla.

Aquel pensamiento sacudió su mente como un huracán. Aquello era lo que no debía olvidar. No el amor, sino la soledad y la pérdida que vinieron después.

Pero a pesar de todo, se dijo, seguía deseándolo. Y no podía negárselo por más tiempo.

—Marius…

Su nombre tembló en el silencio del lugar. La tensión, el deseo eran casi tangibles, pensaba Lydie, y probablemente mutuos. Él

debía… debía acercarse a ella y…

Dio hacia él un paso inseguro.

Vio que recorría su cuerpo con una mirada llena de lascivia, con una mirada que era un insulto.

—A su debido tiempo, bonita —le dijo, arrojándole la bata—. Ahora, tápate —dijo, y a Lydie le pareció que su voz le llegaba desde una lejana distancia.

Se puso la bata torpemente. Se había sonrojado y sentía vergüenza.

Reunió el valor y el orgullo suficientes para despedirse.

—Buenas noches —le dijo y se dio la vuelta para irse.

—Buenas noches —replicó Marius con una voz inexpresiva—. Y no bajes a nadar de noche, no es seguro.

Lydie asintió y se alejó sin darse la vuelta.

Ya nada era seguro, pensó, y nunca volvería a serlo.

Le era imposible dormir. La habitación era como un horno y la cama como un colchón de púas. Se sentó en el vano de la ventana, secándose el pelo muy despacio y observando el cielo, que se teñía con las primeras luces de la mañana.

Estaba intranquila, angustiada al darse cuenta de que le había dado a Marius una segunda oportunidad de que la rechazara. Él la quería, como había demostrado su comportamiento durante la fiesta, pensó con amargura. La quería, pero no lo bastante. La expresión de indiferencia de sus ojos grises la hacía estremecerse de vergüenza.

Pero lo cierto era que nunca la había querido bastante, de otro modo nunca la habría abandonado.

Y sin embargo, una vez, fue completamente feliz.

No podía recordar con exactitud cuándo empezó a amar a Marius. Había sido algo natural, surgido a lo largo de los años, como un rosal que debe echar primero raíces antes de dar rosas.

Marius le había enseñado a montar a caballo, llevándola hasta los prados altos. Siempre había podido hablar con él, y sentirse escuchada.

Y entonces, un día, mientras ella pasaba el umbral de la adolescencia a la juventud, lo miró y vio en él al hombre atractivo que indudablemente era.

De aquel momento sí se acordaba. Ella había ido a jugar al tenis y volvía en bicicleta a Greystones. Marius estaba en una hamaca en el jardín delantero de la casa, tomando el sol en pantalones cortos. Su piel, morena, brillaba a la luz del sol, igual que su pelo castaño.

Nadine Winton estaba a su lado, y ella desmontó de la bicicleta con la intención de unirse a ellos. Pero se detuvo, oculta por los altos

arbustos que había a ambos lados del camino, al ver que Nadine se levantaba y besaba a Marius en la boca. Lydie se fijó en la mano de Nadine, con las uñas pintadas, acariciando el pecho de Marius y luego descendiendo hasta su estómago.

Habría querido salir corriendo, pero no podía moverse, y, al mismo tiempo, sentía una punzada en el estómago, una sensación cálida y extraña. Nadine se desabrochó la parte de arriba del bikini con una mano y lo dejó caer al suelo.

Lydie dejó la bicicleta apoyada en el arbusto y subió corriendo a su habitación. Estuvo mucho tiempo bajo la ducha, luego, envuelta en una toalla, volvió a su habitación.

Había un espejo de cuerpo entero. Dejó caer la toalla y, por primera vez en su vida, trató de mirarse como objeto de los deseos de un hombre, como el centro de su placer.

Pero no de cualquier hombre. Pensaba en Marius, y le habría gustado que la viera así, desnuda, mientras, con cautela, se exploraba los senos y la depresión de su vientre. Quería que la besara, que la tocara, que le hiciera aquellas cosas secretas que, lo sabía por instinto, Nadine y él estaban haciendo en aquellos momentos.

Aquella certeza la sobresaltó y se protegió el cuerpo, presa del dolor.

En el pasado, las novias de Marius habían sido, sobre todo, fuente de sus burlas. A partir de aquellos momentos todo cambió, y se convirtieron en rivales.

Y en aquel momento supo, con tristeza, que su relación con Marius también había cambiado para siempre. Que la vieja camaradería y confianza se verían reemplazadas por otra cosa, algo menos confortable que acabaría con una recompensa o con un gran sufrimiento.

Y pensó: «Yo haré que me desee, yo haré que me quiera».

A partir de entonces, empezó a distanciarse de él en muchos aspectos, abandonó su vieja camaradería, obligándole a tenerla en cuenta de un modo completamente distinto, pero con cuidado de no sobrepasarse. «Con una seductora en esta casa tenemos bastante...», habían sido sus palabras aquella vez, y no podía olvidarlas.

Una noche, después de cenar, estaban todos en el salón, escuchando música. Era música de Rachmaninov, arrebatadora, romántica, poderosa. Ella estaba sentada sobre la alfombra, frente a la chimenea, perdida en su propio mundo de fantasías y deseos, y, cuando el disco llegó al final, no se dio cuenta.

—Pero ¿dónde estabas? —le preguntó Austin con jovialidad—. Me parece que la pequeña debe estar enamorada.

Austin siguió bromeando con ella acerca de un novio imaginario y Jon se unió a ellos, pintando una imagen del mismo como una mezcla entre Lord Byron y Arnold Schwarzenegger. Y en medio de la hilaridad general vio que Marius tenía el ceño fruncido, como si se hubiera visto asaltado por una posibilidad nueva y no bien recibida.

A partir de entonces compartieron una relación completamente distinta. Aparentemente, todo seguía igual, pero Marius tenía cuidado de no pasar ni un momento con ella a solas, como si entre ellos existiera una frágil tregua que una palabra íntima o una mirada pudieran romper.

Como si los dos estuvieran esperando que ocurriera algo especial.

Esperando, pensaba, madurar de una vez por todas.

Fue en Navidad, acababa de cumplir diecisiete años, cuando todo cambió irrevocablemente. Se había celebrado una fiesta en Greystones, una fiesta para amigos de Austin. Debra insistió en que ella estuviera presente para ayudar a servir las bebidas, desempeñando su papel de hija pequeña.

Marius había ido a otra fiesta y, para su disgusto, se había llevado a Jon con él. Austin se había encogido de hombros ante sus quejas.

—Son jóvenes y solteros —le dijo con cierta impaciencia.

Volvieron alrededor de medianoche. Lydie se dirigía a la cocina para decirle a la señora Arnthwaite que sirviera más vino cuando se abrió la puerta principal, dejando pasar un viento helado. Jon entró riendo ruidosamente, y Marius detrás de él.

—Mira eso —dijo Jon señalando unos copos de nieve sobre las hombreras de su abrigo—. Vamos a tener Navidades blancas.

Agarró a Lydie por la cintura y dio vueltas con ella, luego la soltó y se dirigió al salón, desde donde llegaba el alegre murmullo de la fiesta.

Marius se quitó el abrigo y lo dejó en una gran percha de madera tallada. Miró a Lydie y luego miró hacia arriba con una extraña sonrisa. Lydie siguió su mirada y se dio cuenta de que Jon la había dejado bajo la guirnalda de muérdago que colgaba del techo.

Una sensación parecida al pánico le hizo un nudo en la garganta. Pensó que debía salir de allí, tal vez…

Marius la agarró por los hombros y la atrajo hacia sí.

—Feliz Navidad —le dijo, y la besó en la boca.

La caricia de sus labios encendió una pequeña pero intensa llama en su interior. Y lo besó, dejándose llevar por todos los sentimientos que llevaba reprimiendo tanto tiempo.

Oyó que Marius gemía. La estrechó con fuerza entre sus brazos y ella notó los fuertes latidos de su corazón. Marius comenzó a

acariciarle la espalda.

Separó los labios, estaba ansiosa, anhelante. Sintió la lengua de Marius enredarse en la suya, mientras ella respondía a sus deseos sin pensar en las consecuencias.

Se estrechaban el uno contra el otro, olvidándose de todo excepto de aquel momento, embebiéndose en el otro, respirando su aliento.

—¿Qué diablos pasa aquí? —exclamó Debra, devolviéndolos a la realidad de repente.

Estaba en la puerta del salón. Su rostro era como el hielo.

—¿Puedo recordarte, Lydie, que tenemos invitados? Debo decirte que eres demasiado joven para recibir los besos de un borracho, y la Navidad no es excusa.

Marius se volvió hacia ella, sin soltar a Lydie.

—No estoy borracho y no necesito excusas —dijo con tranquilidad.

Se miraron a los ojos durante unos instantes, y fue Debra quien bajó la vista.

—Lydie —dijo con frialdad—. Te he mandado a un recado —dijo. Se dio la vuelta y desapareció tras la puerta del salón.

—Será mejor que hagas lo que dice —dijo Marius—. Al menos por ahora.

Le acarició la mejilla, pero Lydie torció la cabeza, consumida de alegría por la promesa que contenían las palabras de Marius, y le besó los dedos.

Entonces, con repentina timidez, salió corriendo para dirigirse a la cocina. Pero no volvió al salón inmediatamente, sino que salió al jardín por la puerta lateral.

Estaba nevando, los copos parecían arremolinarse a la luz de los faroles que iluminaban la casa, cubriendo los prados y los setos con un manto mágico.

«Es mío», pensó sintiendo que los copos caían y se derretían en su cara. «Mío, por fin, y para siempre.»

En aquellos momentos, ya a punto de amanecer, otras gotas, más saladas y amargas, corrían por sus mejillas, recordándola una vez más, y con cruel énfasis, lo equivocada que había estado.

Capítulo 5

DEBES estar loca —dijo Debra con enfado— para rechazar una oportunidad como esa. Lydie se daba cuenta, con rabia de que su madre se refería a Hugh como una oportunidad, y no como a una persona.

—No estoy enamorada de él —dijo.

Debra se rió.

—Pues ya te podías haber enterado antes.

—Mejor ahora que después de casarnos.

—Hugh podría haberte hecho feliz —dijo Debra—. Lo habrías tenido todo, dinero, posición social, un nombre... —dijo, y miró al cielo—. Y tú dices que no estás enamorada de él. Dudo que vuelva a hablarte otra vez.

—Entonces perderé su amistad —dijo Lydie con calma.

—Y Jon está igual de mal que tú —dijo Debra—. Los dos estáis desperdiciando vuestro futuro. Sabrás que anoche se desmayó, ¿no? Ese... esa criatura lo llevó a la cama. Cómo debe estar riéndose de nosotros.

—Supongo que «esa criatura» es Marius —dijo Lydie—. Creo que vas a tener que aceptar que ha vuelto para quedarse y aprender a comportarte de un modo civilizado con él.

Debra apretó el pañuelo de papel que tenía entre las manos.

—No puedo creerlo, no puedo creer que Austin le haya permitido volver. Yo creía que nos habíamos librado de él para siempre.

Lydie se la quedó mirando, perpleja. Las palabras de su madre estaban llenas de veneno. Era como si, de repente, se hubiera quitado una máscara, descubriendo debajo algo corrompido y dañino.

—Creo que lo mejor es intentar pensar en Austin y alegrarse de que hayan solucionado su... sus diferencias —dijo Lydie—. De que haya decidido perdonar y olvidar.

—No seas tonta —dijo Debra entre dientes—. No he sacrificado en este agujero los últimos años de mi vida, sólo para ver cómo mis planes se hacen trizas.

Se limpió los restos del pañuelo de papel, que se le había desecho en la mano, con un gesto de fastidio.

—Pero de nada sirve hablar contigo. ¿Por qué no estás en la galería?

—Sí, tengo que irme.

Bajó las escaleras llena de pensamientos sombríos. Debido a que no había dormido se sentía cansada, y le dolían los ojos.

También estaba sorprendida y alarmada por las palabras de su

madre. Siempre había creído que el principal objetivo de su madre se había visto suavizado por un afecto sincero por Austin, pero ya no estaba tan segura.

Oyó la grave voz de Austin, que provenía del comedor, interrumpida por la voz un poco más suave de Marius. Habría vendido su alma por una taza de café, pero no quería volver a enfrentarse con Marius, y menos cuando se sentía tan débil, física y emocionalmente.

La noche anterior había llorado hasta que le escocieron los ojos, pero de nada sirvió.

Empezaba a darse cuenta de lo que significaba volver a vivir con Marius bajo el mismo techo, dormir sola y despertarse cada noche pensando en él.

Y era inútil decirse que era tonta, que debía tener más dignidad, que debía enfrentarse a las cosas tal como eran y no a como a ella le gustaría que fueran.

Marius había vuelto, así pues, ella tenía que marcharse. Las cosas eran así de sencillas.

El día era espléndido y el pueblo estaba repleto de turistas, incluido un autocar lleno de americanos. En la galería había mucho ajetreo, de modo que Lydie sólo tuvo tiempo de hacerle a Nell un rápido resumen de lo acontecido en la fiesta y no tuvo oportunidad de perderse en más ensoñaciones dolorosas. Lo que, por supuesto, agradeció.

Durante un breve receso, Lydie corrió a comprar unos sandwiches. A su regreso, Nell estaba de rodillas, mirando unas pinturas.

—¿Qué es eso?

—Algo extraordinario —dijo Nell, concentrada y con entusiasmo —. Acaba de entrar una chica y me ha dicho que si podíamos vender estas acuarelas. Mira.

Lydie miró y silbó con agrado.

—Dios mío, qué buena es. ¿Es de por aquí? ¿Por qué no hemos oído hablar de ella antes?

—Ojalá lo supiera. Es joven y un poco agresiva, y tiene acento de esta zona —dijo Nell, y miró el nombre en la carpeta que contenía las acuarelas—. Darrell Corbin —leyó—, Quarry Row. Ni siquiera sé dónde está.

—Yo sí —dijo Lydie frunciendo el ceño—. Pero no sé si alguien vive allí. La cantera lleva años cerrada.

—¿Por qué no te pasas por allí? —dijo Nell—. Le dices que nos encantaría exponer su obra. Mira a ver qué averiguas de ella. Conmigo no ha sido muy comunicativa.

—Me pasaré por allí esta tarde, antes de volver a casa.

Agradecía cualquier cosa que la mantuviera lejos de Greystones, pensó Lydie con pesar. Además, merecía la pena lograr la amistad de aquella artista.

La carpeta contenía, sobre todo, paisajes. Eran acuarelas de tacto firme y seguro, con una especial predilección por los páramos, revelando cómo la luz del sol y la presencia de nubes podían cambiar el paisaje, desde un romanticismo evidente hasta una oscuridad intensa y siniestra.

Mientras Nell preparaba café para tomar los sandwiches, Lydie deambulaba por la sala.

—¿Has visto el periódico de hoy?

—Lo he usado para envolver unos cacharros de cerámica —dijo Nell—. Se los llevaban a Ohio. ¿Lo querías por algo en especial?

Lydie se mordió el labio.

—Quería ver la sección de alquileres —dijo sin darle importancia.

Nell estuvo a punto de tirar el café.

—¿Alquileres? —dijo y sacudió la cabeza—. No puedo creerlo.

Lydie se encogió de hombros.

—Todos tenemos que marcharnos de casa alguna vez.

—Algunos sí, otros no —dijo Nell secamente.

Lydie sabía que se refería a Jon. No le había contado su comportamiento en la fiesta, porque a Nell ya le parecía que, habitualmente, bebía demasiado.

—¿Tiene este repentino deseo de independencia algo que ver con la vuelta del hijo pródigo? —le preguntó Nell.

—Podría ser —dijo Lydie evitando su mirada.

Afortunadamente, Nell abandonó el tema, ofreciéndole una taza de café.

—Bueno, siempre puedes venirte a vivir conmigo.

—Lo sé —dijo Lydie, conmovida por el ofrecimiento de Nell, en cuyo apartamento apenas había espacio para una persona—. Pero, ¿dónde me pondrías?

—Puedo vaciar la nevera —dijo Nell dándole una palmadita en el hombro—. Bueno, ya lo sabes —añadió y miró hacia la puerta de la galería—. Ahí vienen más clientes. Deben haber olido el café.

Al final de la tarde habían vendido cuatro acuarelas de Darrell Corbin, incluso sin enmarcar, todas a buenos precios.

—Es una inversión —les decía Nell a los clientes—. Es un nombre con futuro.

Nell consultó el reloj.

—Tengo que ir al supermercado antes de que cierre. ¿Puedes

cerrar tú? —dijo, y le dio a Lydie una nota—. Eso es lo que le debemos a Darrell Corbin. Llévala un cheque si puedes. A ver si se anima y sigue pintando.

—Ojalá —dijo Lydie, que se preguntaba si Nell vería a Jon el fin de semana, pero decidió que lo mejor era no preguntar nada. Nell y Jon tenían que solucionar sus propios problemas solos, pensó con un suspiro, y ella también.

Se quedó un rato después de que Nell se fuera, disfrutando de la tranquilidad que había en la galería después de un día tan ajetreado. Extendió un cheque para Darrell Corbin y, antes de salir, se detuvo a ordenar unas figuras de madera, cuando el sonido de la puerta la sobresaltó.

—Lo siento, pero hemos cerrado… —dijo y se interrumpió al ver quién era aquel visitante de última hora.

—Ya lo sé —dijo Marius. Llevaba pantalones de verano y un polo color rojo. Parecía ropa de estilo italiano y muy cara. A Lydie se le hizo un nudo en la garganta nada más verlo.

Marius miró a su alrededor.

—Tenéis cosas muy buenas —dijo—. A Austin le gustó el regalo.

—Me alegro —dijo Lydie con la voz tensa—. No sabía que te interesara el arte.

—Normalmente no me interesa —dijo Marius—. Pero me he pasado todo el día revisando las cuentas con Austin y casi veo este lugar como si fuera una empresa subsidiaria de Benco.

Lo dijo con tranquilidad, pero sus palabras dieron en el blanco.

Lydie se sonrojó y oyó campanas de alarma. Luego dijo con calma:

—Yo creía que el préstamo era un asunto privado entre Austin y yo.

—Lo era, pero a partir de ahora seré yo el que se ocupe de las finanzas de la familia, y de la empresa.

—Ya, comprendo. No… no lo sabía —dijo y trató de que su voz no reflejara preocupación. Aunque no podía dejar de imaginar la reacción de su madre.

—Nadie lo sabe. Austin se ha tomado muy en serio su retiro.

—También me alegro de eso, pero no tenías que venir a decírmelo.

—Ya lo sé —dijo Marius, y la miró—. La verdad es que he venido a invitarte a cenar.

Lydie movió la última figura de madera con infinito cuidado.

—¿Por qué iba a querer ir a cenar contigo? —dijo con la mayor tranquilidad de que era posible, aunque el corazón le palpitaba con fuerza.

—Porque puede que lo prefieras a cenar en casa. Tu madre ha

invitado a Hugh Wingate.

—¿Qué? No puedo creerlo.

—Llama a tu casa y compruébalo.

—¿Y para qué lo ha invitado? —dijo Lydie con rabia—. Hablé con ella esta mañana y le dejé las cosas bien claras. ¿Cómo ha podido hacer una cosa así?

—Tu madre sólo tiene en cuenta un punto de vista, el suyo —dijo Marius con tranquilidad—. He oído que han abierto un restaurante italiano al otro lado del valle.

—Sí, pero los sábados está abarrotado —dijo Lydie—, hay que reservar —dijo Lydie, pensando todavía en lo que había hecho su madre.

—Ya lo he hecho.

—¿Tan seguro estabas de que iba a ir contigo?

—De ningún modo —dijo Marius con una sonrisa—. A lo mejor prefieres volver a Greystones y escuchar el magnánimo perdón de Wingate. Perdona, pero yo no pienso ir.

Antes de aceptar, Lydie preferiría verse frita en aceite, y los dos lo sabían, pero si no lo hacía, a Marius no le faltaría compañía, pensó. Probablemente, en aquellos momentos, Nadine Winton estaba sentada junto al teléfono, deseando que sonara.

Tuvo sensación de triunfo, pero en seguida la sofocó. No tenía nada por lo que sentirse complacida. Relacionándose con Marius otra vez, no hacía más que arriesgarse a sufrir todavía más. Lo mejor que podía haber hecho era mentir y decirle que tenía un compromiso previo. Pero seguía dando vueltas a sus comentarios sobre la galería. Tal vez, lo mejor era no enfrentarse a él innecesariamente.

Agarró el bolso, metiendo en él el cheque de Darrell Corbin. Aquel asunto tendría que esperar.

—Tengo que sacar el coche del aparcamiento. Si lo dejo ahí, no podré utilizarlo en todo el fin de semana —dijo cerrando la puerta de la galería.

—Déjalo en la fábrica.

—Qué honor. ¿Puedo dejarlo en la plaza del director general?

Marius se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

—Porque la fábrica siempre ha sido suelo sagrado. Nunca he tenido la sensación de ser bien recibida.

—Quizá nunca convenciste a nadie de que querías trabajar en serio. La fábrica no es un parque recreativo.

—¿Es así como tu ves la galería, como un juego? —replicó Lydie con acritud.

—Tengo que saber cuántas horas trabajas antes de saber tu nivel de compromiso —dijo Marius—. Pero muy pocas personas que ponen un negocio pueden permitirse el lujo de tomarse tres semanas de vacaciones el primer año.

Marius se había enterado de muchas cosas aquel día, pensó Lydie.

—Hacía mucho tiempo que había hecho planes y no pude cambiarlos. Nell lo entendió.

Marius asintió.

—¿Todavía tiene tiempo para pintar? He oído que era muy buena.

¿Había algo que no hubiera oído?, se preguntó Lydie.

—Y lo sigue siendo —dijo Lydie.

¿Por qué no llegaba hasta el final y la acusaba de ser una egoísta y una explotadora?, se dijo.

—Espero que no te incorpores a Benco y empieces a ponerle pegas a todo.

—No me hace falta —dijo Marius—. Conozco bien los problemas. Reflexioné durante mucho tiempo antes de volver, créeme —dijo y miró a Lydie de reojo—. Aunque había incentivos personales.

Hubo una pausa. Por un instante, Lydie tuvo la tentación de rechazar la invitación, volver a Greystones y enfrentarse a lo que sucediera.

Marius se rió suavemente y la agarró del brazo, con gentileza pero con firmeza.

—Olvídalo, Lydie. Estás mejor donde estás. Ahora, vamos a aparcar tu coche.

Después de aparcarlo, fueron al coche de Marius. Era tan bueno como Jon había sugerido. Estilizado, aerodinámico y potente. Lydie se sentó aspirando el agradable olor de la tapicería de cuero.

—No sabía que tuvieras un coche así —le dijo mirándolo de reojo —. Me alegra saber que no has estado pidiendo por las calles.

—Pedir no es lo mío —dijo Marius.

No, ciertamente, pensó Lydie. Marius llegaba, tomaba lo que le apetecía y los demás sufrían las consecuencias.

—¿Dónde estuviste? —dijo dejando escapar un suspiro.

—Aquí y allá. Hice algunos contactos mientras trabajaba para Benco, fui a ver cuáles merecían la pena.

—¿Y merecían la pena?

—La mayoría.

Lydie no tenía la menor duda. Marius siempre había sido un hombre de suerte.

—Bueno, entonces, ¿dónde acabaste? ¿Estabas en otra empresa textil? —le preguntó dándole la menor importancia posible.

—No, estuve en Kent, en una filial de una empresa americana. A los seis meses me trasladaron a Boston. Luego viajé mucho. A México, a Sudamérica. El año pasado estuve en Australia.

No sólo al otro lado del océano, pensó Lydie, sino al otro lado del mundo.

—Y ahora estás otra vez aquí —dijo observando la calle por donde iban, inclinada, con casas a ambos lados, construidas sobre terrazas—. El valle debe parecerte muy poca cosa después de haber viajado tanto.

—Es cuestión de adonde perteneces.

—¿Por eso volviste?

—En parte —dijo Marius, y apretó los labios—. En realidad no me fui por mi propia voluntad, no sé si te acuerdas.

«Ojalá pudiera olvidarlo», se dijo Lydie, y se inclinó hacia delante al pasar un cruce.

—Me parece que Topo Gigio está por el otro lado.

—Tenemos mesa para las ocho. Podemos ir a tomar algo antes.

—Oh.

—¿Hay algún lugar que quieras evitar? —le preguntó Marius con una sonrisa—. ¿Ibas a algún sitio en particular con Hugh?

A Lydie se le quedó la mente en blanco. No podía recordar ninguno de los sitios donde la había llevado Hugh.

—Pues… no, en realidad, no.

Las Tres Herraduras era un viejo pub, casi tanto como la calle adoquinada sobre la que estaba construido.

Recordó que Marius solía llevarla allí muchas veces después de sus paseos a caballo.

Nunca había vuelto, pero se le hacía la boca agua al recordar los pasteles de jamón y las pastas de té. «Para que recuperes fuerzas», solía decirle Marius riendo. Pero nunca le dejaba beber nada más fuerte que un zumo de naranja.

Era como meterse en la máquina del tiempo. Había más herraduras sobre la chimenea, pero nada más parecía haber cambiado. El camarero seguía siendo el mismo, si acaso, tenía el cabello más canoso.

Mientras Marius pedía las bebidas, Lydie fue al baño a arreglarse un poco. Tenía ojeras y los ojos cansados, pensó con desánimo.

Su madre le había dicho que estaba loca por romper con Hugh, pero estar allí con Marius era la verdadera locura, se dijo mientras se aplicaba un poco de perfume de Dior en las muñecas y en el cuello.

«No debería estar aquí», pensó.

Al volver a la barra, Marius le ofreció un vaso de zumo de naranja.

—Por los viejos tiempos. Seguro que desde entonces no has bebido

nada mejor.

Lydie le devolvió una sonrisa forzada y se le hizo un nudo en la garganta.

Los viejos tiempos habían terminado para siempre, pero, ¿acaso Marius pensaba que necesitaba un recordatorio de aquellos últimos días de verano, de los días en que le enseñó la belleza de los páramos, a amar las rocas solitarias y el murmullo de los riachuelos? ¿O es que le gustaba ser cruel?, se preguntó con tristeza mientras tomaban asiento junto a la chimenea.

¿La estaba castigando por haberse quedado en su casa mientras él se veía obligado a permanecer lejos de allí?

«Pero yo me habría ido con él», pensó mordiéndose el labio.

Se sentaron en un banco con asiento de terciopelo. Lydie era absolutamente consciente de su proximidad, del roce de su pierna contra la suya.

Levantó su vaso, parodiando un brindis.

—Bueno, has sido muy... amable —dijo.

—¿Qué diablos tiene que ver la amabilidad con esto?

—Me has librado de una situación que no me gustaba nada, cuando tendrías cosas mucho más interesantes que hacer esta noche. Querrás ver a mucha gente, después de todo este tiempo —dijo Lydie, y al darse cuenta de que estaba tartamudeando, se calló.

—Por el momento —dijo Marius—, quiero verte a ti.

—Yo no me he movido de aquí en todo este tiempo, sigo igual —dijo Lydie agachando la vista.

—No, y me pregunto por qué. Eres una chica inteligente, no tienes que limitarte a lo que Thornshaugh pueda ofrecerte.

—Tú tampoco.

—Touché —dijo Marius secamente—. Pero siempre supe que había gente que dependía de mí, que confiaba en mí para cuidar de ellos. Y eso es importante.

A Lydie le palpitó el corazón. ¿Hablaba de los empleados de la fábrica o se refería a responsabilidades más personales?, se preguntó. Pero, en realidad, no quería saber la respuesta.

—Hasta cierto punto, a mí me pasa lo mismo. La galería supone una salida para la obra de los artistas locales, los ayuda a vender su trabajo y es su primer apoyo. A mí me parece una labor importante.

—Pero podrías haberla montado en cualquier parte.

—A Nell le gusta Thornshaugh —dijo Lydie—. Cree que tiene mucho potencial.

«Y yo nunca me habría ido», pensó. «Porque todo este tiempo, y que Dios me ayude, he estado esperando que volvieras».

—¿Y qué hay de tu propia creatividad? —dijo Marius y le apartó unos cabellos que le caían sobre la frente—. ¿Cómo vas a darle salida?

Lydie respiraba precipitadamente. Le daban ganas de salir corriendo, pero al mismo tiempo no quería darle demasiada importancia a aquella caricia casual.

—Oh, yo soy la parte económica de la sociedad —dijo, tratando de reír—. Yo pago las cuentas y hablo con el director del banco.

—Que Dios lo ayude —dijo Marius con un extraño tono de voz—. Mi virgencita adorada, podrías persuadir a cualquiera para que hiciera lo que tú quisieras.

Lydie apartó la mirada.

—Por favor, no me llames así.

—¿Tanto te afecta? ¿Incluso después de todo este tiempo? —dijo Marius y, agarrándola por la barbilla, le obligó a mirarla.

—No he dicho que me afecte —dijo Lydie apartando al mano de Marius.

—¿Entonces por qué estás temblando?

—Por debilidad, supongo —dijo ella con una sonrisa—. Hemos tenido mucho trabajo y ni siquiera hemos comido.

Marius se la quedó mirando un momento, luego se rió.

—¿Cómo no me lo has dicho? Termina tu vaso. Luego, comeremos —dijo, mirándola a los ojos—. Y después, decidiremos qué podemos hacer el resto de la noche, ¿de acuerdo?

En una voz que ni ella misma pudo reconocer, Lydie respondió:

—Sí —y se preguntó a qué había dicho que sí.

Capítulo 6

LOS SENTARON en un rincón, en una mesa apartada e iluminada con velas, en un gran salón alargado donde sólo cenaban parejas.

Bebieron Frascati y compartieron una ración de gambas, seguidas de un pollo relleno con tomates y pepino. Una chica de larga melena, tocaba la mandolina y cantaba canciones populares con una voz dulce.

—Canta muy bien —dijo Lydie, y Marius asintió—. Me gusta mucho la decoración —añadió.

Las paredes eran blancas y los manteles eran de color ámbar y salmón.

—Pero no me gustan los candelabros —dijo—. Tenemos unos mucho más bonitos en la galería. A lo mejor puedo vendérselos.

—Otro día —dijo Marius—. Quiero que esta noche te olvides del trabajo y te concentres en el placer.

—Pero somos una filial de Benco. Tenemos que intentar trabajar más duramente.

Marius la miró y dijo con suavidad:

—Cuando pones esa mirada, virgen adorada, no tienes que intentar nada.

Lydie se sonrojó todavía más. Sentía cada vez más calor, consumida por una llama que no tenía nada que ver con la vergüenza.

—Pero, perdona —añadió Marius—. Olvidaba que no quieres que te llame así. Dime, ¿ya has crecido lo bastante para llamarte Lydia?

Lydie le había dicho una vez que empezaron a llamarla Lydie porque, cuando era pequeña, no podía pronunciar Lydia correctamente.

—Me gusta Lydie. Puede que algún día crezca lo suficiente para que me llames por la versión sofisticada de mi nombre —había añadido entonces.

Lydie había imaginado aquel día exactamente. Estaría junto a él, en la iglesia parroquial de Thornshaugh. «Yo, Lydia Catherine, te tomo a ti, Marius...»

—Es curioso que te acuerdes de eso.

—No he olvidado casi nada.

No era más que un comentario superficial, pero Lydie se estremeció.

Debía tener cuidado, se dijo. No podía dejarse seducir por el encanto del lugar ni por el atractivo de su acompañante.

Lo miró con cautela, pero Marius parecía concentrado en llenar las copas de vino.

—De todas formas —dijo—, todavía no he alcanzado estatus

suficiente para que me llames Lydia, me parece que me he quedado atascada en la versión revisada.

Marius levantó su copa y estudió el color del vino.

—Confieso que ha sido una sorpresa saber que tu nombre no ha cambiado de un modo más drástico. Esperaba que estuvieras casada.

A Lydie le palpitó el corazón.

—Supongo que podría decir lo mismo de ti —dijo con una risita—. ¿O es que tienes una mujer escondida por ahí?

Marius la miró reflexivamente.

—No tengo mujer.

—¿Ni compromisos de otro tipo? —dijo Lydie exagerando las palabras, abriendo los ojos con un gesto que parodiaba curiosidad, tratando de ocultar el hecho de que tenía un sumo interés en las respuestas.

Marius se encogió de hombros. , —Ya sabes el dicho: viaja más rápido el que viaja solo.

Pero había alguien, pensaba Lydie, una muchacha que era para ella como una sombra, una imagen sin nombre y sin rostro. Una muchacha que también había yacido en sus brazos y había hecho el amor con él. Una mujer que también se vio abandonada cuando Marius se fue, pero que, al menos, tenía un hijo suyo.

Se le hizo un nudo en la garganta. Ya no tenía apetito, de modo que apartó el plato.

—¿Te ocurre algo?

—No, nada —dijo Lydie manteniendo un tono de voz alegre—. Pero no puedo más.

—¿No quieres postre?

—Cielos, no —dijo Lydie con una risita—. Tengo que cuidar mi figura.

—Si me gustaran las frases hechas —dijo Marius—, te diría que no necesitas cuidarla en absoluto, porque tienes una figura espléndida.

Lydie hizo una mueca.

—Oh, por favor. No lo he dicho para que me digas un cumplido.

—Ya lo sé —dijo Marius, y sonrió todavía más—. Eras una chica encantadora, Lydie. Ahora eres una mujer muy hermosa.

Lo dijo con el gesto serio, sin sonreír, como si lo hubiera dicho contra su voluntad.

Con la misma resistencia la había llamado «bella» hacía cinco años, recordaba Lydie. Con la voz grave y temblorosa, mientras la acariciaba.

Un solo cuerpo, pensó Lydie. Aquella noche, fueron un solo cuerpo. «Yo creía que eran sólo palabras, que eso no podía suceder,

pero es cierto, un milagro. Los dos unidos, inseparables».

Pero el hombre con quien había compartido aquel milagro volvía a ser un extraño, refugiándose tras una barrera de silencio y evasivas.

Marius pidió fruta de postre. Mandarinas y ciruelas, con una pulpa dorada y dulce como la miel. Lydie se lamió los labios y se dio cuenta de que Marius contenía la respiración, de que sus ojos grises cobraban otra intensidad, de que le miraba la boca primero y luego los senos.

Se le erizaron los pezones, apretándose contra la delgada tela de su camisa, en una respuesta a su mirada que no podía negar, ante la que no se podía resistir.

Y miró las manos de Marius. Observó sus movimientos al hablar o al tomar la copa y las imaginó —las recordó— acariciándola. Aquellos dedos largos, acariciando delicadamente su piel, moviéndose muy despacio…

«Dios mío, ¿qué me está pasando?», pensó con pánico.

No debía estar allí con él y lo sabía. Habría sido más seguro volver a Greystones, soportar las miradas heridas de Hugh, sus silenciosos reproches.

Tenía que irse de allí con cualquier excusa.

Pero no dijo nada. Se quedó allí sentada y se dejó atrapar por el encanto de aquel hombre, que un naciente deseo hizo más intenso. Un deseo que llevaba sofocado mucho tiempo, convertido ya en una emoción más poderosa.

Fueron de los últimos en salir del restaurante. Cuando el camarero les llevó la cuenta, le entregó a Lydie un clavel rosa.

—Es preciosa —dijo Lydie, rozando los suaves pétalos contra sus labios.

—Realmente preciosa —dijo Marius mirándola.

Lydie sintió un escalofrío. Sintió alegría y temor al mismo tiempo. Fue a recoger el bolso, pero la emoción la volvía torpe y lo tiró al suelo. Al dar contra el suelo, se abrió y el contenido se esparció por el suelo.

—Ah, signorina —dijo el camarero agachándose para ayudarla, como hizo Marius—. Espero que no se haya roto el espejo, para que no tenga siete años de mala suerte.

El espejo estaba intacto. «Tal vez, esté cambiando mi suerte», pensó Lydie.

—Toma, estaba debajo de la silla —dijo Marius dándole el cheque para Darrell Corbin.

—¿Ah, sí?

Lydie lamentó profundamente el descuido y guardó el cheque en un bolsillo interior del bolso.

—Voy por el coche —dijo Marius.

No dijo más, pero Lydie se dio cuenta, de repente, de que su actitud había cambiado.

Lo observó, mientras se dirigía por el pasillo entre las mesas y salía al exterior. Le dieron ganas de correr tras él, pero cerró el bolso y salió andando despacio, después de darle las gracias al camarero.

La cena había sido maravillosa, pero, no sabía por qué, el encanto se había esfumado.

El aire de la noche era frío. Oyó el ruido del motor y vio cómo se aproximaba el coche.

Marius le abrió la puerta, ella rodeó el coche y se sentó a su lado. Él había puesto música. Música para evitar la conversación, pensó. Una vez más, volvía a aparecer el viejo Marius. Había vuelto a levantar las barreras.

Se estremeció otra vez, pero ya no de anticipación o de placer. Le daban ganas de gritarle «no me hagas esto», pero en lugar de eso dijo:

—Es un sitio estupendo.

—Sí. Nadine tenía razón.

Aquel comentario fue para ella como una bofetada, además, estaba segura de que había sido deliberado.

No se atrevió a decir nada más. Se limitó a mirar hacia la carretera y permanecer callada, mientras el coche devoraba los kilómetros que había hasta Greystones.

Marius se detuvo ante la puerta principal y dijo con cortesía:

—Si no te importa bajarte, Lydie. Voy a guardar el coche.

—Sí, por supuesto.

Lydie no pudo desabrocharse el cinturón. Marius se inclinó y se lo quitó. Lydie pudo oler su colonia y reconoció aquel olor antiguo, lejano, intenso y personal.

Cuando se incorporó, Lydie le dio un beso en la mejilla. Marius estaba tenso, casi se sobresaltó con el contacto.

A Lydie le dieron ganas de llorar, pero se calmó.

—Buenas noches, Marius, y gracias.

—Ha sido un placer —le dijo él con frialdad. Lydie observó cómo desaparecía el coche y entró en la casa.

Nunca más, se dijo dando vueltas en su habitación. No volvería a ocurrir, se dijo, apoyando las manos en sus calientes mejillas.

Había alcanzado una intimidad casi tangible con Marius, pero, no sabía por qué, en un instante aquella sensación desapareció, se desvaneció en las tinieblas, sin una palabra de explicación o de reproche. De repente, volvió a sentir toda la tristeza de los cinco años pasados.

Pero no pensaba permitir que sus sentimientos volvieran a hacerse añicos. Aquella vez, pensaba averiguar a qué había estado jugando Marius aquella noche.

Sin embargo, lo ocurrido era sólo parte del juego. Todavía había muchas preguntas sin contestar, preguntas descarnadas y corrosivas. Pero, por muy dolorosa que fuera, estaba dispuesta a averiguar toda la verdad.

Marius tardó horas en subir, o eso le pareció a Lydie. Aguzó el oído y oyó que mantenía una corta conversación con Austin y se despedía de él.

Se sentó en el borde de la cama, en tensión, esperando. Llevaba bata y camisón. Oyó que el carillón daba la una, y luego se hacía el silencio.

Ya había esperado así antes...

Se levantó y salió al pasillo con cuidado de no hacer ruido. Caminó descalza hasta la habitación de Marius. Vio luz en la rendija de su puerta. No estaba dormido, probablemente estaría leyendo.

Abrió la puerta con mucho cuidado y entró. La cama estaba lista para acostarse, pero no había nadie. Se quedó quieta por un momento, con la mente en blanco, se sintió estúpida, hasta que le llamó la atención el ruido de la ducha.

Vaciló. Tal vez lo mejor era posponer cualquier confrontación hasta el día siguiente, se dijo observando la habitación.

No reconocía en ella el santuario que había sido hacía tanto tiempo. Su madre había borrado de ella todo trazo de la estancia de Marius. Había cambiado el papel pintado, las cortinas, la colcha, y la había convertido en otra anónima habitación de invitados.

Ya ni siquiera estaba allí la vieja cama de bronce donde ella se había escondido y debajo de la nueva no había sitio para esconderse, por muchas ganas que tuviera de hacerlo en aquellos momentos, pensó.

Lo único que no había cambiado era el aroma de lirios que llegaba desde el jardín a través de la ventana abierta, exquisito y evocador en la misma medida.

«No debería estar aquí», pensó, pero al darse la vuelta para marcharse, la puerta del baño se abrió y de allí salió Marius, con el pelo húmedo y rizado y una toalla en la cintura. Se quedó de piedra al verla.

—¿Qué haces aquí?

«Quiero estar a tu lado», le había dicho aquella vez. Luego se había desabrochado el camisón y lo había dejado caer al suelo, observando cómo se encendía la mirada de Marius, absorbiendo cada centímetro

de su juvenil y desnuda belleza.

Pero las cosas eran distintas. El brillo de los ojos de Marius tenía más que ver con la rabia.

Y, sin embargo, aquella vez estuvo tan segura de él, tan segura de su amor...

En aquellos momentos, no estaba segura de nada excepto de que había sido una estupidez ir a su habitación.

—Respóndeme, maldita sea. ¿Qué haces aquí? —Quiero saber qué ha ocurrido esta noche —dijo Lydie con dignidad.

—Me parece que hemos tomado una cena excelente en un lugar agradable.

—No —dijo Lydie con frustración—. Me refiero a... ¿Qué pasó? ¿Qué ha ido mal? ¿Qué he hecho? ¿Qué he dicho?

—Nada —dijo Marius, otra vez con una sonrisa en los labios, pero con la mirada muy fría—. Has sido una acompañante perfecta, querida, pero todo lo bueno se acaba.

—¿Es eso todo lo que tienes que decir?

—No —dijo Marius—. Pero ésta no es hora, ni es éste el lugar para discutir con mayor profundidad el asunto. Vuelve a tu habitación, Lydie. Ya hablaremos en otra ocasión.

—¿Cuándo? ¿Dentro de otros malditos cinco años?

—Creo que puedo prometerte que será antes de eso —dijo Marius —. Soy mayor y más sabio ahora, Lydie. Y no tengo intención de dejar que, de nuevo, ocupen mi lugar —dijo, e hizo una pausa—. Ahora, vuelve a tu habitación, duerme algo y deja que yo haga lo mismo.

Lydie lo miró fijamente, perpleja ante la belleza de su cuerpo delgado y musculoso, pero descorazonada ante la dureza de su expresión.

—Marius, no me trates así. No puedo soportarlo —le dijo con voz temblorosa.

—¿Qué demonios has tenido tú que soportar en toda tu vida? —dijo Marius con acritud. A Lydie le dieron escalofríos—. No fue a ti a la que obligaron a marcharse, lejos de todo lo que querías.

En dos pasos llegó hasta ella y la agarró por los hombros.

—¿O sí fuiste tú?

—Me estás haciendo daño.

—No tanto como quisiera —dijo Marius entre dientes—. ¿Quieres irte de una vez?

—No —le replicó Lydie—. Quiero una respuesta, una respuesta sincera.

Marius frunció los labios.

—¿De verdad, mi preciosa virgencita? Pues la vas a tener.

Agarró la bata y tiró de ella hacia abajo, arrastrando con ella un tirante del camisón. Se inclinó y la besó en el hombro, acariciando uno de sus senos.

—¿Te parece ésta respuesta suficiente? —le dijo sin dejar de besarla.

Lydie sacudió la cabeza y se apartó de él con los ojos bañados en lágrimas. Corrió hacia la puerta, pero Marius la alcanzó antes de salir.

Tenía una expresión de desamparo, de fragilidad.

—Oh, Dios, Lydie, esto es lo último que... —dijo con voz vacilante —. ¿Qué me estás haciendo...?

La besó con frenesí, apasionadamente. Luego la agarró por los cabellos y tiró de la cabeza hacia atrás para besarla en el cuello, en su cuello dulce y vulnerable. A Lydie se le cortó el aliento y le acarició el pecho, enredando los dedos en su vello ensortijado y húmedo. Luego lo agarró por los hombros, mientras él seguía besándola febrilmente en el cuello.

Marius la tomó en brazos y la condujo a la cama. Con manos temblorosas le quitó la bata y la miró, con los ojos incendiados de deseo. El tiempo se detuvo y volvió atrás. Ella volvía a ser una muchacha de diecisiete años, desesperadamente enamorada, llena de deseo por el hombre que se inclinaba sobre ella y la acariciaba con reverencia.

—Eres tan hermosa —había susurrado Marius entonces—. Crema y oro, igual que una virgen exquisita. Casi me da miedo tocarte.

Ella sentía su cuerpo inundado de deseo, húmedo y anhelante. Y recordó cómo se había ofrecido a él y lo había besado, con los labios ardientes y las manos llenas de impaciencia.

—No tengas miedo —le había dicho—. Yo no lo tengo. Te quiero...

Y Marius se había inclinado, silenciando sus palabras con un beso. Y le había acariciado los senos con delicadeza, explorando las curvas y los huecos de su vientre hasta encontrar el cáliz dorado de su feminidad.

Cuando, por fin la penetró, ella había gritado, menos de dolor que de sorpresa y gozo.

Tanto la habían asombrado el placer y el deseo, que ni siquiera con el amargo sabor de la partida se había dado cuenta de que no le había devuelto sus palabras de amor.

Pero en aquel momento lo recordaba, a pesar de que se estremecía bajo el tacto húmedo de su boca, mientras le lamía y le chupaba el pezón, a pesar de que le ofrecía el cuerpo entero a sus caricias.

Se dijo que no importaba, que tomaría de él lo que él le ofreciera. Había pasado tanto tiempo...

Marius se puso sobre ella, tenía el cuerpo cubierto de sudor y el rostro encendido de deseo. Estaba preparada para recibirlo. Su cuerpo era como un estanque húmedo donde los dos se ahogarían.

Entonces, de repente, Marius se apartó de ella y se dejó caer de espaldas a su lado, respirando pesadamente, convulsivamente,

—¡Marius! —dijo Lydie apoyándose en un codo y apartándole los cabellos de la frente, empapada de sudor.

Marius la agarró por la muñeca, con un gesto de advertencia.

—Oh, no, Lydie. Esta vez no, cariño. No me vas a atrapar otra vez.

Desconcertada, confusa, Lydie lo miró.

—No te entiendo —dijo a pesar de que tenía un nudo en la garganta—. ¿No me... deseas?

Marius soltó una carcajada áspera, apagada.

—Dios, sí. Sabes mejor que nadie que eres muy deseable. Pero esta vez soy yo el que pone las reglas, y no voy a dejar que ocurra.

Se levantó, se ajustó la toalla y miró hacia la puerta, frunciendo el ceño.

—Bueno, qué bien —se dijo al oír que llamaban—. Creo que me han tendido una trampa.

Lydie se levantó y se subió el camisón para cubrir sus senos desnudos. Le temblaron las manos al anudarse la bata.

—¿Qué pasa? ¿Quién es? —dijo, temblándole la voz.

—No te hagas la tonta —dijo, se acercó a la puerta y la abrió de repente—. ¿Qué te ocurre tía Debra? —dijo con un tono de voz ligero pero desafiante—. ¿Sigues teniendo insomnio?

Debra Benedict estaba en el umbral de la puerta, con su kimono. Tenía el rostro tenso, la boca rígida. Al ver a Lydie, un gesto de perplejidad y rabia se dibujó en su rostro, una rabia que barrió la habitación como un viento helado.

Dio un paso adelante y se llevó la mano al pecho en un gesto muy teatral.

—¿Estáis locos los dos? Oh, Dios, Marius, ¿cómo puedes hacer esto después de todo lo que ha pasado? ¿Es que todavía no has aprendido la lección?

Marius la miró y apretó los labios.

—Eso parece —dijo Marius secamente—. Subestimar al contrario siempre es peligroso.

Se oyeron pasos en el pasillo. Austin Benedict apareció con la cabeza agachada y lanzando miradas suspicaces a su alrededor.

Igual que un toro entrando en el ruedo, pensó Lydie, que seguía luchando por anudarse el resbaladizo cinturón de la bata.

Vio a Lydie y se quedó de piedra, luego se fijó en la cama

deshecha.

—¿Qué está pasando aquí?

—Austin, cariño —dijo Debra agarrándolo del brazo—. Lo siento, jamás se me habría ocurrido… —se detuvo—. Tenía que hablar con Lydie, pero no estaba en su habitación. Oí voces… aquí —dijo, y gesticuló con desamparo—. Pensé que estabas dormido. Habría hecho cualquier cosa para evitarte esto.

—No necesito evitar nada —dijo apartando con impaciencia la mano de Debra. Miró fijamente a Marius—. Lo que necesito es una explicación.

Lydie avanzó.

—Austin…

Austin le indicó que se callara con un gesto de la mano, sin mirarla siquiera.

—Tú madre se ocupará de ti, pequeña —dijo—. Pero me has decepcionado, muchacho. Parece que después de todo, yo tenía razón.

—Al contrario —dijo Marius con tranquilidad y dominio de sí mismo—. Sólo llegas dos minutos demasiado pronto, eso es todo.

—¿Qué quieres decir? —dijo Austin con furia—. ¿Te atreves a decirme que…?

—Algo que espero que te complazca —dijo Marius, acercándose a Lydie y agarrándola de la mano, que estaba helada. Sonreía, pero su mirada era tan fría y profunda como un océano en invierno—. Antes de que nos interrumpieran, estaba a punto de pedirle a Lydie que se casara conmigo —dijo besándola en la mano—. Siento que sea otra proposición en público, cariño. Espero que eso no me perjudique.

Se hizo un tenso silencio. Luego Austin habló.

—Bueno, bueno —dijo muy despacio. La rabia de su gesto se transformó, poco a poco, en sorpresa y satisfacción—. Así que se trata de eso.

—¡Tonterías! —dijo Debra—. Lydie sigue comprometida con Hugh Wingate. Lo anunciará en cuanto recobre el sentido común.

—Yo no apostaría por eso —replicó Austin—. Me parece que Lydie ha llegado a una conclusión muy distinta, ¿no es verdad, pequeña?

Lydie respiraba con dificultad. Tenía la sensación de que las paredes se le echaban encima. Era consciente de que todos la miraban, esperando. Austin, con aquel aire de alivio casi tangible, Debra, pálida y tiesa de rabia, y Marius, con una expresión lejana e ilegible.

Se estremeció.

Marius se inclinó y le dijo al oído.

—La puerta está abierta, así que puedes salir corriendo. Pero, al contrario que Wingate, yo te seguiré. Me perteneces, Lydie.

No era la declaración que quería oír. Pero si salía corriendo, tendría que ser lejos de Greystones, lejos de Thornshaugh y de su vida. Sería su oportunidad de desaparecer, sin decir nada, sin dejar rastro. La razón y el sentido común le decían que era eso lo que debía hacer, que debía irse a algún lugar donde él no pudiera encontrarla.

Porque no podría soportar que volviera a hacerle daño. No podría darle su confianza y su fidelidad a un hombre en el que no creía. Tendría que estar loca para hacer una cosa así.

—Lydie —le dijo Marius poniéndole la mano sobre los hombros y dándole la vuelta para que lo mirase—. ¿Quieres casarte conmigo?

Y desde un lugar muy lejano, a años luz de la cordura, se oyó a sí misma decir.

—Sí, quiero.

Capítulo 7

¡NO! —dijo Debra casi chillando—. ¡No lo permitiré!

Austin la agarró de la mano y le dio unas palmaditas.

—Creo, amor mío, que los dos pasan de la edad en que era necesario nuestro consentimiento.

—No me llames «amor mío» —dijo Debra secamente.

Austin frunció el ceño.

—Cálmate —dijo con dureza—. Es lo mejor que ha ocurrido en esta casa desde hace mucho tiempo —dijo irguiendo la barbilla—. No quiero que la boda se retrase, se celebrará cuanto antes.

—Me alegro de que lo apruebes —dijo Marius, y se dirigió a Debra —. Estoy seguro de que con el tiempo tú también reconocerás que es bueno para todos.

—Por supuesto —dijo Austin, interviniendo ante el silencio de su esposa. Le dio a Marius una palmadita en el hombro y luego le dio un abrazo a Lydie—. Ahora, démonos las buenas noches y vámonos a dormir. Mañana hablaremos de los detalles.

Saludó a la pareja con una inclinación de cabeza, agarró a Debra por la cintura y la condujo fuera de la estancia.

De repente, la habitación se quedó en silencio. Lydie se sentía como si se hubiera visto atrapada en un huracán que la hubiera arrastrado hasta una tierra que no conocía. Marius tenía la mirada perdida y el ceño ligeramente fruncido, como si estuviera perdido en sus propios pensamientos. Entonces, se dio la vuelta y se metió en el baño. Reapareció al cabo de un momento, anudándose el albornoz.

Sólo había unos metros entre ellos. Lydie lo observó, esperando que se acercara y la estrechara entre sus brazos. Pero no se movió, ni habló, y, de repente, la distancia entre ellos parecía inmensa, infranqueable. Todavía le ardían sus caricias en la piel, pero Lydie sentía un gran frío en su interior.

Tragó saliva para romper el nudo que tenía en la garganta y le dijo:

—¿Te importaría decirme qué te has propuesto, por favor?

—Es muy sencillo —dijo Marius con tranquilidad—. Tú y yo estamos comprometidos y vamos a casarnos.

—Eso parece, pero, ¿por qué?

—Por puro y simple instinto de conservación —le dijo Marius con una mirada burlona—. Y tú deberías saberlo.

—¿A qué te refieres? —dijo Lydie, cada vez más confusa.

Marius se encogió de hombros.

—Austin es uno de los mayores puritanos de este país. Si hubieras

dicho que había intentado violarte, se lo habría creído y yo tendría que irme de esta casa, esta vez para siempre. En vez de eso, gracias a tu inesperada colaboración, tenemos la bendición de Austin. Fin de la historia.

—Pero si no ocurrió nada —dijo Lydie con voz temblorosa.

—En realidad, no, a pesar de que la tentación era abrumadora. Pero yo ya había sido condenado en otra ocasión, así que era sospechoso. No podía permitir que me condenaran de nuevo, esta vez tengo demasiado que perder.

Se detuvo y la miró de arriba abajo, con lascivia.

—Aunque en otros aspectos he salido perdiendo —añadió—. Eres mucho más atractiva ahora que cuando tenías diecisiete años, si es que eso es posible. Has madurado como un vino exquisito. Es una pena que no pueda saborearte hasta la última gota.

—¿De qué estás hablando? —dijo Lydie con un nudo en la garganta—. No entiendo nada de lo que dices.

—Bueno, no dejes que eso te preocupe, virgencita. Me has ayudado a salir de una situación difícil, aunque tú misma ayudaste a crearla, y te lo agradezco. Vaya, parece que en este tiempo tus valores morales han cambiado para mejor —dijo, y se detuvo—. Y no temas, no te obligaré a cumplir tu promesa. Nuestro compromiso es sólo una medida de emergencia, puramente temporal, te lo aseguro.

—¿Temporal? —repitió Lydie sin entender nada.

—Naturalmente — dijo Marius—. Tengo otros planes.

Lydie pensó en Nadine. Sentía tanto dolor que le daban ganas de gritar, y para no hacerlo, se mordió el labio.

—¿Es que creías que hablaba en serio? —le dijo Marius.

Lydie, sin saber bien de donde sacó las energías para ello, sonrió.

—Claro que no —dijo, y se encogió de hombros—. Sólo me alegro de haberte ayudado. Pero Austin sí lo ha creído, y puede que tengamos algún problema con él.

—Austin tiene una profunda vena sentimental —dijo Marius encogiéndose de hombros—. Pero tendremos que convencerle de que ha sido un error.

Lydie asintió. Sólo sentía deseos de aullar su pena y su humillación, pero su voz era muy tranquila.

—¿Hasta cuándo vamos a estar fingiendo?

—Eso depende, pero no voy a permitir que esta charada dure demasiado tiempo —dijo Marius, y le dirigió una mirada burlona—. Eres hija de tu madre, Lydie, no me digas que no sabes fingir.

—No es eso —dijo Lydie apretando los puños—. Pero prefiero ser yo la que establezca las reglas.

—¿No es eso lo que queremos todos? Ahora será mejor que te vayas a tu habitación antes de que vuelva Austin y nos amenace con que tenemos que casarnos cuanto antes, algo que no nos gustaría a ninguno de los dos.

Se acercó a la puerta y la abrió.

—Buenas noches, Lydie. Que duermas bien —le dijo cuando ella salió de la habitación.

Sus últimas palabras no eran más que una broma, por supuesto, pensó Lydie mientras se metía en la cama, para dar un descanso a su cuerpo, agotado por la vergüenza y el dolor.

Entendía poco de lo que había ocurrido, excepto que había querido hacer el amor con Marius y él la había rechazado con tal crueldad que le daban ganas de llorar.

El resto era un enigma.

Repasó lo que había ocurrido, intentando encontrarle un sentido.

Marius la había inducido a creer, deliberadamente, que había vuelto por ella, porque todavía la deseaba. Su comportamiento en el restaurante no dejaba lugar a dudas. Pero en realidad, eso estaba muy lejos de sus verdaderas intenciones.

La cruda realidad era que ella se había estado engañando a sí misma todos aquellos años. Había imaginado sentimientos, atribuido a Marius una emoción que nunca había sentido. Marius la había utilizado y, por razones que no podía explicar, la seguía utilizando.

Por lo que había dicho, Marius creía que ella le había tendido una emboscada, que ella había planeado que los encontraran juntos.

Pero la verdad era que, desde su regreso, Marius la había estado manipulando, a ella y a todos, para conseguir cierta ascendencia sobre ellos. Aquel falso compromiso era parte de esa manipulación.

Y ella había permitido que ocurriera porque, en el fondo, seguía acariciando sueños, esperanzas, fantasías adolescentes de amor eterno. Y Marius estaba en el centro de esos sueños.

Nunca había querido a nadie más y nunca podría hacerlo. Pero no por ello tenía él que sentir lo mismo por ella.

Reprimió un sollozo. Ya no podía soportarlo más y no estaba dispuesta a hacerlo. A la mañana siguiente, le diría que la ficción había terminado y que podía darle a Austin la excusa que mejor le pareciera.

Se marcharía de Greystones, aunque fuera para dormir en el sofá de Nell, porque tener que vivir bajo el mismo techo que Marius se le hacía insoportable.

Tardó largo tiempo en dormirse y, cuando se despertó, era muy

tarde. Era una clara y brillante mañana de domingo.

Un hermoso día para ponerse en acción, pensó Lydie metiéndose en la ducha. Se sentía confusa y desorientada, y esperaba que la ducha le ayudara a aclarar sus ideas. Necesitaba de todo su valor, se dijo tratando de olvidar el dolor que sentía en sus entrañas.

El desayuno del domingo en Greystones consistía en un buffet. Pero cuando bajó, el comedor estaba vacío, aparte de la señora Arnthwaite, que estaba esperando para poder quitar la mesa.

Lydie se sirvió una taza de café y salió al jardín.

Jon estaba sentado en una silla haciendo el crucigrama del *Sunday Times*.

—¿Dónde están todos? —dijo Lydie sentándose a su lado.

—Mamá está en la cama con dolor de cabeza —respondió Jon sin mirarla—. Austin y Marius se han ido a la fábrica a primera hora, otra reunión de alto nivel —dijo con una amarga sonrisa—. Empiezo a saber cómo se siente un pavo cuando se acerca la Navidad.

—¿No te dijeron que fueras con ellos? —dijo Lydie, y se mordió el labio—. Oh, Jon.

—Sí, fui con ellos, pero sólo para traerme tu coche. Nuestro nuevo director general podría ser un gran general, a secas. Bueno, de todas formas, supongo que debo darte mi enhorabuena —dijo, y dejó el periódico sobre la mesa—. Anoche tuvimos aquí una pequeña confrontación, no me extraña que mamá tenga dolor de cabeza. Creí que iba a explotar cuando no apareciste.

—¿Una confrontación? —repitió Lydie, y se dio cuenta de que se refería a la cena con Hugh. Luego añadió, refiriéndose a su compromiso con Marius—: No sé si me he equivocado, créeme.

—Ya, bueno, yo diría que casarse con el futuro amo de todo esto es una gran jugada.

A Lydie le dolieron aquellas palabras. Necesitaba hablar, pero Jon, con el humor que tenía últimamente, era la última persona en quien podía confiar.

—Tienes muy mal aspecto —le dijo—. ¿Has pasado mala noche?

—Y peor día me espera.

—Puede que no sea tan malo —dijo Lydie, deseando con todo su corazón creerse sus propias palabras. Daba la impresión de que a todos ellos la situación se les iba de las manos.

—Ya lo es —dijo Jon con un deje de amargura—. Marius tiene los datos que necesita. Los últimos meses han sido desastrosos: cancelaciones, impagos, injerencias de otras empresas. La producción de una nave entera fue defectuosa el año pasado, pero no lo descubrimos hasta el final del proceso. Dos de nuestros mejores

clientes nos dijeron que no se puede confiar en nosotros y van a cambiar de proveedor. Ha sido una pesadilla.

—Pero no serás tú el culpable de todo eso.

—Soy el director de ventas. El dinero entra por la puerta de mi despacho —dijo Jon, que, de repente, parecía más joven, más vulnerable—. Y yo he cometido muchos errores, Lydie.

—Entonces, ¿por qué no agarrar al toro por los cuernos? —dijo Lydie y se inclinó hacia delante, con la intención de hablar con firmeza—. Eres un artista, no un vendedor. Dile a Marius que te transfiera al departamento creativo, o mejor, vete de Benco. Haz un curso de arte y empieza una nueva vida. Nell te ayudará.

—Lo dices como si fuera muy fácil, pero no lo es. No puedo permitirme marcharme de Benco. Si pierdo mi trabajo, perderé todo lo demás, Nell incluida.

—Creo que eres injusto con ella —dijo Lydie—. Oye, ¿por qué no nos vamos a alguna parte? Podemos pedir algo de comer y subir a los páramos. Podemos hablar y tú puedes pintar. Hace mucho tiempo que no pintas.

Jon negó con la cabeza.

—Hoy no, hermana. Tengo muchas cosas en qué pensar.

Lydie esperaba que no fuera con la ayuda de más whisky.

—Bueno —dijo, y suspiró—, yo me voy de todas formas. Quiero despejarme un poco, yo también tengo que pensar.

Jon hizo una mueca.

—Yo creía que ya habías tomado tus decisiones.

—No —dijo Lydie fingiendo ligereza—. No del todo.

Subió a su habitación a recoger el bolso y una chaqueta. Por muy caluroso que estuviera el día en el valle, en los páramos siempre hacía fresco. Necesitaba estar sola y respirar aire puro. El aire de Greystones se había vuelto opresivo, su atmósfera pesada con los misterios del pasado y un futuro incierto.

Al llegar al rellano de la escalera, vio a la señora Arnthwaite saliendo de la habitación de su madre. Llevaba la bandeja del desayuno intacta y esbozaba una sonrisa.

Lydie vaciló. Por experiencia sabía que los dolores de cabeza de Debra eran una cuestión de imaginación. Por otro lado, podía haberse visto muy afectada por los acontecimientos de la noche anterior.

Si su compromiso con Marius era la causa de que estuviera en la cama, casi enferma, tal vez debería verla para decirle la verdad.

«Se lo debo a Austin», pensó con una sonrisa. «Al fin y al cabo, él tiene que sufrir los ataques de mamá».

Llamó a la puerta muy bajito y entró. La habitación estaba sumida

en la oscuridad y la atmósfera, sin ventilar, tenía un pesado olor a perfume.

Lydie arrugó la nariz y se dirigió a la ventana. Corrió las cortinas y abrió la ventana. Cuando se dio la vuelta y contempló la ancha cama, le dio un vuelco el corazón. Su madre no estaba fingiendo, pensó al ver su rostro macilento y los ojos hundidos. Su madre estaba realmente enferma.

—Mamá —dijo con suavidad sentándose al borde de la cania. Luego le agarró la mano—. ¿Qué te pasa? ¿Quieres que llame al médico? Debra negó con la cabeza. —Entonces, ¿qué te pasa? ¿Se trata de Marius? Debra se sobresaltó, lo que constituyó para Lydie la respuesta que necesitaba saber.

—No te tortures así, no hay nada de qué preocuparse. Te lo prometo, no me voy a casar con él... Debra se incorporó sobre la almohada.

—¿Qué quieres decir? ¿De qué estás hablando? Tienes que casarte con él... tienes que...

—Pero si anoche te horrorizaba la idea. Y, de todas formas, no era un compromiso de verdad. Es como si Marius se propusiera jugar con nosotros. Debra le apretó la mano con fuerza.

—Entonces tú también debes jugar. Dile a todo que sí, haz lo que diga o me destruirá, o nos destruirá a todos.

—Creo —dijo Lydie pacientemente—, que estás exagerando las cosas otra vez.

Debra soltó una carcajada llena de acritud.

—¿Eso crees? Te digo una cosa, Lydie, ha vuelto para vengarse...

—Pero eso es una locura.

Debra negó con la cabeza.

—Nos echa la culpa, sobre todo a mí, de que tuviera que irse —dijo Debra y empezó a llorar—. Yo me enteré de que había una chica, y de que la había dejado embarazada, y yo se lo dije a Austin...

—¿No crees que Austin lo habría averiguado de todas formas?

—No lo sé —dijo Debra entre sollozos—. Pero no importa, porque fui yo quien se lo dije y Marius lo sabe. Lo sabe y me odia por ello. Y ahora me va a hacer a mí lo mismo. Va a lograr que me expulsen de esta casa...

—No puede, no lo haría... —dijo Lydie, que se sentía inerme ante aquella explosión de emociones—. No por decir la verdad.

Debra volvió a sacudir la cabeza.

—No lo conoces. Tú no lo entiendes.

Lydie la observó con recelo. Le daba la impresión de que algo no encajaba, de que había mucho más de lo que su madre le estaba

diciendo.

—Mamá —le dijo con cautela—, ¿hay algo que no me hayas contado?

—No sé qué quieres decir —dijo Debra poniéndose a la defensiva —. Hice lo que tenía que hacer —dijo, en parte para sí misma—. Austin estaba muy enfadado, terriblemente enfadado —dijo, y dio un puñetazo en la almohada—. Yo pensaba que nunca volvería por esta casa.

—Pero ha vuelto.

—Lydie, tienes que ayudarme. Haz todo lo que te diga, síguele la corriente. No dejes que me destruya, que destruya mi matrimonio.

—¿Por eso fuiste a su habitación anoche? ¿Para rogarle?

Debra se movió, inquieta.

—Quizás, no lo sé. No podía pensar con claridad. Pero él te escuchará. Tú puedes lograr que te escuche. Le gustas mucho, Lydie, siempre le...

—Ya no —dijo Lydie—. Ya te he dicho que el compromiso es falso.

—Pero tú puedes convertirlo en realidad —dijo Debra—. Una mujer inteligente puede hacer lo que quiera con un hombre.

—No —dijo Lydie soltando la mano de su madre y poniéndose en pie—. Hablaré con él —dijo con tranquilidad—. Tengo que hacerlo por mi propio bien, pero no puedo prometerte más.

Se dirigió hacia la puerta ignorando el ruego de su madre, que la llamaba.

Se dirigió a su coche, pero no encendió el motor. Estaba temblando, tenía un nudo en el estómago y su mente divagaba en todas direcciones.

Se sentía como en un laberinto del que no podía hallar la salida.

Revelando la relación secreta de Marius, Debra se había comportado de un modo reprobable. Pero al fin y al cabo no era una acción merecedora de venganza. Marius, después de todo, era culpable de lo que se le imputaba. Y, sin embargo, su madre estaba aterrorizada. Y quizás tenía razones para estarlo, pensó Lydie recordando el modo en que Marius había vuelto en su favor los acontecimientos de la noche anterior, el modo en que había destruido sus propias ilusiones.

«Tengo que pensar», se dijo, «planear cómo acercarme a él. Tengo que convencerlo de que no va a ganar nada presionando a mi madre».

Con un suspiro, encendió el coche y salió del garaje.

No sabía dónde ir, pero cuando se vio en la estrecha carretera que conducía a High Cragg se dio cuenta de que era la única ruta que podía haber seguido.

Siempre había sido un lugar especial para ella. Era la primera zona de los páramos a la que Marius la había llevado, un paraje al que habían vuelto a menudo.

La primera vez, recordaba, acababa de leer *Cumbres borrascosas* y se imaginaba a sí misma como Catherine Earnshaw, deleitándose en su pasión prohibida por Heathcliff , con el que Marius guardaba un asombroso parecido.

Qué tierna, y qué inocente era entonces, pensó con tristeza. Pero, en realidad, seguía siendo inocente, porque las oscuras páginas del libro de la pasión seguían cerradas para ella.

Desde entonces se había atormentado a sí misma preguntándose a cuántas otras habría llevado Marius a aquel mismo lugar. Tal vez su hijo, el hijo de Marius, había sido concebido allí mismo.

Hacía más de cinco años que no volvía, hasta aquel día, en que unos hilos invisibles parecieron arrastrarla hasta allí.

Era un lugar encantador: un paisaje escarpado, salpicado de matas de tojos, que parecían hogueras, y de algún árbol que se oponía con terquedad al viento reinante. En la lejanía, había un rebaño de ovejas pastando en el prado y en el cielo rondaba un halcón, escudriñando el terreno en busca de alguna presa.

Lydie aparcó a un lado de la carretera, en una depresión que un pequeño glaciar habría hecho más de mil años atrás, y se propuso subir hasta un grupo de enormes rocas, que se recortaba contra el horizonte.

A pesar de que los últimos días habían sido calurosos, encontró muchos sitios húmedos, y avanzó con cuidado, consciente de que sus sandalias de cuero no eran calzado adecuado para aquel terreno irregular.

Estaba rompiendo todas las reglas, pero en un mundo donde parecía haberse instalado el caos, eso ya no importaba.

Antes de cubrir la mitad de la distancia que se proponía, empezó a jadear. Desde que la galería comenzó a funcionar, había dejado de acudir a las clases de aerobic y sus visitas al club de tenis eran poco frecuentes.

Dejar Greystones sólo sería el punto de partida de una nueva vida, se dijo con determinación. Era hora de olvidar el doloroso pasado y concentrar todas las energías en el futuro.

Echó a correr y llegó hasta las rocas, apoyándose agradecida en la primera que encontró para recuperar el aliento.

Las vistas eran increíbles. Se veían muchas lomas, hasta donde abarcaba la vista. En un mes, el campo estaría florido y se cubriría de color púrpura, rosa y carmesí.

La piedra en que se apoyaba estaba caliente, y le daba una sensación muy placentera. Desde el horizonte, sin embargo, las nubes avanzaban sobre ella, y la brisa era cada vez más fresca. Todo parecía indicar que aquel hermoso día cambiaría caprichosamente.

No podría permanecer allí mucho tiempo, pensó con un suspiro, así que tendría que aprovechar la paz y la soledad de aquel lugar mientras pudiera.

Allí podía pensar, sin presión y sin distracciones.

De repente, cerca de ella, oyó un ruido, una piedra contra otra. Una sombra descendió y aterrizó junto a ella con la ligereza y el silencio de un felino.

Lydie se sobresaltó y al retroceder se dio un golpe en el hombro contra la roca.

—Así que aquí estás, virgencita. Y esta vez nadie nos va a interrumpir.

Capítulo 8

¿QUÉ HACES aquí?

—Te estaba esperando.

—Pero no sabías que iba a venir.

Marius sonrió.

—¿Tú crees? —dijo, y sus palabras vibraron en el silencio.

Claro que lo sabía, pensó Lydie. Los dos habían llegado allí en contra de su voluntad, llevados por su atracción mutua...

—Pensé que estabas en la fábrica, con Austin.

Marius se encogió de hombros.

—Terminamos de revisar el informe de ventas antes de lo que esperaba —dijo. La monotonía de su tono de voz confirmaba los problemas que le había contado Jon—. Lo he dejado en el club de golf y he venido a buscarte.

—¿Por qué?

—Porque ya has tenido tiempo de reflexionar y supongo que querrás hablar —replicó Marius escuetamente—. Suponía que lo mejor era hablar en privado.

—No he visto tu coche —dijo Lydie.

—He venido por la otra carretera.

Era, por supuesto, la explicación obvia, pero pensar que hubiera sido capaz de prever lo que iba a hacer la seguía turbando.

Hizo un movimiento repentino y gesticuló, porque el hombro le dolió.

—¿Te has hecho daño? —dijo Marius.

—No es nada.

—¿De verdad?

Le puso la mano en el hombro y le dio la vuelta. La tocaba con delicadeza, pero con insistencia. Lydie sabía que no habría podido apartarse aunque hubiera querido.

Marius frunció el ceño.

—Se te ha roto la camisa —dijo Marius, y Lydie contuvo la respiración al notar el tacto de sus dedos—. Y te va a salir un moretón muy grande. Tal vez deberías ir al médico.

—Tal vez no —replicó Lydie secamente retrocediendo un poco—. Me salen moretones con facilidad.

—Yo creía que no —dijo Marius con un tono de voz extraño. Su sonrisa era fría, sin el menor deje de humor y su mirada no tenía la menor calidez—. Al menos, no solías asustarte con tanta facilidad como te has asustado.

—Puede ser. Solía tener menos razones para estar nerviosa.

Marius asintió pensativamente.

—Parece que después de pensar tanto, has sacado alguna conclusión, virgencita.

Lydie se estremeció, tal vez por el aire frío que se abatió sobre el páramo. Miró hacia el cielo y observó la masa de nubes que se cernía sobre ellos.

—La primera noche te pregunté por qué habías vuelto —dijo— y no me respondiste. Ahora te lo pregunto otra vez.

—He vuelto a reclamar lo que me pertenece.

—¿Seguro que no has vuelto a vengarte?

No podía creer que hubiera pronunciado aquella palabra. Ya nada le parecía real, ni el dolor que sentía en el hombro, ni el suelo que pisaba, ni el viento frío, que empezaba a traer las primeras gotas de lluvia. Ni tampoco era real Marius, que se había convertido en un extraño para ella.

—Ah, venganza —dijo Marius frunciendo la boca—. La venganza es un plato que se debe saborear frío. ¿No es eso lo que dicen?

—No lo sé.

—Pero tienes la horrible sospecha de que vas a averiguarlo muy pronto, ¿no? —dijo Marius con expresión burlona.

A Lydie le dieron ganas de mandarle al infierno, de decirle que no quería tomar parte en ninguno de sus retorcidos juegos. Pero recordó la imagen del rostro atemorizado de Debra y la promesa que le había hecho.

—Quisiera pedirte que tuvieras compasión.

—Harías mejor —dijo Marius— en preguntarme el precio de mi silencio.

—No te entiendo.

—Al contrario, virgencita —dijo Marius con un énfasis hiriente—. Me entiendes muy bien.

Apartó los ojos de Lydie. Tenía la mirada perdida, fría, dura, tan dura como las rocas que los rodeaban.

—Supongo que, al principio, no quería creerlo, no quería creer que toda esa inocencia pudiera volverse contra mí. Cuando Austin me llamó aquel día, no me imaginaba lo que me esperaba. Cuando llegué, nunca lo había visto tan enfadado en mi vida, pero no sabía que su enfado tuviera que ver directamente conmigo. «Habíamos discutido muchas veces antes, pero aquella vez fue totalmente distinto. Me insultó, me llamó cosas que nunca le había oído decir. Me dijo que había traicionado su confianza, deshonrado su nombre. Llegó a ser incoherente —dijo Marius, y sacudió la cabeza con pesar—. Me sentía igual que si estuviera viviendo una pesadilla, como si el mundo se

hubiera convertido en una visión kafkiana. Hizo una pausa. —Y entonces vi la carta.

—¿Qué carta? —dijo Lydie. Estaba perpleja, tratando de encontrar un sentido a las palabras de Marius. Austin era muy puritano, pero también era un hombre de mundo en muchos sentidos. ¿Podía la noticia de que su sobrino había seducido y dejado embarazada a una chica de la localidad haberle puesto furioso hasta ese punto?—. ¿Qué carta?

—La que te había escrito —dijo Marius—. La que te escribí en el delirio que siguió a la noche que pasamos juntos y que yo, obviamente, sólo quería que leyeras tú. La carta de un hombre apasionadamente enamorado. Y con ella, estaba una nota tuya: «Mamá, creo que Austin debería ocuparse de esto».

—No —dijo Lydie con un nudo en la garganta—. Eso no es cierto...

—No te molestes en mentir —replicó Marius—. ¿Crees que no conocía tu letra? Y entonces, todo salió a la luz: que si yo llevaba años tratando de seducirte, que si había abusado de ti y destruido tu juventud. Tú lo habías ocultado, pero por fin habías encontrado fuerzas para confesarlo, porque habías descubierto, con horror, que no eras la única y que la otra pobre mujer estaba embarazada.

Hablaba con una voz grave, desnuda, salvaje.

—Dios, Lydie, la verdadera actriz de la familia eres tú. Entre mis brazos hacías planes para una nueva vida juntos, querías compartir la vida conmigo, decías, cuando todo el tiempo conspirabas para librarte de mí, para poder quedarte con la fábrica, con mi herencia, con todo por lo que yo había luchado, para ofrecérselo a tu hermano. Y yo te creía. Aquella carta fue mi sentencia de muerte. Para ti debió ser como el maná llovido del cielo. Podías hacer conmigo lo que te diera la gana, y por Dios que lo hiciste.

Lydie estaba inmóvil, muda de horror. Aquella era, pensaba, la respuesta al enigma, el inexplicable secreto que se guardaba en el centro del laberinto.

Deseaba gritar y negarlo todo, convencerlo de que aquella carta —la apasionada confirmación de todo lo que habían compartido en aquella noche dulce y secreta— nunca había llegado a sus manos, que alguien la había interceptado.

Pero no podía. Porque sabía quién era responsable de todo aquello, y por qué lo había hecho. Y hacía tan sólo una hora había prometido protegerla.

Se daba cuenta, demasiado bien, de la razón de que Debra estuviera aterrorizada, de su insistencia en que Marius podía destruirla.

Si la verdad salía a la luz, el matrimonio de su madre se destruiría, destruyéndola a ella para siempre. Y, además, podría suponer la muerte de Austin. Su corazón no lo soportaría.

El amor que Marius y ella habían compartido se había terminado para siempre, había sido enterrado por la ambición de su madre, obsesionada con el éxito de su hijo. Las pocas esperanzas que tenía de recuperar la felicidad pasada se desvanecieron. Marius había vuelto con la intención de vengarse, nada más.

Bueno, pensó, irguiendo la espalda en un gesto inconsciente, no podía evitar amarlo, pero, al menos, podría salvar a Debra, a pesar de que se lo merecía muy poco.

Austin, sin embargo, era otra cuestión. Aunque sólo fuera por él, tenía que intentarlo.

Si había perdido a Marius para siempre, lo que pensara de ella ya no importaba.

Así pues, aceptaría la acusación y actuaría como chivo expiatorio. Haría todo lo necesario para que él no volviera a examinar lo que ocurrió entonces, ni a hacer preguntas, ya que eso sólo podía llevar al desastre.

Y tal vez, de todo aquel mal pudiera surgir algún bien. Tal vez pudiera salvarse algo de sus preciosos y desesperanzados sueños.

—¿No tienes nada que decir? —le preguntó Marius con pesar.

Lydie se encogió de hombros.

—Me parece que ya lo has dicho tú todo —dijo con frialdad.

—¿Y anoche? Supongo que esperabas ponerme en contra de Austin otra vez.

A Lydie le palpitó el corazón.

—Claro.

—¿Entonces por qué no lo hiciste? Lydie volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé. Tal vez temía que Austin no fuera tan crédulo la segunda vez.

—Una cualidad que él y yo compartimos.

Las primeras gotas de lluvia cayeron sobre el rostro de Lydie, como agujas.

—Bueno, no habrá más intentos —dijo fingiendo despreocupación —. Y no tendrás que preocuparte por pensar cómo librarte de mí. Me marcharé de Greystones en cuanto sea posible.

—Me temo que no —dijo Marius, su voz era tan fría como la lluvia.

—¿Qué quieres decir? —dijo Lydie, contenta por la fría brisa que se cernía sobre ellos, porque así podía pretender que sus temblores se

debían al frío.

—No te vas a escapar tan fácilmente, virgencita —dijo Marius con desprecio—. Exiliarte es una solución muy fácil comparado con lo que tengo planeado para ti. Lydie se puso tensa,

—Espero que no pretendas que continúe con ese compromiso que has inventado.

—Oh, no. He decidido no seguir ese camino —dijo Marius con una fría sonrisa—. En lugar de eso, voy a aceptar la sugerencia de Austin de hacer las cosas cuanto antes —dijo, Lydie se sobresaltó—. Aunque sólo nos casaremos por el juzgado. La idea de intercambiar los votos sagrados contigo, mi traicionero ángel, me revuelve el estómago.

—No lo dirás en serio —dijo Lydie con desesperación—. No puedes decirlo en serio. No, después de todo lo que has dicho.

—¿Por qué no? —dijo Marius con cinismo—. En cuanto a Austin, le bastará con una boda civil, despejará las dudas sobre mi honorabilidad. Y en cuanto a ti… —hizo una pausa—. Bueno, en cuanto a ti, virgencita, será el precio que tengas que pagar por mi silencio. No diré nada de la trama Hatton, a cambio de público respeto e íntima complacencia.

Habló más despacio.

—Físicamente, eres todo lo que un hombre puede desear. Era mucho pedir que además tuvieras un alma acorde a tu cuerpo, así que aprovecharé lo que pueda. Al menos, a diferencia de la mayoría de los recién casados, empezaré sin hacerme ilusiones. Y tú tampoco debes hacerte ilusiones, pequeña. Casándome contigo te tendré bien atada, donde pueda vigilarte. Que tu familia y tú sigáis manteniendo el estilo de vida que lleváis, dependerá de tu buen comportamiento a partir de ahora. La roca húmeda donde Lydie se apoyaba parecía la única realidad sólida en un mundo que se había vuelto loco.

—Pareces muy seguro —dijo con voz grave— de que voy a aceptar este trato antinatural.

—Y tú pareces pensar que tienes otra elección.

—Siempre podría decirte que te fueras al infierno. Me parece que tu comportamiento en todo esto no es precisamente intachable.

Llovía con mayor intensidad y el viento era más fuerte, pero Lydie apenas se daba cuenta, sólo podía pensar en el hombre que tenía frente a ella.

—Comparado contigo, soy un santo. Además, no debes olvidar lo que podría pasarle a los Hatton.

—Me estás amenazando, estás amenazando a mi familia.

—Al menos, dejo claras mis intenciones —replicó Marius con dureza—. Tu hermano, por ejemplo. Puede perder su trabajo de

director de ventas, podría darle un puesto de menor importancia, para que hiciera menos daño del que hace, o podría contribuir a incrementar las estadísticas de parados. Eso —añadió con voz suave— depende enteramente de ti.

Hizo una pausa.

—Y fíjate en esa galería que utilizas para entretenerte. Si te reclamo el préstamo, ¿podrías pagarlo? Creo que no.

—Pero no sólo me estarías haciendo daño a mí —dijo Lydie con voz temblorosa—, también está Nell.

—Ya lo sé, pero en toda guerra hay víctimas inocentes. Se hizo un tenso silencio, luego Marius prosiguió. —Estoy seguro de que no tengo que mencionarte otras opciones, que te parecerían igualmente desagradables. Lydie sabía que se refería a Debra y negó en silencio, moviendo la cabeza.

—Ya sabía que no. Bueno, la conclusión es esta, Lydie: puedes enfrentarte a mí y perder o puedes aceptar mis condiciones.

—Marius —susurró—, no hagas esto, por favor.

—¿Estás suplicando? —le preguntó Marius con tono de burla—. Es un poco tarde para eso. Sólo tienes que recordar, cariño, que hace pocos años te habría dado todo, incluidos mi cuerpo y mi alma. Pero tú no los quisiste, preferías el premio gordo para ti sola. Pues muy bien —dijo—, ahora las cosas son al revés. Y te advierto que, aceptando, vas a ahorrarte mucho sufrimiento.

—¿Y cómo no voy a sufrir con la clase de relación que sugieres?

—Pensando en lo terribles que serían las alternativas. Es un buen trato, Lydie, muchas mujeres venden su alma por mucho menos —dijo Marius, miró al cielo y frunció el ceño—. Y ahora será mejor que nos pongamos a cubierto. No quiero que mueras de neumonía antes de que cerremos el trato.

Sin darle tiempo a reaccionar, la agarró de la mano y la llevó, por la ladera por donde había subido ella, a su coche. Cuando corrían, vieron un rayo, oyeron el trueno inmediatamente después y los cielos se abrieron.

Al cabo de unos momentos estaban empapados, corriendo casi a ciegas por la pendiente, con las ropas pegadas al cuerpo.

Las sandalias que llevaba Lydie resbalaban sobre el prado mojado. A punto de caerse, gritó.

Con un movimiento rápido y lleno de destreza, Marius la levantó agarrándola por la cintura. La apoyó en su cadera y corrió cargando con ella hasta el Corsa de Lydie.

—Las llaves del coche —ordenó Marius.

Lydie las buscó en los bolsillos empapados y se las tiró. A los pocos

segundos, el coche estaba abierto y Marius la empujó al interior y se sentó a su lado. Luego se apoyó sobre el respaldo del asiento y cerró los ojos, jadeando.

La lluvia golpeaba sobre el coche como si quisiera entrar. Hacía un ruido ensordecedor en el techo y caía en regueros por los cristales.

Era como estar atrapado en el interior de una cascada.

Lydie estaba empapada. Sus pantalones vaqueros azul claro habían adquirido un color azul marino y la camisa, empapada, era como una incómoda segunda piel. Se miró y observó cómo la tela se adhería a sus senos. Se había vuelto casi transparente y se destacaban las aureolas oscuras alrededor de sus pezones, erguidos por el frío y el agua.

Habría dado igual que estuviera desnuda.

Se giró para buscar el suéter que había dejado en el asiento de atrás y vio que Marius la estaba mirando, como hipnotizado, mordiéndose el labio, fijándose en su camisa empapada.

El silencio se hizo eléctrico. Lydie no sabía si el golpeteo que oía era el ruido de la lluvia o los latidos de su corazón.

Trató de decir algo, hacer algún chiste acerca del tiempo, cualquier cosa que aminorase la tensión entre ellos, que rompiera la intimidad forzada de aquella prisión en que se había convertido el coche, pero Marius estiró el brazo y le acarició los labios con un dedo.

Lydie suspiró. Sentía su sangre correr por las venas. Marius le apartó el cabello mojado del cuello y de la nuca antes de acariciarlos.

Lydie se estremeció.

Marius rodeó la base de su cuello y metió la mano debajo de la camisa, moviendo el pulgar rítmicamente, sobre la delicada piel, registrando el pulso acelerado de Lydie.

Sin vacilación, Marius llevó la mano hasta el hombro y un poco más abajo, deteniéndose a pocos centímetros de su pecho ardiente.

Lydie quería que la tocara, que le desabrochara la camisa y tomara los pezones en su boca. Quería sentir la bendición de sus labios y de su lengua sobre su piel caliente.

Nunca en su vida, pensó con asombro, había deseado tanto algo. Nunca había deseado tanto a nadie. Era como si hubiera sido creada para satisfacer a aquel hombre, en aquel momento.

Se inclinó hacia delante y lo besó en la boca, acariciando suavemente sus labios fríos. Al mismo tiempo, Marius deslizó los dedos sobre sus pezones erguidos, enviando oleadas de placer y deleite a través de su cuerpo.

Pero no era suficiente. Deseaba todo lo que Marius podía ofrecer, porque ella quería darle todo lo que tenía.

Con un débil quejido, le agarró la otra mano y la puso en su vientre, suplicándole en silencio que le concediera el placer de aliviar su deseo.

—Creo que no —susurró Marius, y volvió a apoyar la espalda en su asiento.

Lydie lo miró. Tenía la mirada perdida, como si estuviera a un millón de kilómetros. Luego lo vio torcer el gesto y volverse para mirarla. Estaba desconcertada.

—No... lo entiendo —dijo con voz grave y vacilante —dijo.

—No hago el amor en un coche desde que era adolescente. Además... no quiero que nada estropee la magia y belleza de nuestra noche de bodas, virgencita.

—Maldito seas —susurró Lydie con rabia—. Ojalá te pudras en el infierno.

—Cuando vaya —dijo Marius con suavidad—, te llevaré conmigo —dijo, y limpió la ventanilla con la manga de la camisa—. La tormenta está amainando. Voy por mi coche.

Lydie había perdido toda la excitación, todo el ardor, y sentía frío.

Marius la agarró por la barbilla.

—No pongas esa cara, cariño. Al menos, nuestro matrimonio tiene algo de ventajoso. Y ninguna mentira puede cambiar eso.

Volvió a besarla, brevemente, y se fue.

Inclinada sobre el volante, Lydie lo observó perderse carretera abajo.

Aquello, pensaba, era un adelanto de lo que sería su relación. Sexo sin amor, pasión sin ternura, una fiebre, una enfermedad, sin remedio.

Aquél era el precio de su silencio.

Y no era más que el principio. Ante ella, en el futuro, Lydie sólo podía ver tristeza, desolación, y una soledad tan fría y profunda como un océano.

Capítulo 9

LYDIE no habría podido recordar cómo volvió a casa. De repente, se encontró en el camino de entrada sin saber cómo había llegado hasta allí.

Un sexto sentido le dijo que aparcara en su sitio habitual, como haría en cualquier ocasión, y así lo hizo, aunque sabía que ya nada volvería a ser normal.

Corrió al interior, con la cabeza agachada y subió las escaleras de dos en dos, para dirigirse a la habitación de Debra.

Durante todo el camino, su mente había sido un torbellino, tratando de digerir las acusaciones que Marius le había dirigido.

Su sospecha de que su madre no había dicho toda la verdad se había visto confirmada.

¿Por qué lo habría hecho?, pensó con rabia. ¿Para que Jon ocupara el sitio de Marius? ¿Creía de verdad que iba a salirse con la suya?

Lo cierto era que así había sido durante cinco años, hasta que Marius, contra todo pronóstico, había vuelto. «A esto nos ha llevado su corazón de piedra», se dijo pensando en Debra. «No puede esperar que actúe como chivo expiatorio de sus mentiras, que pague un precio tan alto sólo para salvarla. Tendrá que hablar con Marius, persuadirlo de que la verdad sólo puede hacer daño a Austin, a quien todos queremos. Tal vez diciéndole eso se muestre más flexible».

Cuando llegó a la habitación de Debra, encontró la puerta abierta y su única ocupante era la señora Arnthwaite, que estaba cambiando las sábanas.

—Oh —exclamó Lydie—. ¿Se le ha pasado a mamá el dolor de cabeza?

—Supongo que sí —dijo la señora Arnthwaite poniendo las fundas de las almohadas—. Se ha ido a Wheeldon Grange dos o tres días. Hubo una anulación de última hora, así que pudo conseguir una plaza.

A Lydie le palpitó el corazón. Wheeldon Grange era un balneario muy exclusivo especializado en tratamientos de belleza y dietas de adelgazamiento, la Meca de las personas con exceso de peso. Pero la intimidad de sus clientes estaba rigurosamente garantizada. Lydie tenía más probabilidades de entrar en Fort Knox que de conseguir hablar con su madre si estaba en aquel lugar.

Y su madre lo sabía bien, pensó. Había elegido aquel lugar deliberadamente.

—¿Sabes cuándo volverá? —dijo con voz hueca.

—No lo sé —dijo la señora Arnthwaite, metiendo la última almohada en su funda, con un gesto triunfal.

—Ya. ¿Está mi hermano en casa?

—No, ha ido a Thornshaugh a ver a su novia. Me dijo que no volvería hasta muy tarde —replicó la señora Arnthwaite extendiendo la colcha sobre la cama con simétrica precisión.

Luego se dio la vuelta y frunció el ceño al ver la triste figura de Lydie.

—Vaya, ¿qué es lo que ocurre? —dijo y cruzó la habitación. Lydie notó que una mano llena de ternura le acariciaba el cabello y tuvo un abrumador deseo de echarse en brazos de la criada y sollozar.

—Pequeña, estás empapada, y helada —dijo la señora Arnthwaite con desaprobación—. Ven conmigo, deprisa.

Lydie, demasiado apesadumbrada para discutir, obedeció.

Antes de darse cuenta, estaba sumergida en un baño vaporoso y perfumado, con unas toallas y un albornoz preparados. Era maravilloso, pensó, ver que alguien se hacía cargo de ella y la cuidaba. Era maravilloso que le enjabonaran el pelo y que se lo secaran. Todavía más maravilloso fue encontrar el fuego de su habitación encendido, con un sillón frente a él, y una bandeja con un tazón de caldo de pollo, un trozo de pan caliente y un platito con mantequilla.

Que la trataran así, la señora Arnthwaite además, era más de lo que había podido esperar.

—El señor Austin no volverá del campo de golf hasta la hora del té. Ha ordenado que esta noche cenemos asado, pero esto te servirá para reponer fuerzas.

—Claro que sí —dijo Lydie con una sonrisa—. Has sido muy amable.

—Y cuando termines de comer te vas a echar en la cama a descansar. Estás sola en casa, así que nadie puede molestarte —dijo la señora Arnthwaite con tono maternal—. Te llamaré a tiempo de que bajes a tomar el té —dijo saliendo de la habitación, pero se detuvo en la puerta y la miró con una sonrisa—. El señor Marius también vendrá a tomar el té.

Bueno, aquella sonrisa explicaba el cambio de actitud de la señora Arnthwaite, pensó Lydie. Ya no era una intrusa, sino la futura señora de la casa, lo que era muy distinto.

Si no estuviera tan triste, habría sido divertido.

Lo que sí la alegró fue escuchar que Jon había ido a ver a Nell. Tal vez al tener su futuro en la fábrica tan comprometido, su relación se fortaleciera. Ciertamente, su hermano necesitaba el apoyo de Nell más que nunca y que reconociera al menos eso era ya un paso en la dirección adecuada, se dijo con un pequeño suspiro, y empezó a

comer. Sus propios problemas, sin embargo, era asunto muy distinto.

Terminó de comer y se recostó sobre el sillón, observando el fuego.

De repente tuvo una sensación de claustrofobia. Se acercó a la ventana, la abrió y respiró profundamente. El tiempo mejoraba y empezaba a salir el sol. El aire estaba fresco por la reciente lluvia y el olor de la hierba se mezclaba con el intenso perfume de los lechos de rosales y la lánguida y gloriosa fragancia de los lirios que trepaban por las paredes de la casa.

Lydie se puso tensa al sentir la evocadora dulzura de aquellas flores, despertando los recuerdos de aquella lejana noche que había pasado con Marius, unos recuerdos agradables y dolorosos al mismo tiempo. El perfume de los lirios siempre le había hecho evocar la luz de la luna derramándose sobre la cama, el cálido cuerpo de Marius, la sensual caricia de sus manos y de sus labios, despertando siempre su deseo.

Y hacía menos de dos horas, durante breves momentos, había vislumbrado el mismo deleite, conocido el mismo deseo doloroso e intenso.

Pero no era lo mismo, pensó Lydie tristemente. No podía ser lo mismo, porque todo lo que Marius le ofrecía era una pasión puramente física, sin ninguna de las dulzuras del amor. Y eso, para ella, nunca sería suficiente. Se estremeció y se apartó de la ventana. Tal vez dormir le sentaría bien, pensó metiéndose en la cama y tapándose. Al menos podría olvidar sus problemas. Pero incluso durmiendo le daba la impresión de que no había escapatoria. No dejó de soñar. Atravesaba paisajes extraños, rodeada de rostros desconocidos; cuando trataba de hablar no podía, todo lo que tocaba se disolvía convirtiéndose en nada. Y más allá, había voces que se burlaban de ella, que pronunciaban su nombre.

Una de las voces era más alta, más persistente. Sintió que la sacudían, no de forma brusca, pero si lo suficiente para despertarse con un pequeño grito de temor.

Se sentó con un sobresalto y se apartó el pelo de la cara. Marius estaba junto a la cama.

—Si te he asustado, lo siento —dijo con fría formalidad—. He venido a decirte que Austin ha vuelto y ha pedido el té —dijo, y añadió—: Y ha traído un invitado.

Lydie estaba desorientada.

—¿Quién?

—George Foxton —dijo Marius. Se trataba del mejor joyero de Thornshaugh—. Parece ser que se ha encontrado con él en el campo de golf y que lo ha convencido para traer una selección de anillos para

que puedas escoger.

—¿Anillos? —repitió Lydie con asombro. Marius asintió.

—Austin quiere formalizar nuestro compromiso cuanto antes —dijo Marius frunciendo los labios—. Supongo que no tienes nada que objetar.

—Tengo un millón de objeciones —dijo Lydie con una expresión desafiante—, pero no creo que te importe lo más mínimo.

—Empiezas a aprender, virgencita.

«Sí», pensó Lydie, «a fuerza de golpes».

—Austin no ha perdido el tiempo.

Marius se encogió de hombros.

—Probablemente piensa que ya se ha perdido demasiado.

—Bueno —dijo Lydie, estirándose—. Quizás será mejor que me vista.

—Quizás —dijo Marius y la miró con intensidad por un instante.

Lydie, siguiendo la dirección de su mirada, se dio cuenta de que los pliegues de su bata se habían abierto y estaba casi desnuda de cintura para arriba. Se sonrojó y se cubrió rápidamente. Marius sonrió.

—Pero puedes tardar un poco, ya le he dicho que iba a ducharme.

En aquel momento, Lydie se dio cuenta de que llevaba la misma ropa que en el páramo.

—¿Acabas de volver? Marius, por Dios, vas a pillar una pulmonía.

—Siento decepcionarte —dijo Marius con desdén—, pero para eso hace falta algo más que una tormenta de verano. Sin embargo, agradezco tu preocupación de esposa —añadió con sarcasmo—, sonaba muy sincera. Seguro que has estado ensayando, cariño. ¿Por qué no completar la imagen viniendo conmigo para frotarme la espalda?

Por un instante, la imagen de Marius desnudo, bronceado, bajo el chorro de agua se apoderó de su mente. Casi podía oler el húmedo aroma de su piel, sentir sus músculos mientras le acariciaba los hombros, y la espalda...

—Me temo que mi preocupación no llegue hasta ese punto.

—Ah, bueno —dijo con una sonrisa devastadora—. Todavía es pronto, ya verás cuando pase algún tiempo.

Lo observó caminar hasta la puerta y tuvo la tentación de llamarlo. En cuanto cerró la puerta, se levantó y corrió al armario.

Sacó un vaquero y una sudadera, pero recordando su condición de anfitriona, y en deferencia a las preferencias de Austin, eligió un vestido estrecho, blanco y negro. Se cepilló el pelo, se hizo una coleta y se calzó unos zapatos bajos. Un poco de maquillaje serviría, pensó. Un toque de colorete, un poco de lápiz de ojos y otra pizca de carmín

de labios rosa.

Se levantó y se miró al espejo, tratando de verse con objetividad. Estaba lista, se dijo, tan lista como podía estar para semejante farsa.

Marius se unió a ella en el pasillo. Llevaba pantalones grises y una camisa blanca muy clásica, remangada, dejando al descubierto sus bronceados antebrazos. Lydie se dio cuenta de que se ruborizaba ligeramente al recordar su reciente fantasía.

También notó que Marius la examinaba de arriba abajo.

—Me gusta ese vestido tan recatado —dijo—. Es casi tan excitante como tu reciente *striptease*. ¿Es tu nueva imagen?

—¿El qué? ¿Esta antigualla? —dijo Lydie agarrando el vestido con los dos dedos—. Dios mío, Marius, has estado fuera demasiado tiempo.

Marius frunció el ceño.

—Eso es algo que no necesito que me recuerdes, créeme.

El deje sombrío de su voz le dio escalofríos a Lydie. Había algo cruel en ella, algo implacable. Incluso si Debra lo confesaba todo y suplicaba su perdón, no había ninguna garantía de que sirviera de algo.

—Lo siento —dijo, agachando la mirada—. He dicho una estupidez.

—O una imprudencia.

—Por otro lado —prosiguió Lydie con valentía—, no podemos medir nuestras palabras hasta ese punto.

—¿Qué sugieres? ¿Una tregua?

«No», exclamó Lydie en su interior. No quería una tregua, sino una paz duradera. Y si Marius le ofreciera los brazos, se echaría en ellos para permanecer allí el resto de su vida.

Apretó los puños, y casi se clavó las uñas.

—Supongo que sí —dijo encogiéndose de hombros.

—No me gustan las treguas, virgencita —dijo con suavidad—. Prefiero la rendición incondicional.

—¿Y si a mí me parece inaceptable?

—Austin nos espera —dijo Marius—, así que, desgraciadamente, no tenemos tiempo de discutir los términos de la rendición. Es un placer que reservo para más adelante —dijo, y vio que Lydie hacía una mueca—. Sólo uno de los muchos que tendremos, por supuesto. Bueno, ¿bajamos? —dijo ofreciéndole una mano.

—Lo que nunca entenderé —dijo Lydie entre dientes—es por qué Austin ha permitido que vuelvas. Marius sonrió todavía más.

—Quizás, cariño, no ha tenido elección. Igual que tú.

Durante un largo instante, se miraron, luego Lydie giró sobre sus

talones y bajó las escaleras.

Marius la alcanzó en la puerta del salón, y le puso la mano en el hombro.

—En honor del invitado de Austin, creo que deberíamos adornar un poco nuestra farsa.

Marius tiró de ella y la besó en la boca, muy lentamente, y le acarició un pecho al mismo tiempo.

Para Lydie fue como si la tierra temblara y luego se quedara inmóvil, envolviéndolos en un silencio ardiente.

Separó los labios. Estaba abrumada por la proximidad de su cuerpo, por el fresco e intenso aroma de su piel, por la fricción suave insistente que hacía sobre su pezón y, sobre todo, por el bulto que notaba en sus pantalones.

Cuando, finalmente, la soltó, se apoyó en él. Le temblaban las piernas y tenía la respiración jadeante. Miró a Marius, pero éste parecía completamente inmóvil, frío.

Marius la miró con detenimiento y asintió.

—Eso está mejor —murmuró—. Al menos ahora pareces una...

—Por favor, no digas una mujer enamorada —le replicó Lydie con rabia, mientras trataba de tranquilizarse—, me daría asco.

Marius apretó los labios.

—A lo mejor una mujer excitada es más apropiado. Da igual, es el efecto que yo quería, mucho mejor aún. Es algo, cariño, que no puedes ocultar, que no puedes fingir.

Se adelantó a ella y le abrió la puerta del salón, con exagerada cortesía.

Austin y George Foxton entraban por las puertas del jardín.

—Ah, aquí estáis —dijo Austin, evidentemente, estaba de buen humor—. George tiene una pequeña sorpresa para ti, querida —dijo señalando un maletín negro con la cabeza—. Es sólo una pequeña selección, por supuesto. Si nada te convence, puedes elegir una piedra y te harán el anillo que quieras.

Lydie estaba pendiente de la presencia de Marius.

—No creo que haga falta llegar a esos extremos, cualquier cosa me gustará.

—¿Cualquier cosa? —dijo Austin con decepción.

—Creo que Lydie se refiere a que no necesita diamantes para recordar lo felices que somos —intervino Marius y miró a Lydie sonriendo—. Piensa en ello, cariño, como en un símbolo de nuestro amor.

Marius condujo a Lydie a la mesa, la sentó en una silla, y George Foxton abrió el maletín ceremoniosamente.

A pesar de la rabia y la inquietud que sentía, Lydie dio un respingo cuando el señor Foxton apartó la cubierta de terciopelo y vio las piedras preciosas.

«Éste podía haber sido el momento más feliz de mi vida», pensó admirando el brillo de los diamantes, y los ojos se le llenaron de lágrimas, que afortunadamente pudo contener.

—Son muy hermosas —dijo con voz grave, luego se volvió y miró a Marius—. Elígelo tú.

Era consciente de su brazo, apoyado sobre uno de sus hombros, del calor de su aliento sobre la mejilla.

—Éste, creo —dijo Marius y tomó una sortija de oro con un gran diamante rodeado de diamantes más pequeños.

—Una elección excelente —dijo el señor Foxton con una sonrisa.

Absurdamente, deseó que la sortija no le sirviera, que fuera necesario hacer algún ajuste para así retrasar el momento de lucir un signo tan obvio de que pertenecía a Marius, de que se sometía a su voluntad.

Pero se deslizó con suavidad en el dedo. Oyó que el señor Foxton la felicitaba, luego Austin le dio un abrazo y Marius le agarró la mano y la besó.

—Diré que traigan el té —dijo ella con una sonrisa forzada.

—Al diablo con el té —declaró Austin—. Le he dicho a la señora Arnthwaite que ponga champán en la nevera.

La señora Arnthwaite entró, con más felicitaciones. La sonrisa de Lydie se había convertido en un gesto permanente. Bebió champán, tratando de infundirse ánimos, con el deseo de mitigar el frío que sentía en su interior.

El señor Foxton se deshizo en sonrisas al despedirse, pero Lydie sabía que se estaría preguntando qué relación tenía aquel compromiso con la repentina vuelta de Marius y si la ausencia de Debra tenía algún significado.

Pero no haría ninguna pregunta, ningún comentario. Era amigo de Austin desde la infancia y otro de los pilares de la sociedad de Thornshaugh, sujeto por tanto a sus leyes de discreción.

Cuando se fue, Austin insistió en servir más champán.

—Es un día para ser recordado —dijo ofreciéndole un vaso a Lydie, haciendo caso omiso a sus protestas—. Hacía mucho tiempo que en esta casa no pasaba algo que mereciera la pena. Un nuevo principio de todo. Eso es lo que nos hace falta.

Pero cómo era eso posible cuando quedaban tantas cosas sin decirse, pensó Lydie, cuando entre ellos había tantos silencios y medias verdades. ¿Podían olvidarse de todo eso, como Austin parecía

pensar?

Y, lo más importante, ¿podían Marius y ella construir una relación, esperar algún tipo de felicidad, con unos cimientos tan peligrosos?

Pero Marius no quería una relación, se recordó con desolación. Sólo se casaba con ella por venganza, para hacerle pagar un pecado que no había cometido.

—Estábamos pensando en una boda tranquila —dijo Marius—. En el registro de Thornshaugh, en cuanto nos den fecha.

Austin lo miró con terquedad.

—Lo celebraremos igualmente, nada de hacer las cosas a escondidas.

—Naturalmente —asintió Marius—. Pero hay demasiado que hacer en la fábrica como para permitir una boda por todo lo alto. Tendremos que posponer el viaje de novios. Es una suerte que Lydie sea tan comprensiva.

—Bueno, no puedo decir que lo sienta —admitió Austin—. Nunca me ha gustado lucirme por ahí con el traje de pingüino, ésa es la verdad.

—Además —añadió Marius suavemente—, no puedo estar esperando meses par mandar las invitaciones, hacer los preparativos y a que le hagan a Lydie el traje de novia. ¿Verdad que no puedo, cariño?

Su mirada era un desafío, sus palabras un reto para que hablara.

—No —dijo Lydie, y fue una amenaza.

Su mano parecía más torpe, más insignificante ante la magnificencia de la sortija. Le quemaba como un fuego de hielo.

Como la pasión sin amor, pensó. Era un fuego de hielo que podía consumirla hasta destruirla por completo.

A no ser que pudiera encontrar el modo de escapar en el poco tiempo que le quedaba. Un salida que no derrumbara el modo de vida de aquellos a quienes amaba.

«Encontraré el modo de escapar, tengo que hacerlo».

Capítulo 10

EL PRIMER impulso de Lydie fue marcharse en el coche, poner tantas millas como fuera necesario entre ella y todas aquellas mentiras.

Pero el sentido común le decía que no sería tan fácil librarse de sus ataduras.

¿Cómo podía irse y dejar sola a Nell, abandonar la galería?, se preguntó con desesperación. ¿O marcharse sin decirle a Austin una sola palabra? No era posible.

—Bueno, tengo algunas cartas que escribir —dijo Austin poniéndose en pie—. Seguro que tenéis mucho de qué hablar entre vosotros —les dijo guiñando un ojo antes de salir de la habitación.

—La verdad es que tengo muchas cosas que hacer —dijo Lydie—. Si me disculpas.

—No tan deprisa, virgencita —dijo Marius con voz implacable—. Quiero que queden claras unas cuantas cosas.

—Yo creía que ya lo habíamos dicho todo —dijo Lydie irguiendo la barbilla—. Yo soy una marioneta en todo esto, tengo que bailar al son que tú dictes.

—No lo digas con tanta tristeza, cariño —dijo Marius burlonamente—. Espero que lo que te molesta no sea que no podamos irnos de viaje de novios. Te prometo que es sólo un aplazamiento, no una cancelación.

—No me importa lo más mínimo —replicó Lydie con aspereza—. De hecho, me pregunto hasta dónde serás capaz de llevar— esta farsa.

—Extraña palabra para describir mi honorable proposición de matrimonio... y tu aceptación.

—¿Aceptación? —dijo Lydie con una carcajada—. Querrás decir tu coerción —dijo, se levantó y se acercó a las puertas del jardín—. Todo me parece surrealista. Elegir el anillo como si fuera un ritual, Austin fingiendo que le complace...

—A Austin le complace —dijo Marius—. Es un hombre convencional. Para él, nuestro matrimonio es un modo de abandonar el pasado definitivamente. Su único error es asumir que mi motivación es la misma que la suya. Lydie se estremeció y se cruzó de brazos, como si quisiera protegerse de algo.

—Marius, no lo hagas, por favor. Vamos a poner fin a esto, te lo ruego.

—¿Cómo voy a darlo por terminado, virgencita, si sólo acaba de empezar?

Lydie se apoyó en la puerta acristalada y salió al jardín.

—¿Te vas, Lydie? De poco te valdrá, cariño. Si huyes, te seguiré.

—Necesito respirar un poco de aire puro —le dijo Lydie dándose la vuelta—. Estoy segura de que lo comprendes. Y, como te he dicho, tengo cosas que hacer.

No era cierto. No tenía nada que hacer, no tenía ningún plan. Era sólo que no podía pasar el resto de la tarde recluida con Marius.

La situación era muy peligrosa y ella era demasiado vulnerable para resistir la tentación si ésta llegaba. Porque Marius, sin duda, se proponía jugar al gato y al ratón con sus sentimientos.

Pero no podía pensar en ello. Debía aprender a ignorar las voces insidiosas que no dejaba de escuchar en su cabeza y que le decían, a pesar de todo, si se separaba de él para siempre, acabaría con el corazón hecho pedazos, sufriendo para toda la eternidad.

Y no quería oír aquellas voces. Porque no podía permitirse amarlo, no podía permitirse aceptar la vergonzosa relación que él estaba proponiendo.

El aire era fresco, volvió a sentir escalofríos, pero no quería volver a la casa. Recordó que se había dejado un jersey en el coche.

En diferentes circunstancias, habría conducido hasta la ciudad y le habría abierto su corazón a Nell. Pero si estaba haciendo las paces con Jon, no podía interrumpirlos.

No, no podía ir a la galería. Pero al pensar en la galería recordó que tenía un asunto pendiente.

El dinero de las acuarelas de Corbin, pensó buscando en la guantera del coche. Su bolso seguía allí y el cheque con él.

Quarry Row, como su nombre indicaba, había sido construido originalmente para acomodar a los trabajadores que trabajaban en la cantera de la colina. Pero la empresa que explotaba la cantera había cerrado y la mayoría de las casas estaban abandonadas y casi derruidas.

Era un lugar solitario, pensó Lydie al aparcar al final del camino. Poca gente podía pensar en vivir a tanta distancia del pueblo más cercano y sin vecinos próximos. Aunque tal vez fuera un sitio adecuado para una persona con temperamento artístico, pensó.

La puerta de la verja de la última casa se abrió con un chirrido de las bisagras. Al avanzar por el camino de cemento, lleno de grietas, Lydie se fijó en un tendedero de ropa metálico que estaba en una esquina del jardín, y del que colgaba ropa de niño.

Una chica abrió la puerta de la casa y la observó.

Era de estatura mediana, con el pelo corto y los ojos azules. Estudiaba a Lydie con la mirada sin darle la bienvenida. Llevaba

vaqueros y sudadera. Daba la impresión de ser una mujer dura, capaz y tal vez agresiva.

Lydie le dirigió una sonrisa que no obtuvo respuesta.

—¿Eres Darrell Corbin? ¿He acertado?

—Eso depende de a qué haya venido, señorita Hatton —dijo la chica con descortesía.

—Oh —exclamó Lydie perpleja—. Entonces, ¿sabes quién soy? ¿Sabes por qué estoy aquí?

—Más o menos.

Lydie sentía verdadero estupor ante aquel recibimiento, pero decidió perseverar.

—Tengo buenas noticias para ti.

—Lo dudo —respondió Darrell Corbin con brusquedad—. Aunque supongo que esta visita no tenía que pillarme de sorpresa. ¿De qué se trata, de comprarme otra vez?

Lydie estaba atónita. Tal vez aquella chica fuera una gran artista, pero estaba loca.

—Yo no lo diría así.

—Bueno, pues yo sí —dijo Darrell Corbin avanzando—. Así que vuelva por donde ha venido, señorita Hatton —pronunció su nombre como si fuera una obscenidad—, y llévese su sucio dinero. No lo quiero.

—¿Dinero sucio? ¿De qué diablos está hablando? He venido de buena fe...

—¿Buena fe? —dijo Darrell Corbin con desprecio—. Usted no sabe lo que significan esas palabras. Ni usted ni nadie de su familia.

—Espere un momento —dijo Lydie, que empezaba a enfadarse—. No tiene ningún derecho a decir cosas como ésa.

—Me parece que no pensamos igual, señorita Hatton. Creo que tengo derecho a decirlo, dadas las circunstancias. Pero, al contrario de lo que usted pueda pensar, no he vuelto para crear problemas, he vuelto porque mi padre estaba enfermo y me necesitaba. Ha muerto —dijo apretando la mandíbula—, así que me doy cuenta de que no hay nada que me ate a este lugar, pero no quiero nada más de ustedes.

—Tiene que haber algún error —dijo Lydie tratando de encontrarle un sentido a aquel torrente de palabras amargas e incoherentes.

—Lo había —dijo Darrell Corbin con acritud—, yo lo cometí. Pero no quería el dinero, y no habría tocado un penique si hubiera sabido de dónde venía.

Apartó la mirada de Lydie, y miró hacia el horizonte.

—Era a él a quien quería, pobre tonta, aunque desde el principio sabía que no funcionaría. Que él no sentía lo mismo. No fui nada más

que un desliz, una diversión.

Lydie la oía como si estuviera a gran distancia, atrapada en un sueño del que no podía despertar.

No quería oír nada más. Quería taparse los oídos, cerrar los ojos. Pero al mismo tiempo sabía que nada la habría apartado de allí, porque tenía que saberlo todo.

—En cualquier caso, yo no tenía por qué dar a luz a su hijo. Eso fue mi elección. Ni siquiera quería que él lo supiera, fue mi padre quien se lo dijo. No era malo, sólo era un hombre débil. Siempre tenía problemas de dinero, sobre todo después de la muerte de mi madre. Se lo gastaba todo en el pub o en las apuestas. Y cuando se enteró de lo del niño, dijo que yo tendría que cuidar de él y que había hablado con el señor Benedict.

—Oh, Dios.

—Cuando me lo dijo, me sentí avergonzada. Era dinero sucio, y lo peor era que usé parte de él para comprar cosas para el niño —dijo mirando a Lydie con agresividad—. Pero no toqué ni un céntimo más y nunca lo haré. Dígaselo. Y no crea que puede venir aquí y comprarme, señorita Hatton, porque no estoy en venta. Además, me iré muy pronto, al sur, así que no tiene que preocuparse.

Se oyó la voz de un niño.

—¡Mamá!

Y el pequeño apareció corriendo por la esquina de la casa. Al ver a Lydie, se detuvo, con timidez.

— Ven aquí, cariño —dijo Darrell Corbin y tomó al niño en brazos. Luego observó a Lydie—. ¿Buscando el parecido, señorita Hatton? No lo encontrará, gracias a Dios se parece a mí.

Retrocedió y le dio a Lydie con la puerta en las narices.

Por un momento, Lydie se quedó allí de pie, incapaz de moverse. Y de repente, echó a correr hacia el coche. Una vez dentro, se sentó, agarró el volante y se quedó con la mirada perdida, sin la menor intención de arrancar el coche.

Así pues, aquella era su rival, la mujer que había atormentado sus sueños durante todos aquellos años. Una chica cuyo único error había sido enamorarse, una chica que había tenido que marcharse de su casa como consecuencia de su amor y que todavía albergaba un profundo residuo de dolor y amargura.

¿Y quién podía culparla?, se dijo Lydie suspirando profundamente.

Como Marius acababa de volver a Thornshaugh, Darrell Corbin había asumido que ella había ido a comprar su silencio, a darle dinero para que volviera a irse. Y que ella, Lydie, estaba al corriente de todo.

Pero no lo estaba, pensó. «Y ojalá hubiera seguido así, ojalá ella

siguiera formando parte sólo de mi imaginación, ojalá no tuviera un nombre ni un rostro. Ojalá nunca la hubiera visto, ni hubiera visto a su hijo, el hijo de Marius».

«Yo lo quería a él», había dicho, y sus palabras se habían grabado en su cerebro. Porque, a pesar de la rabia de aquella chica y de su desprecio, había apreciado en ella una nota de inconsolable dolor. Marius había dejado un legado de pasión tras él en las ruinas de su breve encuentro.

Se daba cuenta de lo mucho que Darrell Corbin debía haber sufrido ante la indiferencia de Marius. Cuánto debía dolerle que le ofrecieran dinero, pensar que no era lo bastante buena para los Benedict.

Y Austin había dado el dinero, pensaba con decepción, para asegurarse de que la chica se iba, evitando así un posible escándalo.

«Oh, Austin, Austin, ¿cómo pudiste...?» Miró el anillo de compromiso y se preguntó si Darrell Corbin lo había visto y había adivinado su significado. «Tenemos mucho en común», pensó con tristeza. «Las dos quisimos a Marius y lo seguimos queriendo, pero nunca le importamos lo más mínimo». Darrell había aprendido a vivir con eso y ella tendría que hacerlo. Porque el amor solo no era suficiente, nunca lo sería. El amor tenía que ir de la mano con la confianza y el respeto para que una relación funcionara. Y eso era algo que, con Marius, ella nunca conocería. Se estremeció.

Tendría que enfrentarse a él, no había más remedio. Tendría que utilizar su comportamiento con Darrell Corbin para librarse de él. Tenía que poner fin a aquel juego de una vez por todas.

«Ella tiene más suerte que yo», se dijo, agarrando el volante hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Al menos ella tenía un hijo, mientras que Lydie no tenía nada en absoluto, ni siquiera esperanzas.

Soltó el volante, se tapó la cara y se echó a llorar.

En el camino de vuelta, ensayó lo que le diría.

Marius esperaba de ella que cumpliera bien con su papel de prometida, pero ella se disponía a hacer la interpretación de su vida.

En el camino de vuelta a Greystones, se detuvo en la estación de servicio local. Entró en el baño para lavarse la cara y borrar las huellas de su llanto con polvos y lápiz de labios. Tal vez fuera sólo una fachada, pero funcionaba. Luego se quitó el anillo y lo metió en el bolso.

«No podré volver a llevarlo», pensó.

Cuando volvía al coche, llegó un Range Rover a la gasolinera y Hugh Wingate descendió de él.

—Hola, Hugh —le dijo con una sonrisa forzada.

—Lydie —dijo Hugh con un ligero sonrojo—. Me asombra que tengas la cara de saludarme.

—Tarde o temprano teníamos que encontrarnos —dijo Lydie con tranquilidad.

—Anoche me evitaste.

—Lo siento —dijo Lydie mordiéndose el labio—, Pero no fui yo quien te invitó.

—¿Es eso todo lo que tienes que decir después de… de tratarme como a un idiota?

Lydie agachó la cabeza.

—Fue imperdonable, lo sé —dijo bajando la voz—. Pero no lo hice a propósito, tienes que creerme.

—No sé si puedo hacerlo —dijo Hugh mirándola con rabia—. Los rumores dicen que has preferido optar por el dinero de los Benedict.

—Pues no deberías dar demasiado crédito a lo que dicen los rumores —dijo Lydie, dando gracias a Dios de que hubiera tenido la feliz idea de quitarse el anillo—. Pero, pase lo que pase, en el fondo de mi corazón estoy segura, Hugh, de que te he hecho un favor. Ya te darás cuenta algún día. No habríamos sido felices juntos.

—¿Y estás segura de que Benedict va a hacerte feliz? —dijo Hugh con amargo sarcasmo—. Mientras pague las cuentas no te importa que se vaya con cualquiera, ¿verdad?

Lydie dejó escapar un suspiro.

—Creo que te equivocas si nos juzgas así, y, de todas formas, no sé a qué viene eso.

—¿No? Esta mañana he estado en Las Tres Herraduras tomando una copa y ¿quién iba a estar allí sino Marius y Nadine Winton? En una esquina, y demasiado embobados el uno en el otro como para darse cuenta de mi presencia.

Así que allí era donde había estado, pensó Lydie con dolor. Por eso ni siquiera se había dado cuenta de que llevaba la ropa mojada. Porque estaba con Nadine. Después de dejarla a ella, había ido en su busca.

Se sentía confusa y vulnerable, tratando de asimilar emociones que ni siquiera entendía, como los celos…

Después de todo lo que había pasado, le seguía importando, le seguía doliendo. ¿Cuándo aprendería?

Se encogió de hombros, tratando de aparentar indiferencia.

—Son viejos amigos. Y Marius tiene libertad para hacer lo que quiera.

—También es un hombre de suerte. Una mujer no sólo hermosa, sino educada para mirar a otro lado cuando conviene. Pensaba que tú

no eras de ese tipo de mujeres, Lydie.

—Creo —dijo Lydie con una sonrisa— que le haces demasiado caso a los rumores.

—Ojalá quisieras escucharme.

Antes de que pudiera apartarse, Hugh la agarró por los brazos y la atrajo hacia sí, buscando sus labios con desesperación.

—Oh, Lydie...

Lydie se dejó besar, pero se quedó inmóvil, sin hacer el menor movimiento, hasta que Hugh la soltó.

—No te gusta, ¿verdad? —dijo Hugh con tristeza.

—No puedo fingir —dijo Lydie con suavidad—. Ya no puedo fingir, pero me gustaría que fuéramos amigos.

Hugh se puso muy tenso.

—Creo que eso es esperar demasiado.

Lydie suspiró.

—Sí, probablemente. Bueno, entonces, adiós, Hugh, y buena suerte.

Se subió al coche y se marchó. Por el espejo retrovisor vio la figura de Hugh, derrotado, observando su partida.

«Lo siento, Hugh, lo siento», pensó con remordimientos. «Contigo habría estado segura y tranquila».

Pero la compasión no tenía nada que ver con el amor, ni la seguridad. Había optado por el peligro y el riesgo, y todo lo que había obtenido era dolor.

Llevaba conduciendo un kilómetro cuando se dio cuenta de que iba en dirección equivocada, alejándose de Greystones. Pisó el acelerador a fondo. No importaba nada, no estaba preparada para volver. Necesitaba algún tiempo para sí misma, para pensar en un futuro que aparecía ante ella desolado y vacío.

¿Pero dónde podía ir? ¿Qué podía hacer?

Lo primero que necesitaba era una cama donde dormir.

Tenía muchos sitios donde elegir. En la zona había muchos hoteles y casas rurales. Sin embargo, Lydie se decidió por un sitio impersonal. Un hotel en mitad del campo, planificado para albergar convenciones y conferencias.

Le dieron una habitación cuadrada con una cama de matrimonio y una decoración vulgar.

El baño, por otro lado, era muy lujoso. La bañera era lo bastante grande como para nadar en ella y había útiles de aseo, varias toallas y un albornoz.

Se desnudó, se dio un baño, se puso el albornoz y se tumbó sobre la cama. Echó una hojeada al folleto que anunciaba las actividades del

hotel. Había varios bares y tres restaurantes, observó arrugando la nariz. Lo último que necesitaba era que algún solitario hombre de negocios se acercara a ella con ánimo de compañía.

Llamó al servicio de habitaciones y pidió café y un sandwich de carne. No tenía apetito, pero el sentido común le decía que la tormenta que sentía en su interior no se calmaría ayunando. Luego, descolgó el teléfono. Su innato sentido de la responsabilidad le dictaba que Austin no debía preocuparse por ella. Sintió un gran alivio al ver que era la señora Arnthwaite quien respondía.

—Por favor, dile al señor Benedict que no voy a ir a cenar. La verdad es que hoy voy a dormir fuera. Estoy... en casa de una amiga.

—Bueno, no sé, señorita Lydie —dijo la señora Arnthwaite desconcertada—. Creo que el señor Benedict ha dicho que la cena de esta noche iba a ser especial —dijo y se interrumpió—. El señor Marius acaba de entrar, quizá sea mejor que...

—Lo siento —dijo Lydie con desesperación—, pero tengo que colgar.

Colgó y se sentó en la cama. Le palpitaba el corazón, pero al menos había conseguido una tregua.

El servicio de habitaciones tardó en llamar, pero, para su sorpresa, el sandwich era excelente, la carne jugosa y suculenta y el pan crujiente y recién hecho. El café era fuerte y fragante. Al contrario de lo que esperaba, se lo comió todo y se sirvió un vaso de vino del mini bar de la habitación.

Cuando llamaron a la puerta, supuso que era el camarero, que volvía a recoger la bandeja.

A la hora de recogerla no había el menor retraso, pensó con ironía y se levantó de la cama, anudándose el cinturón de la bata.

Llevó la bandeja y giró el picaporte de la puerta. La puerta se abrió bruscamente y ella dio un respingo. La bandeja se le cayó al suelo.

—¿Los nervios del compromiso, cariño? —dijo Marius con acritud —. ¿O es que te remuerde la conciencia?

Entró en la habitación y cerró la puerta. Lydie tenía la sensación de haber llegado al final del camino, de un terrible camino.

Capítulo 11

QUÉ ESTÁS haciendo aquí? —dijo Lydie con una voz extraña a sus propios oídos.

—Te dije que si te marchabas te seguiría.

—¿Pero cómo me encontraste? —dijo Lydie y retorció las manos antes de meterlas en los bolsillos del albornoz.

Marius se encogió de hombros.

—Era sencillo. Llamé a la compañía de teléfonos y pregunté el número de la última llamada.

—Claro —dijo Lydie con voz hueca y se agachó a recoger el contenido de la bandeja.

—Deja eso —dijo Marius agachándose para ayudarla—. No ha pasado nada. La vajilla es muy dura y la moqueta también.

Se levantó sin esfuerzo, depositando la bandeja en la mesilla. Luego tiró de Lydie sin la menor delicadeza, hasta ponerla de pie.

—Una elección muy extraña para una cita romántica —comentó Marius mirando a su alrededor—. ¿No has podido encontrar nada mejor?

—No tengo ninguna cita. He venido para estar sola, para pensar. Así que me encantaría que te fueras y me dejaras en paz.

—Está muy mal que digas eso —dijo Marius con una voz acerada —. No me tomes por idiota, virgencita.

—No —dijo Lydie—. Antes te llamaría otras cosas.

—Es un juego al que los dos podríamos jugar —dijo Marius, se aproximó a la cama y se tumbó en ella, cruzando las manos detrás de la nuca—. ¿No te importa que me ponga cómodo mientras espero?

—¿Esperas a qué? —dijo Lydie con voz temblorosa—. ¿A que venga el servicio de seguridad y te eche a patadas? Porque eso es lo que va a pasar si no te vas ahora mismo, te lo juro.

—¿En serio? —dijo Marius, y la miró con desprecio—. ¿Bajo qué condiciones?

—Ya te lo he dicho, quiero estar sola.

—Vamos a intentar ser sinceros por una vez, Lydie. Los dos sabemos que esperas compañía. A no ser, claro, que ya esté aquí, escondido en alguna parte. Hubo un momentáneo silencio.

—¿Compañía? —repitió Lydie lentamente—. ¿Escondido? ¿De qué diablos estás hablando?

—Yo también tenía que salir esta tarde, y en el camino de vuelta tuve que echar gasolina. Pasé por la gasolinera justo a tiempo de ver tu conmovedor encuentro con Wingate —dijo Marius, y al ver que Lydie suspiraba, sonrió con acritud—. Desgraciadamente para ti,

cariño, y en contra de todas las leyes de la probabilidad, pero así fue, cariño.

—Ya sé qué crees que viste, pero no fue así...

—Oh, hazme un favor, Lydie. Ese tipo te estaba besando, y tú no hacías nada por evitarlo.

Lydie estaba a punto de replicar que no se lo había impedido para evitar una escena, cuando se dio cuenta de que aquella podía ser su vía de escape, la única posibilidad de salir de una situación imposible.

—De acuerdo, puede que sea cierto —dijo—. Tal vez las últimas cuarenta y ocho horas de chantaje y presión emociona] me han hecho ver a Hugh bajo una luz más favorable.

Marius se incorporó. Su rostro parecía de acero.

—Espero que no hables en serio.

—¿Por qué no?

—Porque me perteneces, virgencita, en cuerpo y alma.

Aquellas palabras la estremecieron.

—No puedes ser dueño de otra persona. La esclavitud fue abolida hace mucho tiempo.

—Yo hablo de otro tipo de esclavitud —dijo Marius con tranquilidad—. Una en la que te encuentras atado por las cadenas de la sexualidad y de la emoción. Unas cadenas que no puedes romper, por mucho que lo intentes, por mucho que quisieras rechazarlas.

A Lydie le palpitó el corazón, lleno de dolor.

—¿A pesar de que uno se deba a otra persona? —le preguntó bajando la voz.

—No puedes fingir eso, Lydie. Rechazaste a Wingate en público.

—No me refería a mí misma —dijo Lydie con la voz contenida, pensando en Darrell Corbin y en su hijo—. Y quizá no seas tú el único que pasa por alto mi mal comportamiento —dijo—. Al menos, a Hugh no le motiva la venganza. Lo creas o no, me quiere por lo que soy.

—Lo creo, lo creo —replicó Marius apretando los dientes—. Eres una criatura muy deseable, virgencita, a pesar de tus defectos morales.

—¿Cómo te atreves a decirme eso? —dijo Lydie, y le tembló la voz —. Tu propia moralidad no resistiría el examen más superficial, Marius. ¿O es que creías que no lo averiguaría?

—Wingate ha estado muy ocupado —dijo Marius con aspereza—, pero estás ladrando al árbol equivocado, Lydie. No hay nada entre Nadine y yo. Terminamos hace mucho tiempo.

Lydie pensaba que él entendería que se refería a Darrell Corbin. Al no ser así, se quedó desconcertada.

—¿Y tengo que creerte? —dijo.

—Es la verdad —respondió Marius y se levantó de la cama—. Sé tú

también sincera conmigo, Lydie. ¿Estás esperando a Wingate?

Por un instante, Lydie vaciló.

—¿Y qué si es así?

—Pues que se va a llevar una gran decepción —dijo Marius. La suavidad de su voz no la engañó ni por un momento. Estaba muy enfadado—. Aunque debe estar acostumbrado. No puedes jugar limpio con ningún hombre, mi malvado ángel. Lydie se encogió de hombros.

—Si Hugh acepta el riesgo, ¿por qué no me dejas irme con él?

—Ni con él ni con ningún otro. No mientras viva.

—Oh, por favor —dijo Lydie con desprecio—. Ahórrate el dramatismo. ¿Por qué no aceptas que entre nosotros han ocurrido demasiadas cosas como para que tengamos un futuro? ¿Que castigándome lo único que haces es imponerte una carga para toda la vida? —dijo y se le quebró la voz—. No tienes que romper las cadenas, Marius. Yo te estoy dando la llave. Ábrelas y márchate.

—Eres muy elocuente —dijo Marius—. Debes de tener mucho miedo.

—Es más asco que miedo. Ahora, por favor, ¿quieres irte o pido socorro?

—No te atreverías, cariño. No creo que el hotel esté preparado para intervenir en una disputa prematrimonial.

—Di lo que quieras, será tu palabra contra la mía. Y me voy a asegurar de que me crean. Nuestro compromiso ha terminado, Marius, ¿lo ves? —dijo mostrándole las manos.

—Sí, lo veo —dijo Marius apretando los dientes—. ¿Qué has hecho con el anillo, Lydie? ¿Lo has tirado?

—No —dijo y sacó el anillo del bolso—. Una pieza magnífica, apenas usada —dijo arrojándoselo, pero Marius no lo agarró, de modo que el anillo cayó sobre la moqueta—. Estoy segura de que el señor Foxton te devolverá el dinero. O puedes conservarlo para alguien que se lo merezca más que yo.

—¿Qué te hace pensar que voy a dejarte marchar?

—No tienes elección —dijo Lydie con una mirada desafiante—. Y ya no tienes ningún ascendiente sobre mí, no puedes retenerme.

—Ya veremos.

Lydie retrocedió y apretó los puños.

—No me amenaces —dijo con frialdad—. Y no me hagas chantaje. Las acusaciones que me has hecho son insignificantes al lado de cómo te has portado tú, así que déjate de moralidades, Marius, no es lo tuyo.

Tomó aire, estaba nerviosa.

—No importa lo que digas, no voy a engañarme pensando que vas a sentir mi ausencia más allá de un segundo —dijo y tragó saliva—.

Ya antes diste la espalda a otros. Anda, intenta negarlo.

—No —dijo Marius con desprecio—. Vamos a recordarlo como fue, Lydie. Fue una sarta de mentiras lo que me echó, una sarta de mentiras en la que tú jugabas un papel muy importante, el mismo que sigues jugando ahora —dijo Marius, y se aproximó a ella—. Y eso es algo que no puedes negar —dijo agarrándola por los brazos—. Puedes negarlo tan poco como puedes negar esto.

Al contacto de sus labios, Lydie se echó hacia atrás.

—¡No!

—No tienes elección, cariño. Si ésta va a ser nuestra despedida, quiero que sea lo mejor posible.

La besó con sensualidad, posesivamente, imponiendo su voluntad. A pesar de todo, Lydie se vio atrapada en el ardor de aquel beso y sintió una poderosa fuerza en su interior. Alimentada por la rabia, trató de soltarse.

Le dio puñetazos en el pecho, se retorció entre sus brazos. Pero el instinto le decía que la batalla había terminado antes de empezar, porque, en realidad, estaba luchando contra sí misma.

En algún lugar de su conciencia, sabía que Marius era su hombre, el amante al que se debía para bien o para mal, por toda la eternidad. Su tacto, su olor, su sabor, invadían sus sentidos, y se olvidó de todo excepto de su propio deseo. Un deseo que tenía que satisfacer a toda costa.

Separó los labios, con un silencioso suspiro y abrió los puños lentamente, para acariciarle el pecho, para sentir bajo sus manos su cuerpo musculoso. Sintió el pálpito de su corazón, mientras se apretaba contra él. En respuesta instantánea a su rendición, Marius la besó con suavidad, sumergiéndose en una nueva y sensual persuasión. Le echó la cabeza hacia atrás y comenzó a besarla en el cuello. Con la otra mano, le desanudó el cinturón del albornoz.

Lydie se había quedado sin aliento, mareada, concentrada en las caricias de Marius, que la agarró por la cintura, en un gesto de dominación masculina, de posesión. Luego, le acarició el vientre y el estómago, ascendiendo hasta sus pechos.

Le acarició los pechos con suavidad, cubriéndolos con ambas manos, buscando el pezón bajo la delicada seda del sujetador, utilizando la tela para rozarlo y endurecerlo, excitándola todavía más.

Lydie gimió suavemente, con delirio. Su deseo de tocarlo empezó a ser demasiado intenso como para poder soportarlo, de modo que, con manos temblorosas, empezó a desabrocharle la camisa. Tiró de ella, y oyó que la tela se rasgaba, pero no le importó, y comenzó a besarle el pecho.

Volvieron a besarse en la boca, con pasión, con exigencia. La lengua de Marius era como un reguero de llamas que encendía la suya.

El albornoz cayó al suelo. Marius le desabrochó el sujetador y se lo quitó lentamente, como si fuera una antigua ceremonia de un ritual pagano. Le acarició los dos pechos y luego los besó, rodeando ambos pezones con la lengua, sonriendo al comprobar el placer que Lydie experimentaba.

Lydie podía comprobar la potencia de su deseo contra sus muslos trémulos, contra su propio sexo húmedo.

Su sangre le cantaba una vieja canción de sirenas, una canción que le decía que estaba cometiendo un error, que sólo se estaba arriesgando a sentir más dolor, más tristeza.

Pero cuando Marius le quitó las braguitas, se estremeció de deseo y le dio la bienvenida. Separó las piernas y se ofreció con candor a su exploración íntima.

Marius se arrodilló y le besó el vientre, en una acción que era casi un homenaje. Lydie se estremeció en oleadas de intenso placer. Luego, le él le lamió el ombligo y descendió por sus muslos, antes de alcanzar su sexo, la cumbre de su ardiente deseo. La agarró por las caderas, obligándola a permanecer quieta mientras la exploraba con la lengua.

Lydie apenas podía respirar. Estaba sumergida en una corriente de sensaciones, mecida en brazos del placer como una flor en el viento. Estaba ciega, sorda a todo, pero no dejaba de gemir, de suplicar.

Cuando estaba a punto de no poder soportarlo más, Marius se levantó, la tomó en brazos y la tendió sobre la cama.

Las sábanas estaban frescas, pero el cuerpo de Marius ardía como el fuego. Un fuego que le era angustiosamente familiar.

Los años parecieron disolverse en la corriente de la existencia y, por unos momentos, Lydie se deleitó con el cuerpo de Marius, acariciándolo desde los hombros hasta la punta de los dedos, desde la nuca hasta las nalgas y desde los muslos hasta encontrar su sexo, que sostuvo entre sus manos y acarició sin cesar.

Marius la agarró por la cintura y la puso sobre él, y ella lo guió gozosamente a su interior.

Marius se detuvo un instante, dominado por la humedad dulce y suave que lo envolvía, luego empezó a moverse, con suavidad, gentilmente, como si tuviera miedo de romper el encanto que los envolvía.

El ritmo que inició condujo a Lydie a una respuesta igualmente apasionada. Lo agarró por los hombros y apretó las piernas contra sus caderas mientras sus cuerpos, sudorosos, subían y bajaban en los

eternos movimientos del amor.

Era una sola con él. Cada fibra de su ser parecía concentrada en una interminable espiral hacia el pináculo del placer.

Cuando alcanzaron el clímax, sintió como si la partieran en dos y su grito de frenesí se ahogó en el beso de Marius mientras un salvaje y voluptuoso espasmo de placer siguió a otro y a otro más...

Marius tenía el gesto contraído. Los músculos de su cuello parecían sogas. Pronunció el nombre de Lydie entre dientes mientras alcanzaba su propia culminación y su cuerpo entero se estremeció.

Mientras el placer la abandonaba poco a poco, Lydie seguía abrazada a él, con lágrimas en los ojos.

Marius la besó otra vez, lamiendo las lágrimas de sus mejillas y las gotas de sudor de sus pechos. Lydie yacía a su lado y le acariciaba el pelo, saboreando la delicadeza de aquella nueva sensación y descubriendo, con asombro, que acariciarlo con ternura también la excitaba. Y Marius empezó a acariciarla entre los muslos de nuevo, y ella, en lugar de sentirse saciada, experimentó más placer.

Pero abrió los ojos, inquieta. Trató de protestar, quiso apartar aquella mano experta. Pero lo sintió reír mientras con la otra mano le agarraba ambas muñecas y se las ponía sobre la cabeza.

—Oh, no, cariño —dijo Marius con dulzura—. No te vas a escapar tan fácilmente —dijo, y le lamió los labios con la lengua—. Todavía nos queda mucho camino por recorrer.

En algún lugar de aquel camino, mientras su cuerpo estallaba en un paroxismo de deleite, le oyó decir:

—Ésta es la única realidad, Lydie, así que, que Dios nos ayude a los dos.

La cama era como una nube que la envolvía en su suavidad. Los párpados le pesaban toneladas y en algún lugar de su mente oyó un vago ruido, tal vez el de una puerta que se cerraba, pero exhausta por el placer experimentado, Lydie se sumergió en la nube más profundamente y durmió como si hubiera tomado algún somnífero.

Despertó a la mañana siguiente, el sol entraba a través de las persianas. Se quedó inmóvil un momento, saboreando una milagrosa sensación de bienestar. Se giró y estiró la mano para buscar a Marius, pero la cama estaba fría y vacía.

Abrió los ojos y se incorporó, apoyándose en un codo. Miró a su alrededor. Pero la habitación estaba vacía.

Recordó los ruidos que había oído y miró la puerta del baño. Tal vez hubiera ido a ducharse. Escuchó con atención, pero no oyó nada.

A pesar del calor que hacía en la habitación, le dieron escalofríos.

Se levantó, tomó el albornoz, que seguía en el suelo con su ropa interior, y vio un sobre apoyado en la lámpara de la mesita.

Ha sido una despedida memorable.

Adiós, virgencita, buena suerte.

Era todo lo que decía la carta, ni siquiera estaba firmada.

Se quedó inmóvil, oyendo aquellas palabras, que resonaban en su cabeza.

Todo había terminado, con una nota escrita en el papel del hotel. Una burbuja de algo parecido a una risa nació en su interior y emergió como un sollozo.

«Pero era esto lo que querías», se dijo. «Esto es lo que le pediste, hace horas, en una existencia anterior».

Sabía que no habría tenido futuro con Marius, que Darrell Corbin y su hijo siempre se habrían interpuesto en su camino. También sabía que, probablemente nunca había vuelto a pensar en aquella mujer desde que dejó de verla, así que, cómo iba a esperar que la tratase a ella de un modo distinto.

Pero eso habría esperado, tal vez porque había caído en la trampa eterna en que caían las mujeres incautas, se decía sin dejar de llorar. Porque siempre había creído en el viejo mito de que su amor transformaría al hombre al que amaba en un príncipe.

Se había portado como una mujer enamorada y patética y tenía que vivir con eso y soportar las consecuencias. Sólo le quedaba rogar que no fueran más que consecuencias emocionales y no físicas. Le sería difícil empezar una nueva vida, pero mucho más si tenía que hacer frente a la maternidad.

Tenía que concentrarse en el futuro, canalizar sus energías hacia un nuevo horizonte. No había tiempo para lamentarse. Tenía que pensar lo que iba a hacer y marcharse de aquel lugar.

Tal vez llegara un día en que aceptara que Marius no merecía una sola lágrima y desde ese momento sería capaz de comenzar una nueva vida.

Pero eso, reconocía presa del dolor y la tristeza, no le servía de ningún consuelo en aquellos momentos, en que lo amaba más que nunca.

Capítulo 12

LYDIE SE duchó como un autómata, inmóvil mientras el torrente de agua caliente caía sobre ella. Tal vez pudiera librarse de su olor, de las huellas de su tacto, pero el agua no podría borrar el recuerdo de sus caricias, de su voz, ni las huellas de la pasión.

Tampoco podía olvidar la facilidad con que se había rendido a él. ¿Cómo podía reprocharle a Marius su falta de principios cuando ella había demostrado que no era mejor que él?

Temblando, cerró el grifo y se envolvió en una toalla. Ojalá fuera el manto de la invisibilidad, pensó con desesperación, que la permitiría desvanecerse sin dejar rastro.

Tuvo que vestirse con las mismas ropas que llevaba el día anterior, usando el peine que llevaba en el bolso para peinar sus enredados cabellos.

Estaba a punto de marcharse cuando recordó cómo le había tirado el anillo a Marius. Miró a su alrededor pero no lo vio, así que se agachó para mirar debajo de la cama y de la mesita.

Pero no pudo encontrarlo.

Llamaron a la puerta y entró una camarera cargada con ropa de cama y toallas. Al ver a Lydie se sorprendió.

—Lo siento, señora. Pensé que la habitación estaba vacía.

—Si, por supuesto, debía estarlo. Estaba a punto de irme cuando me he dado cuenta de que he perdido algo… un pendiente.

La muchacha miró a Lydie con perplejidad, puesto que llevaba los dos pendientes. Lydie se sonrojó.

—Los objetos perdidos se los damos a la dirección del hotel —dijo la muchacha yendo al baño—. Puede llamar al hotel mañana.

Tuvo que soportar otra humillación más. Al pedir la cuenta en la recepción, la chica, con una mirada muy significativa, le dijo que ya la habían pagado.

«Me siento como una prostituta», pensó Lydie mientras se alejaba de la recepción, con la cabeza erguida y salía por las puertas giratorias. «Supongo que debería alegrarme de que, por lo menos, no haya dejado dinero en la mesilla».

Se quedó sentada en el coche, con la mirada perdida, ajena a los coches que entraban y salían del aparcamiento, pensando en sus inmediatos problemas.

Debía volver a Greystones. Necesitaba su ropa y algunas pertenencias antes de alejarse para siempre de su antigua vida.

Pero Marius seguiría allí y ella se sentía demasiado débil para afrontar otra discusión.

Pero había otra confrontación que no podía retrasar por más tiempo, se dijo y enfiló el camino de Wheeldon Grange.

La recepción del balneario estaba decorada en elegantes colores pastel y en el hilo musical sonaban *Las cuatro estaciones de Vivaldi.*

La chica de la recepción le dedicó una radiante sonrisa.

—¿La señora tiene una reserva?

Lydie negó con la cabeza.

—Tengo que ver a la señora Benedict con urgencia —dijo—. Es mi madre.

La chica consultó una pantalla de ordenador y asintió.

—Sí, la está esperando, señora. La suite azul en el primer piso.

«¿Esperándome?», se preguntó Lydie sorprendida. Asintió y se dirigió a las escaleras.

Llamó a la puerta de la suite y oyó la voz de su madre.

—Entra.

Lydie entró en un pequeño pero lujoso cuarto de estar. Como su nombre indicaba, el color predominante de la decoración era el azul, incluso el albornoz de Debra era azul y el turbante en el que llevaba oculto el cabello. Estaba de pie, mirando por la ventana.

Miró a Lydie, con la mano en la garganta.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí?

—Creía que esperabas mi visita —dijo Lydie con tranquilidad.

—No, tu visita, no —dijo Debra—, la de Jon.

Sin maquillaje, el rostro de Debra estaba desnudo, vulnerable.

«Por supuesto», pensó Lydie, «yo no, nunca yo, pero esta vez no va a librarse de mí».

—Creo que Jon tiene suficientes problemas en la fábrica como para no hacer visitas sociales durante el horario laboral.

—¿Horario laboral? —dijo Debra con una risa casi histérica—. Ésa es buena, cuando acaban de despedirlo. Oh, sí —dijo mirando a Lydie y sacudiendo la cabeza—. Esa ha sido su recompensa después de todos estos años de trabajar para los Benedict —dijo y se tapo la boca con la mano—. Me llamó hace una hora, para decirme que le habían dicho que tenía que dejar su despacho. Parecía un extraño.

Lydie se mordió el labio.

—No creo que le haya sorprendido mucho. Jon sabía que no era muy bueno como director de ventas. Ése puede ser el golpe de gracia que necesitaba para rehacer su vida y su profesión.

—Con tu amiga hippy, supongo —dijo Debra mirándola con ira—. Hablas como una estúpida. ¿Dónde diablos va a encontrar Jon un trabajo parecido, con ese salario, una vez que se sepa que lo han

despedido de Benco? De esto tiene culpa tu precioso prometido, por supuesto —añadió con rabia—. Odia a Jon porque ocupó su lugar, y ésta es su venganza.

¿Podría ser cierto eso?, se preguntó Lydie. ¿Era ésa la venganza de Marius? Tragó saliva.

—Espero que te equivoques.

—Pues no me equivoco —dijo Debra sacudiendo la mano—. Pero no va a salirse con la suya. Tienes que hablar con él, Lydie. Convéncelo de que Jon merece otra oportunidad.

Lydie negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no puedo hacerlo.

—¿Qué? —dijo Debra mirándola con ira—. ¿Quieres decir que te pones del lado de ese monstruo en contra de tu propio hermano?

Lydie suspiró.

—No es esa la cuestión. Ya no tengo ninguna influencia sobre Marius. Anoche rompimos el compromiso. Ésa es una de las cosas que he venido a decirte.

—¿Has roto tu compromiso? —dijo Debra, y su voz se quebró en un susurro—. ¿Estás loca?

—Al contrario, creo que nunca he estado más cuerda en mi vida —replicó Lydie—. Y no me digas que lo sientes, madre. No añadas hipocresía a todo lo demás.

—¿Cómo te atreves a hablarme así?

Lydie suspiró.

—Deja de actuar, por favor. Sé lo que hiciste hace cinco años, sé cómo te libraste de Marius.

—¿De qué estás hablando? —dijo Debra poniéndose pálida.

—Estoy hablando de las mentiras que le contaste a Austin de él... de nosotros. ¿Cómo pudiste? ¿No te das cuenta de que casi me destruiste para siempre?

—Eras poco más que una niña. No sabías lo que hacías —dijo Debra con nerviosismo—. Te vi entrar en su habitación aquella noche. No podía dormir y te vi cruzar el pasillo y entrar en su habitación. Me dije que debía detenerte, pero no lo hice. Fue una oportunidad de oro para poner a Austin en contra de Marius, para convencerlo de que eras una víctima de sus abusos, pero que te daba vergüenza confesarlo.

»Sabía que Marius te escribiría, así que llame al colegio y les dije que me mandaran todas tus cartas. También conservaba una nota que me escribiste con la factura de unas clases de arte, en la que decías que Austin debería hacerse cargo de ellas. Y Austin se creyó todo lo que le dije —dijo, y soltó una risa exultante—. Todo encajaba perfectamente. Era el único pecado que Austin no perdonaría, porque

tú eras parte de la familia.

—Eso es enfermizo.

—Pero tenía que estar segura —dijo Debra—. A no ser que me librara de Marius, Jon no tendría ninguna oportunidad. Tienes que darte cuenta.

—¿Y yo qué? ¿Qué pasaba conmigo? —dijo Lydie con desolación —. Estaba enamorada de Marius. Me rompiste el corazón.

—Los corazones se enmiendan pronto. Si ese cerdo no hubiera vuelto, ahora estarías planeando tu boda con Hugh. Y ahora los has perdido a los dos. Creo que yo no tengo la culpa, me lavo las manos.

—No te lavas las manos. No estás interpretando la escena de sonambulismo de aquella obra escocesa, mamá —dijo Lydie agarrando a Debra por los brazos—. Esto es la realidad y tienes que afrontarla.

—¿Lo sabe? ¿Le has dicho a Marius la verdad?

—No —dijo Lydie con calma, rota por la tristeza y el desprecio—. No, no lo haría. Le dejé pensando que había sido yo.

—Gracias a Dios —dijo Debra con un suspiro y fue a sentarse en uno de los lujosos sillones—. Porque se lo diría a su tío, y Austin no debe saber nunca lo que hice. Yo no podría soportarlo, Lydie —dijo, y se le llenaron los ojos de lágrimas—. Sería el fin de todo. Y quiero a Austin, de verdad.

—Espero que seas sincera. A juzgar por tus comentarios de hace un par de noches, empezaba a dudarlo.

—Ah, eso. Estaba molesta por la vuelta de Marius.

—Y con razón —dijo Lydie secamente—. Pero todavía no estás a salvo. Antes o después, la verdad saldrá a relucir, así que, ¿por qué no se lo cuentas todo a Austin?

—Oh, no podría—dijo Debra sonrojándose—. No puedo arriesgarme a hacerlo, nunca lo entendería. Es un hombre de principios...

En aquel instante Lydie recordó a Darrell Corbin, su rostro desafiante y lleno de justificado rencor contra los Benedict.

—Puede que sea más compresivo de lo que crees —dijo—. Tal vez nunca se haya portado tan bien como debería, sobre todo si quería proteger a alguien.

—Si piensas eso, cariño, no conoces a Austin. Aunque quizá yo tampoco lo conozca muy bien, si ha dejado que despidan a Jon así... Tenía que saber lo mucho que me molestaría.

—Creo que deberías volver a Greystones, madre, y arreglar unas cuantas cosas.

—No pienso hacerlo —dijo Debra irguiéndose—. Y puedes decirle a Austin de mi parte que no tengo intención de irme a casa hasta que

vuelvan a admitir a Jon en la fábrica.

Lydie negó con la cabeza.

—No le voy a decir nada a Austin, porque yo me voy.

—¿Te vas? ¿Te marchas de Greystones? ¿Adonde, por qué?

—No sé adonde, ni cuando. Tengo que hablar con Nell de la galería.

Con cuánta calma hablaba, qué pragmática parecía, cuando en realidad tenía un nudo en el estómago y lo único que deseaba era apoyar la cabeza en el regazo de su madre y echarse a llorar. Sólo que su relación nunca había sido tan íntima y el sentido común le decía que nunca lo sería.

—Y en cuanto al porqué —añadió—, yo creía que era evidente.

—Pero no puedes hacer eso. No puedes marcharte tal como están las cosas. Después de todo, puede que Jon haya perdido el trabajo por tu culpa.

Lydie tardó en recobrar el aliento.

—¿Por qué dices eso?

—Has roto tu compromiso. Marius querrá vengarse, y el pobre Jon sufre las consecuencias.

Lydie apretó la mandíbula.

—Pues si soy la causa de todo este desastre, lo mejor que puedo hacer es marcharme.

—No —dijo Debra dando un puñetazo en el brazo del sillón—. Tienes que hablar con Marius y convencerlo de que entre en razón. Arreglar las cosas con él por el bien de todos. Ahora tenemos que ser una piña. Tienes que darte cuenta.

Lydie negó con la cabeza.

—Lo siento, madre, pero no puedo hacerlo. No puedo pagar el precio de las mentiras de otra gente, del silencio de otra gente —dijo, se inclinó y besó a su madre en la mejilla—. Llamaré en cuanto sepa lo que voy a hacer.

—Haz lo que quieras, pero me dejas de piedra, Lydie. No sabía que pudieras ser tan egoísta.

Con aquellas palabras resonando en su interior, Lydie volvió al coche.

A pesar de su intención de no tomar parte en los problemas de la familia, se dirigió a Thornshaugh y aparcó detrás de la galería.

Le sorprendió no encontrar el coche de Jon, pero después de todo era un coche de la empresa. Tal vez se lo habían quitado igual que el empleo.

Por primera vez desde que pusieron en marcha la galería, Lydie subió las escaleras de mala gana. ¿Cómo podía decirle a Nell que se

marchaba? ¿Qué razón podría darle que no implicara dolorosas explicaciones?

Para su asombro, encontró la galería cerrada. Otra sorpresa, pensó con turbación buscando las llaves en el bolso.

Al principio le pareció que el lugar estaba completamente desierto, luego oyó ruido en el estudio de Nell y su amiga apareció en la puerta.

Lydie se llevó un sobresalto. Su amiga no tenía la apariencia tranquila que solía tener. Estaba pálida y tenía ojeras.

—Nell, ¿qué te pasa, cariño? ¿Estás enferma?

Nell negó con la cabeza.

—He intentado llamarte, pero la señora Arnthwaite no sabía dónde estabas.

—No, he pasado la noche fuera —dijo Lydie, avanzando hacia ella —. ¿Se trata de Jon?

Nell asintió.

—Ha sido un golpe muy duro, Lydie. No sé qué hacer. No he abierto porque estaba haciendo el equipaje. Tengo que marcharme por unos días, tengo que pensar. Tengo que ver las cosas con perspectiva. ¿Podrás arreglártelas sola hasta que yo vuelva?

—Sí, claro —dijo Lydie, que estaba completamente desconcertada.

Nell siempre había querido que Jon dejara su trabajo en Benco. ¿Tanto le importaba que lo hubieran despedido?

—¿Jon se va contigo? —le preguntó con cautela.

—No —replicó Nell con acritud—. No quiero que esté cerca de mí, no después de lo que ha hecho. Tal vez tú puedas perdonarlo, Lydie, pero yo no puedo.

Lydie tragó saliva. ¿Qué había hecho Jon para que la mujer que lo amaba estuviera en semejante estado? ¿No habría cometido un crimen? Trató de recordar la conversación que había tenido con él. Jon le dijo que había cometido muchos errores, pero nada más.

—No es sólo la parte económica —dijo Nell con voz temblorosa—. Eso podría soportarlo. Es el engaño, la falta de piedad. Tienes que entender cómo me siento.

Lydie dejó escapar un suspiro.

—Sí... sí, claro.

Ojalá la comprendiera. Vaciló un instante, su mente era un torbellino.

—¿Quieres que te acompañe, Nell? No creo que debas quedarte sola ahora.

—Estar sola es algo a lo que me voy a tener que ir acostumbrando. No te preocupes por mí, saldré de ésta. Pero todo esto también te tiene que estar afectando mucho a ti. Estaba tan inmersa en mis problemas,

que no se me había pasado por la cabeza.

Lydie sonrió.

—De hecho, iba a pedirte un gran favor. ¿Puedo quedarme aquí y vivir en tu estudio mientras estés fuera? Yo también tengo cosas en qué pensar. Y cuando vuelvas, tenemos que hablar en serio del futuro.

—Sí —dijo Nell—, tendremos que hacerlo —dijo, y abrazó a Lydie —. Puedes quedarte el tiempo que quieras, ya lo sabes.

Se dio la vuelta con los ojos llenos de lágrimas.

—Oh, Lydie, lo siento. Es horrible.

La galería se quedó vacía y en silencio cuando Nell se marchó. Lydie se hizo un café muy cargado. El sol entraba por las ventanas, el día iba a ser caluroso, pero ella sentía frío. No dejaba de pensar en las palabras de Nell: «No se trata sólo de la parte económica., es el engaño, la falta de piedad...». ¿Habría robado Jon dinero de la fábrica? Sólo de pensarlo le daban escalofríos.

«Tendría que habérselo preguntado», pensó. «Aunque ella creía que yo lo sabía, que incluso estaba dispuesta a perdonarlo. Además, estaba demasiado afectada como para hablar de ello».

Suspiró. Cuando Nell volviera tendrían que hablar, se dijo apretando con fuerza la taza de café.

Se sintió mejor cuando llegaron los primeros clientes. Tenía que dejar de lado las preguntas que la atormentaban y concentrarse en atenderlos. En un día normal, habría estado exultante al ver las excelentes ventas siendo lunes, un día malo para los negocios. Pero ya nada parecía importar excepto el vacío de su interior.

Sabía que tendría que volver a Greystones para recoger algunas de sus pertenencias. Lo mejor sería hacerlo a la hora de comer, pensó, aunque entonces tendría que cerrar la galería. Pero al menos, a esa hora tenía pocas probabilidades de encontrar a alguien más en la casa. Incluso la señora Arnthwaite estaría ausente, en su visita semanal a su hermana, en Huddersfield.

Cuando entró en la casa unas horas más tarde, se sintió como una ladrona nocturna.

Se dirigió a su habitación. Recogería sólo lo necesario para los días venideros y enviaría a buscar el resto cuando supiera lo que iba a hacer.

Tomó la maleta y se dirigió a la puerta. Estaba bajando las escaleras cuando Marius entró desde la calle.

Vaciló un momento, pero luego continuó bajando las escaleras. Su rostro era una máscara de frialdad.

La expresión de Marius no denotaba nada, pero había algo en su porte, una inconfundible tensión que Lydie sentía a través del espacio

que había entre ellos. Observó que cerraba los puños y supo que el traje cortado a medida, la camisa blanca y la corbata de seda sólo eran un civilizado disfraz que ocultaban un temperamento primitivo y peligrosamente expuesto a perder el control.

—¿Lista para irte, Lydie?

—Sí, me voy ——dijo Lydie con tranquilidad—. No esperaba encontrar a nadie. Normalmente, no suele haber nadie en casa a estas horas.

—Pero me parece que hoy es un día poco normal. Supongo que habrás oído lo que ha pasado con Jon.

—Sí —dijo Lydie agachando la mirada.

—¿Y no tienes nada que decir? ¿No vas a rogar que volvamos a admitirlo?

—Creo que sería inútil —dijo Lydie irguiendo la barbilla—. Supongo que la marcha de Jon era inevitable, pero, ¿tenía que ser tan repentina, hacerse tan pública? Habrá muchos comentarios.

Marius se encogió de hombros.

—Igual que los hubo sobre mí hace cinco años. ¿Merece él más consideración?

—De hecho, estaba pensando en Nell —replicó Lydie—. Está destrozada, y no se lo merece.

—No —dijo Marius apretando los labios—. Lo creas o no, tiene toda mi simpatía. Pero en una guerra, como suelo decir, siempre hay víctimas inocentes.

—¿Guerra? ¿Es así como llamas a los últimos días?

—No. A los últimos diez años. Desde que Austin se casó con tu madre. Yo quería una coexistencia pacífica, pero no pudo ser. Y cuando me di cuenta de lo poderoso y persistente que era mi enemigo, era demasiado tarde —dijo Marius, y sonrió—. Tú eras el comodín de la baraja, Lydie. Pensé que estabas de mi lado, me tenías completamente engañado.

Lydie se estremeció, pero dio un paso adelante, para dirigirse a la puerta.

—Bueno, ahora ya sabemos dónde está cada uno, supongo que te conformas con eso.

—Oh, no —dijo Marius negando con la cabeza—. No me conformo con nada excepto la victoria total. Llevo prometiéndome eso durante cinco años.

—Supongo que no hay modo de que pueda disuadirte de que...

Marius se rió burlonamente, a carcajadas.

—¿En qué estás pensando, virgencita? ¿En el uso ocasional de ese hermoso cuerpo tuyo en compensación por lo que tú y tu familia me

habéis hecho? Gracias pero no. Ayer me sacié de ti. De ahora en adelante, prefiero cambiar de dieta.

Las palabras de Marius fueron como cuchillos.

—Nadine Winton, supongo —dijo sin poder evitarlo.

—Entre otras. ¿Por qué? ¿Te interesa? Espero que no me vengas con discursos morales, cariño. No estás en posición para hacerlo.

—No menciones la moral —le espetó Lydie—. Supongo que el nombre de Darrell Corbin todavía ocupa un pequeño lugar en tu memoria.

Marius frunció el ceño.

—Más que eso, la he visto en la fábrica esta mañana.

—¡Qué nobleza de corazón! —dijo Lydie con desprecio—. ¿Por fin has decidido asumir alguna responsabilidad sobre ella?

—No. No creo que le guste. Parece haberse vuelto mucho más independiente desde la última vez que la vi.

Lydie dio un respingo.

—¿Es eso todo lo que tienes que decir? ¿No te importa lo que ha tenido que pasar?

—Siento no haber solucionado este asunto hace cinco años —dijo Marius—. Pero no creo que sea eso lo que quieres oír.

—No, no es eso —dijo Lydie con rabia—. Marius, tiene un hijo, un hijo sin padre.

—Sí. Me aseguraré de que le pasen una pensión de ahora en adelante. ¿Te satisface eso, tal vez?

—Algo es algo.

Lydie no podía creer que hablara así, despreciando a su propio hijo de aquella manera.

—Pero no creo que Darrell Corbin se quede muy satisfecha. Todavía sigue sintiendo lo mismo, Marius, ¿no te preocupa eso?

—Sí, es una pena.

—¿Eso es todo?

Marius no era más que un extraño, ya no podía llegar a él, tal vez ni siquiera debía intentarlo.

—Oh, por Dios —dijo Marius—. ¿Qué diablos esperabas, amor y boda? No iba a ocurrir, lo sabes tan bien como yo.

—Ya no sé nada de nada.

De repente se sentía muy cansada, y enferma, enferma de desilusión. ¿Era aquél el verdadero Marius? ¿Era tan canalla el amor de su juventud?

—No hay final para este dolor, cada vez más profundo —dijo.

—La vida es muy dura —dijo Marius y le señaló la puerta a Lydie —. Sigue tu camino, Lydie. Tal vez cuando nos separemos, podrán

curarse nuestras heridas.

Lydie lo miró sin poder creer lo que estaba oyendo, luego pasó a su lado, lo bastante cerca como para sentir el calor de su cuerpo, pero Marius no hizo el menor intento de tocarla. Saber, que durante un instante, había anhelado que la tocara por última vez, la enfureció.

Desde la puerta, se giró para mirarlo, con rabia y con vergüenza.

—Espero que nunca te cures, bastardo —dijo con la voz quebrada —. Espero que sufras hasta que te mueras.

Marius estaba impasible, pero apretó los labios.

—Estoy seguro de que tus plegarias obtendrán respuesta, virgencita. De hecho, creo que el proceso acaba de empezar.

La puerta se cerró tras ella, suave pero inexorablemente y Lydie se encontró bajo el ardiente sol de la tarde, más sola y más atemorizada de lo que nunca había estado.

Capítulo 13

AQUEL DÍA, Lydie dio gracias de tener la galería. En cuanto volvió, una avalancha de turistas entró en la misma, sin dejarle tiempo para pensar.

Al final de la tarde las ventas habían sido más que satisfactorias. Qué ironía, pensó Lydie, que la galería se estuviera convirtiendo en un negocio próspero justo cuando se veía obligada a abandonarla.

Estaba a punto de cerrar cuando llegó Jon.

Le dio un vuelco el corazón al verlo, pero se esforzó por sonreír y le saludó, aunque él no pareció oírla. En lugar de eso, vagaba por el lugar como un alma en pena.

—¿Sabes adonde ha ido?

Estaba pálido y tenía una mirada de desesperación.

Lydie suspiró.

—No, no me lo dijo. Siéntate. Te prepararé un café.

—No, gracias —dijo Jon dejándose caer en una silla—. Prefiero algo más fuerte.

—Me parece que ya has bebido algo más fuerte —dijo Lydie secamente.

—Por el amor de Dios, Lydie. Mi vida está arruinada, no hace falta que interpretes el papel de la hermana responsable.

—Entonces será mejor que me digas lo que ha pasado en las últimas veinticuatro horas.

—¿Qué te ha dicho Nell?

—Lo que decía no tenía mucho sentido —dijo Lydie frunciendo el ceño—. Pero entendí que había un asunto relacionado con dinero —dijo e hizo una pausa—. Jon, tengo que preguntarte esto, ¿va a intervenir la policía?

—¿La policía? —exclamó Jon—. Por supuesto que no. ¿Por quién diablos me tomas?

—Por el momento, no estoy segura. Sin duda un estúpido, posiblemente algo peor —le replicó Lydie—. Quiero la verdad, Jon, y la quiero ahora, ya he oído todas las mentiras que podía soportar.

Jon evitó mirarla.

—Ayer fue un día maravilloso —dijo con una voz muy triste—. Nos habíamos echado de menos. Quedamos para tomar algo, pero Nell dijo que esperaba una visita, una artista local que acababa de daros su trabajo, pero que se marchaba y quería recoger el material que no había vendido.

Lydie sintió un sudor frío en la nuca.

—Sigue.

—Yo estaba aquí cuando sonó el timbre. Luego oí que Nell hablaba con alguien —dijo, se humedeció la lengua, hablaba con voz grave—. Salí y allí estaba ella, Lydie. Era como una pesadilla. No esperaba volver a verla, pero allí estaba.

Jon sacudió la cabeza.

—Sabía que pintaba, así empezó todo. La conocí en el páramo, donde pintaba, durante unas vacaciones, pero no sabía que había vuelto.

Había un deje de autocompasión en su voz.

—¿Por qué ha tenido que volver? La pagamos para que se alejara. ¿Por qué eligió este lugar para vender sus malditos cuadros?... —dijo y ocultó la cabeza entre las manos.

—Oh, Dios mío —dijo Lydie con la respiración entrecortada—. Estás hablando de Darrell Corbin.

—Pues claro —dijo Jon con los ojos muy abiertos—. Fue horrible, no podía pensar con claridad, no sabía qué decir, qué hacer. Darrell estaba ahí parada, con Nell, mi Nell, mirándonos a los dos y sacando conclusiones.

—Darrell Corbin tuvo un hijo tuyo —susurró Lydie—. Y tú le pagaste para que se fuera y le echaste la culpa a Marius. Es... increíble, monstruoso.

—No fue idea mía —dijo Jon—. Fue idea de mamá. El viejo Corbin vino hecho una furia para hablar con Austin, sólo que se encontró con mamá y ella lo persuadió de que aceptara dinero. Una suma para Darrell y una asignación para Percy, a cambio de acusar a Marius y desaparecer. Eso fue en los días en que la vida con Austin era como un cheque en blanco.

»En principio, mamá quería que Darrell abortara, pero ella se negó, aunque aceptó marcharse. No sabía el pacto que su padre había hecho con mamá. Creía que el dinero se lo había dado yo, como una especie de pago de despedida, así que no debió sentir mucho tener que marcharse.

—No —dijo Lydie con tranquilidad—. Me lo imagino.

—Mamá encontró en Corbin al hombre adecuado. Nunca tenía dinero y Marius lo había despedido de la fábrica por quedarse dormido, así que estaba buscando su propia venganza. Le repitió a Austin lo que mamá le dijo y se destapó la caja de los truenos. El resto ya lo sabes.

—Sí —dijo Lydie con calma. Tenía un peso en el corazón—. Lo sé demasiado bien.

—Vamos, Lydie, no te hagas la inocente. No sé cuándo, pero sé que lo sabías. Darrell dijo que habías ido a verla, supongo que mamá se

enteró de que había vuelto y te dijo que le llevaras dinero.

—Te equivocas —dijo Lydie—. Sólo le llevé un cheque por sus cuadros —añadió y soltó una carcajada nerviosa—. Pero ella pensó lo mismo que tú. Ahora me explico por qué me tiró el cheque a la cara —se interrumpió y frunció el ceño—. Pero ella no podía saber, no hasta ayer, que Nell y tú estabais relacionados.

—No tenía ni idea —le dijo Jon—. Que vendiera sus cuadros aquí no fue más que una coincidencia.

—Mamá y tú tenéis que haberos vuelto locos pensando que todo podía descubrirse —dijo Lydie y suspiró—. Supongo que lo único que puedo hacer es rogar que Austin no lo sepa nunca. No es que mamá se lo merezca, pero…

—Demasiado tarde —murmuró Jon—. Cuando Percy Corbin fue ingresado en el hospital hace unas semanas, mandó llamar a Austin. Supongo que tenía remordimientos, porque le contó todo.

—Oh, no —exclamó, Lydie, horrorizada—. Eso no puede ser cierto.

—¿Por qué si no crees que Austin le dijo a Marius que volviera? Cuando me han llamado esta mañana, sabía lo que se me venía encima.

Lydie lo miró con desdén.

—Supongo que no les habrás pedido una indemnización por despido improcedente.

—No —dijo Jon haciendo una mueca—. De todas formas, no me han despedido, sólo me han dado un puesto de trabajo mucho peor. Marius me ha ofrecido un puesto en el departamento de diseño, presumiblemente para que no pueda evadir las responsabilidades en la asignación de mi hijo —añadió con amargura.

—¿Y qué va a pasar con mamá?

Jon se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Austin no me dijo nada, pero estaba muy serio.

—¿No estás preocupado por ella?

—Francamente, mi única preocupación es Nell —dijo Jon y se estremeció—. Dios, Lydie, nunca la había visto así. Tan fría, tan enfadada. Me miraba como si hubiera salido de un cubo de basura. Dijo que no quería volver a verme.

—Sé cómo se siente —dijo Lydie—. Todo lo que hizo mamá, por muy mal que estuviese, lo hizo por ti. Quería que Benco fuera tuyo y por conseguirlo habría dado cualquier cosa, incluso su matrimonio.

—Lo sé —admitió Jon—. Pero no podíamos hacer nada. Desde que llegó Marius estábamos esperando que la espada cayera sobre nuestras cabezas. Ahora que ha ocurrido, es casi un alivio.

—Y al diablo con las víctimas inocentes que han quedado en el

camino —dijo Lydie con un escalofrío—. Será mejor que te vayas, Jon, necesito pensar.

—Está bien —aceptó Jon de mala gana y se levantó—. Tim Broughton me está esperando. Si Nell vuelve, ¿me lo dirás?

—Sólo si ella quiere —dijo Lydie acompañándolo hasta la salida.

—Pero yo la quiero —le suplicó Jon—. No puedo perderla, Lydie. No lo soportaría.

—Entonces es una pena que no hayas sido sincero con ella. Nell es una mujer íntegra, querido hermano, una palabra que tú ni siquiera puedes pronunciar.

Volvió a quedarse sola y se puso a limpiar la galería y a hacer las cuentas del día. Pero los totales no coincidían, ni después de repasarlas, así que lo dejó y se quedó sentada, con la mirada perdida.

El trabajo no era la respuesta al dolor y al vacío que sentía.

Necesitaba a Marius, para que le diera calor, y no podía tenerlo. Se habían despedido y no había vuelta atrás. Tenía que aceptarlo, por muy doloroso que fuera.

Había vuelto para vengarse y ella era parte de su plan, sólo eso. No merecía más.

Porque no había confiado en él, porque había sido demasiado cobarde para luchar contra el velo de mentiras que se habían extendido sobre su relación. Porque había temido a la verdad, porque se había dejado engañar. Tendría qué haber sabido, más allá de la razón, más allá de las dudas, que el Marius al que amaba era incapaz de una traición semejante.

«Cuando se fue, debí seguirlo, hasta el confín de la Tierra, si era necesario. Todos estos años acusándole de que me había traicionado, pero era yo el verdadero Judas. Es culpa mía, y merezco perderlo, pero, Dios mío, duele tanto».

Se le llenaron los ojos de lágrimas, que se derramaron por sus mejillas, y por las manos con que se tapaba la cara.

Lloraba por Marius y por la muerte del amor que ella había ayudado a matar.

—Oh, cariño —susurró con angustia—. Perdóname, por favor.

Y oyó que sus palabras se disolvían en el silencio insondable que la rodeaba.

Lloró largo rato, hasta que no le quedaban más lágrimas que derramar. Se quedó sentada, confusa, aturdida, como si hubiera estallado una bomba y ella estuviera en medio del desastre.

Cuando recobró cierta tranquilidad, levantó el auricular y llamó a Wheeldon Grange.

Había perdido su amor, pero tal vez no fuera demasiado tarde para

que su madre salvara su matrimonio, o al menos para avisarla de que su frágil mundo estaba a punto de hacerse pedazos.

Cuando preguntó por Debra, le dijeron que había vuelto a casa. Sí, su partida había sido repentina, pero su marido había ido a buscarla.

—Un problema doméstico, creo, señorita Hatton —dijo la señorita que la atendía.

Se quedó sentada, dando golpecitos con los dedos sobre la mesa, preguntándose lo que tenía que hacer. Pero sabía bien la respuesta. Debra tenía problemas y la necesitaba, o necesitaba a alguien, pensaba mientras se lavaba la cara para borrar las huellas del llanto. Sin duda, preferiría a Jon, pero él estaba demasiado absorbido por sus propios problemas como para ayudar a su madre.

No sabía qué podía decirle, qué clase de argumento podía utilizar en favor de Debra. ¿Qué excusa inventar para un hombre que había tenido que escuchar de su esposa mentiras tan monstruosas?

¿Cómo convencer a Austin de que Debra merecía el perdón y una segunda oportunidad?

Se puso unos vaqueros y una camiseta sin mangas, se echó un suéter sobre los hombros, para protegerse del fresco de la noche y agarró el bolso.

Llegó a Greystones con el crepúsculo, pero no vio ninguna luz. Subió corriendo las escaleras de la entrada, la puerta estaba abierta.

No había nadie ni se oía nada. El salón y el comedor estaban vacíos.

Subió rápidamente las escaleras, aunque sin hacer ruido. Abrió la puerta del cuarto de su madre. Se topó con la señora Arnthwaite que salía con un cargamento de ropa de cama sucia. La mujer se sobresaltó y dejó caer la ropa al suelo.

—Santo Dios, señorita Lydie, me ha dado un susto de muerte. Yo creía que estaba en casa de unos amigos.

—Lo estaba —dijo Lydie y se metió la mano de la que se había quitado el anillo en el bolsillo—, pero tenía que ver a mi madre. ¿Está aquí?

—Pues no —dijo la mujer con asombro—. ¿Por qué? Se fue hace horas.

Lydie tragó saliva.

—Ya veo. ¿Dijo cuándo volvería?

—No, señorita, pero se ha ido por algún tiempo, a juzgar por el equipaje que llevaba.

Lydie se mordió el labio.

—¿Está el señor Benedict en casa?

—Está en Londres con la señora Benedict. Mañana se van de viaje

a España.

—¿A España? —exclamó Lydie con asombro—. ¿No es muy repentino?

—El señor Austin lo tenía planeado para darle una sorpresa a la señora, y así fue, en efecto.

—Ya me lo imagino —dijo Lydie, aunque no alcanzaba a comprender lo que había ocurrido—. ¿Está... Marius?

—Salió hace rato y me dijo que esta noche no lo esperara —dijo la señora Arnthwaite con desaprobación—. Yo creía que sabía dónde estaba.

—No, no lo sé —dijo Lydie con una sonrisa—. Bueno, dejo que termines, si alguien quiere hablar conmigo, estoy en la galería.

—Muy bien, señorita Lydie.

Lydie volvió a Thornshaugh muy despacio, perdida en dolorosos pensamientos. Marius, suponía, había empezada a cicatrizar sus heridas cuanto antes, y no tenía ni idea de adonde había ido ni de con quién estaba. Tal vez Nadine no fuera su primera elección años atrás, pero Lydie estaba segura de que era la segunda.

No estaba acostumbrada a ir a la galería de noche. El edificio en el que estaba, le pareció sombrío y amenazador.

El primer piso era una masa de sombras. Una de ellas se separó de las demás y se hizo realidad, avanzando hacia ella.

Lydie tenía ganas de gritar, pero los músculos de su garganta se quedaron paralizados.

—Por fin —dijo Marius bruscamente—. ¿Dónde diablos has estado?

—Tú —dijo ella con alivio, pero se irguió y lo miró con gesto desafiante—. ¿Qué te crees que estás haciendo, esperándome ahí escondido como si fueras un pervertido?

—No exageres, Lydie —le dijo él con ironía—. Pensé que estarías esperándome.

—Al contrario —le espetó ella—. Suponía que estabas obedeciendo los dictados de tu ajetreada vida social —dijo, sin poder apartar de su mente la imagen de Nadine Winton.

—Eso viene después. Ahora tenemos que hablar.

—Ya hemos hablado.

—Ni siquiera hemos empezado —dijo Marius contradiciéndola. Tomó el manojo de llaves de manos de Lydie, abrió la puerta de la galería y encendió la luz—. ¿Vas a entrar o te meto en brazos?

Durante un instante se miraron a los ojos, midiendo la fuerza de sus voluntades, antes de que Lydie decidiera que la discreción era la mejor demostración de valor.

Entró y se dio la vuelta. Se sentía como un animal atrapado y con el cazador a la vista. Marius echó un vistazo al lugar donde vivía Nell, con muebles viejos y una alcoba separada de la sala por una cortina.

—Así que éste es el santuario —dijo.

—Sí —replicó Lydie secamente, y como necesitaba algo en que ocuparse y ocultar su turbación añadió—: ¿Quieres café?

Marius la miró con una sonrisa.

—Me alegro de que adoptes una actitud tan civilizada.

—No cuentes con ello —dijo Lydie agarrando la cafetera.

—Créeme, no cuento con nada —replicó Marius y se sentó en el sillón, estirando las piernas.

Su presencia hacía el estudio más pequeño. Cruzar de un lado a otro, significaba pasar por encima de él, así pues, Lydie decidió permanecer en la seguridad del rincón de la cocina, sacando las tazas y los platos.

—¿Dónde está tu compañera?

—Se ha ido. Tiene mucho en qué pensar.

—Supongo que sí —dijo Marius con gesto sombrío—. ¿Y tú?

—Yo ya he tomado una decisión. Cuando vuelva, Voy a proponerle que vendamos la galería —dijo Lydie, y vaciló—. No es el momento ideal, pero por lo menos podré devolverle a Austin el préstamo, y Nell y yo no nos veremos atadas a Thornshaugh.

—Lo que es muy importante —añadió Marius con aquella voz suave que Lydie tanto detestaba.

—Para mí lo es —dijo Lydie sirviendo el café—. Y puede que para ella también lo sea.

—¿Dónde has estado esta tarde? —dijo Marius agarrando su taza de café.

—En Greystones.

—Debemos habernos cruzado por el camino —dijo Marius, que hablaba con un extraño tono de voz—. ¿Por qué fuiste?

Lydie miró el suelo.

—Yo... pensé que mi madre necesitaría mi ayuda —dijo.

—Claro —dijo Marius con un tono cortante—. Pero el pájaro había volado. Mejor dicho, los pájaros habían volado.

—A España, creo —dijo Lydie tratando de quitar importancia a sus palabras—. Un poco extraño.

Marius se encogió de hombros.

—Austin quiere echar un vistazo a algunas propiedades. Se ha tomado su retiro muy en serio. Quiere un clima cálido y jugar al golf todos los días.

—Ya —dijo Lydie mirando su taza de café—. ¿Y mi madre?

—Ella tiene el club de campo local: tenis, bridge, sangría, etcétera. Y menos oportunidades de enredar —dijo Marius, y concentró su mirada en Lydie—. Incluso tú, Lydie, que siempre le has sido tan leal, te darás cuenta de que las cosas no podían seguir como hasta ahora. Tiene que apaciguarse, que retirarse ella también.

—Sí. Temía mucho por ella. No sabía cómo iba a reaccionar Austin al saber lo que había hecho.

—La quiere —dijo Marius con calma—. Para bien o para mal. Pero también entiende que mis sentimientos hacia ella son muy distintos, así que le parece bien poner cierta distancia de por medio.

—Ella también lo quiere —dijo Lydie tímidamente—. Estoy segura. No del modo en que a ti o a mí nos gustaría, pero todo lo que es capaz... —dijo y se hizo una pausa—. ¿Lo explicó todo?

—Creo que sí. Te exculpó por completo, si es eso lo que quieres saber —dijo Marius y la miró pensativamente—. ¿Por qué no me dijiste la verdad cuando te acusé, Lydie? ¿Para protegerla?

Lydie se movió con inquietud.

—En parte, supongo. Yo sabía que había algo horrible detrás de todo. Además, no creía que fueras a creerme. Después de todo, una simple negativa no significaba nada contra tantas pruebas —dijo y trazó el borde de la taza con el dedo—. Habías tenido cinco años para convencerte de que la culpa de todo la tenía yo. No se puede deshacer un convencimiento así en cinco minutos.

—Yo no soy tan testarudo, Lydie.

—No —dijo Lydie y lo miró—. Tuve que vivir con la idea de que me habías sido infiel, y que habías hecho lo mismo y le habías dicho lo mismo que a mí a una extraña, y que ella tenía un hijo tuyo... —se interrumpió bruscamente, por temor a dejarle ver demasiado—. Pero es agua pasada, ¿no? No... no podemos seguir atados al pasado. Sólo asegúrate de no cometer otra vez los mismos errores.

—Lo procuraré —dijo Marius—. No ayudaste mucho dejando caer un cheque a nombre de Darrell Corbin delante de mis narices.

Fue la mañana del restaurante, cuando parecían haber alcanzado cierta intimidad y de repente todo cambió.

—Parece que estamos destinados a no entendernos —dijo Lydie. «A hacer y hacernos daño mutuamente», pensó.

—No creo que el destino tenga mucho que ver con eso —dijo Marius secamente—. ¿Qué vas a hacer Lydie cuando vendáis la galería?

Lydie dejó la taza vacía en el fregadero y se quedó mirándola.

—No creo que deba preocuparte.

—Pero es que no quiero pasarme cinco años pensando lo que ha

sido de ti.

—No lo harás ni cinco minutos —dijo Lydie con sequedad—. Marius, creo que es mejor que te vayas. No sé por qué has venido…

—¿No? Entonces tendré que decírtelo. He venido por la misma razón por la que esperaba que tú hubieras ido a Greystones esta noche. Porque no podía estar lejos de ti.

—No —dijo Lydie apoyando las manos en el fregadero con tanta fuerza que se le pusieron blancos los nudillos—. No puedes decir eso, no debes…

—Diré lo que quiera decir —dijo Marius con suavidad, pero con voz acerada—. Ése ha sido nuestro problema, demasiados silencios. Los dos temíamos hablar, hacer preguntas, por si las respuestas nos destruían. Pues bien, esos silencios me han costado cinco años en un infierno de amargura y soledad. Y no dejaré que vuelva a ocurrir.

—Preferiría que te fueras…

—¿Adonde? —dijo Marius. Lydie no le había oído moverse, pero estaba a su lado, y la agarró por los hombros—, ¿A un infierno de vida sin ti? No.

—Volviste para vengarte —dijo Lydie tratando de soltarse sin conseguirlo—. Me lo dijiste…

—Y puede que lo creyera, hasta que entré aquí y te vi bailar con aquel vestido blanco y dorado, como una flor mecida por el viento —dijo Marius y se rió—. Dios, me quedé hipnotizado. Me dije a mí mismo que sólo era la impresión de volver a verte, que no podía ser nada más profundo.

Dio un suspiro y Lydie se dio cuenta de que estaba temblando.

—Y no me di realmente cuenta hasta que te vi en medio de toda esa gente a punto de casarte con otro hombre… Traté de decirme que era lo mejor para ti, que para mí era mejor porque así ya no tendría que tomar ninguna decisión con respecto a ti. Pero sentía ganas de gritar que lo dejaras y volvieras a mí… Y ahora te lo ruego… Nada importa, ni las mentiras, ni la ira acumulada en estos años. Porque te sigo queriendo, y te necesito como necesito el aire que respiro. Y siempre será así.

Con dulzura pero con firmeza le dio la vuelta.

—Así que no importa dónde vayas o lo que hagas, te seguiré, Lydie, amor mío, y lograré que admitas que tú sientes lo mismo. Que sin el otro sólo nos sentimos vacíos y solos.

—No podemos —dijo Lydie en un susurro, sin atreverse a creer, a esperar—. Han pasado demasiadas cosas entre nosotros…

—Pero sólo una importa, virgencita —dijo él con suavidad—. Que tú y yo nos hemos vuelto a encontrar —dijo y la besó con suavidad—.

Dilo, Lydie. Dime que me quieres. No dejes que las mentiras y el dolor nos destruyan cuando nos ha sido dada una segunda oportunidad.

—He tratado de no quererte —dijo Lydie entre sollozos—. Pero no puedo, Marius...

Marius la estrechó entre sus brazos, con el rostro iluminado por las emociones que pensó que no volvería a experimentar. Y Lydie le devolvió la sonrisa, entregándole el alma y el corazón, mientras Marius la llevaba a la cama.

La depositó sobre la cama con exquisito cuidado y se tendió a su— lado. La besó y la desnudó y ella lo ayudó, anhelante. Y después de desnudarla, Marius se quitó su ropa.

Se unieron con salvaje intensidad pero con dulzura, sólo su febril respiración rompía el silencio de la noche. Un silencio íntimo y no desolado.

Nada existía en el mundo para Lydie excepto Marius, que la penetraba con empuje, llevándola hasta un clímax de sensaciones. Al alcanzar la cima del placer, gritó en un rapto de pasión y oyó que Marius gritaba a su vez.

Mucho tiempo después, Marius murmuró, con la cabeza apoyada en sus senos.

—Ahora tendrás que casarte conmigo.

—¿No hay más remedio? —dijo Lydie riendo—. ¿Estás seguro de que no prefieres a Nadine Winton?

—Nadine no era más que una pantalla de humo muy conveniente —admitió Marius—. Pero sigue enamorada de su ex marido, que parece que tiene intención de reconciliarse. El otro día me pidió que quedásemos a tomar una copa y me contó toda la historia.

—¿Va volver con él?

Marius se encogió de hombros.

—Es lo que quiere, pero teme que vuelva a dejarla. Es mucho más vulnerable de lo que parece.

—No es la única —suspiró Lydie—. Mira Nell y Jon, y Darrell Corbin. ¿Qué va a ser de ellos?

—Tienen que solucionar sus propios problemas —dijo Marius con firmeza—. Nosotros sólo tenemos que pensar en nuestro futuro.

Tomó su camisa y sacó el anillo de compromiso del bolsillo.

—Dame la mano, virgencita.

Deslizó el anillo en su dedo y lo besó con suavidad.

—Desde ahora y para siempre, cariño —dijo con infinita dulzura —. Hasta que la muerte nos separe.

Lydie le echó los brazos al cuello. Tenía una mirada luminosa.

—Bienvenido a casa, amor mío —susurró, y lo besó.

Fin.